HELEN STONE

EL DESPERTAR DE NEPENTHES

Selecta

El despertar de Nepenthes

Helen Stone

Selecta

A todos nuestros jóvenes que han tenido que vivir un 2020 tan duro

La juventud es la esperanza del futuro

José Rizal

Profecía

Cuando la primera parte del año sea idéntica a la del final y la oscuridad atrape la luz, unos seres extraños mutarán en un lugar sagrado, donde agua, fuego y roca conviven en armonía. Las lágrimas tendrán el poder de provocar su ira, y el amor de dos seres especiales detendrá la catástrofe.

Capítulo 1

Ottawa, Canadá, septiembre, 2020

Un hecho inesperado

Las estrechas aceras del parque Rick se encontraban desiertas a esa hora tardía de la noche. Un revoltijo formado por las hojas desprendidas de los árboles se paseaba por la superficie adoquinada de la calle, deteniéndose a los pies de un banco de hierro forjado pintado en color bronce. La brisa cálida, muy típica al periodo estival, mecía con delicadeza el denso follaje de los matorrales y, en lo alto del cielo, completamente despejado, la luna brillaba con soberbia acompañada de minúsculas estrellas que atrapaban la vista con su luz.

Loren caminaba sin prisas, sondeando con curiosidad el perfil tenso de James, su novio. Se dirigían a su lugar favorito del parque: un banco de madera torcido, algo alejado del camino principal situado en medio de unos arbustos, oculto de las vistas indiscretas.

El graznido de un pájaro que sobrevoló muy cerca de sus cabezas atrajo la atención de la pareja y el temblor del lóbulo gigantesco de una planta que se erguía imponente detrás del banco solitario los sobresaltó. Los jóvenes tomaron asiento y, dejando de lado cualquier

distracción, se sonrieron con timidez. James hizo una larga inspiración antes de soltar el tormento que abrumaba su alma.

—A mi padre lo ascendieron en el trabajo, es algo que deseaba desde hace tiempo, pero no confiaba lograrlo tan pronto. —Bajó la mirada, pensativo—. Todavía no es oficial, pero dentro de muy poco será nombrado director general del banco TTR.

—¡Qué gran noticia! —exclamó Loren, desconcertada ante la aflicción de su novio. Le acogió las manos entre las suyas demandando su atención—: ¿A qué viene esa cara de funeral? Deberías estar contento; ya sabes, más cargo, más dinero. Piensa en la cantidad de cosas que podrían mejorar, comenzando por tu viejo Ford. Imagínate cómo ondeará mi melena —la joven se acarició el abundante cabello rubio con un fingido gesto teatral— en un impresionante descapotable nuevo y reluciente. Sinceramente, no entiendo dónde está el drama.

—Me da igual el dinero de mi padre, no lo quiero —estalló James en tono irritado, soltándose las manos con brusquedad. Su rostro compungido de segundos atrás se tornó rojo y tenso—. Además, ¿qué tiene de malo mi coche? Si tan deseosa estás de que tu melena ondee al son de la brisa, con bajar un poco la ventanilla lo hará de igual modo. No me había fijado en que dabas tanta importancia a las cosas materiales.

—¿Qué ocurre? —se alarmó la muchacha al comprender que sus intentos de distender la situación no habían dado resultado, sino todo lo contrario—. Has conseguido preocuparme, es obvio que algo me estás ocultando.

James se pasó la mano por el pelo, en un visible estado de nerviosismo.

—No sé cómo decirte eso..., pero, debido al dichoso ascenso, mi familia y yo nos trasladaremos a Nueva York. En unas semanas.

Loren se tapó la boca con la mano intentando ocultar su aflicción. Muda de asombro trataba de encajar aquella inesperada noticia. Si James y su familia se marchaban a otra ciudad dejarían de verse. La joven sucumbió a la desesperación, incapaz de contener sus emociones. Lágrimas de impotencia comenzaron a surcar sus mejillas encendidas y ruidosos lamentos salieron de sus labios. James abrió sus brazos para reconfortarla, pero ella se apartó, demasiado dolida para aceptar su consuelo.

—No te pongas así, lo nuestro podría continuar... Hablaríamos por teléfono, FaceTime, Skype, Instagram, ya sabes, la distancia no tiene por qué separarnos. Yo vendré y...

—No, no lo harás —le contradijo, alterada—. ¿No te das cuenta? No funcionaría. Al principio, estaríamos en contacto prometiéndonos amor eterno y todas esas tonterías, pero somos demasiado jóvenes para condenarnos a una relación así. No sería justo para ninguno de los dos. Prefiero un corte rápido y letal antes que una agonía lenta y dolorosa.

—¿Por qué tienes que ser tan intransigente? —James le tocó la mejilla con suavidad—. Yo no quiero...

Sus palabras consoladoras fueron interrumpidas por un crujido de hojas. Alarmados, los jóvenes alzaron las miradas, ya que se llevaron la impresión de que un animal trepaba por las gruesas ramas del árbol que desplegaba sus anchos brazos justo encima del banco donde estaban sentados. Dejaron de discutir y se quedaron boquiabiertos al observar cómo los lóbulos en forma de lanza de una planta situada justo al lado del árbol comenzaron a elevarse y aumentaron su tamaño de modo fulminante. Unas hojas alargadas salieron de la nada creciendo con rapidez hasta convertirse en una decena de serpientes aterradoras. A la luz de la farola que iluminaba esa zona del parque, el avance del tallo extendido parecía una escena sacada de una película de ciencia ficción.

En cuestión de segundos la imponente planta llegó a medir al menos dos metros y seguía creciendo tanto en vertical como en ramificaciones por donde se asomaban unos prominentes pámpanos en forma de alas con flecos.

Con el miedo metido en el cuerpo, los jóvenes se levantaron del banco con la intención de alejarse de allí. Se cogieron de la mano, pero no llegaron a dar más de tres pasos seguidos cuando fueron azotados por unas lenguas de fibra verde, un tipo de lanzaderas que se abrían camino desde la boca de la planta que parecía un guerrero a punto de abalanzarse sobre su presa. Loren fue rodeada en cuestión de segundos por unas enredaderas que, tras dar unas sinuosas vueltas alrededor de su cuello, se lo comprimieron dejándola sin oxígeno. La joven trató de apartar la hiedra con las manos, pero estaba tan firmemente adherida a su piel que le fue imposible liberarse.

Las piernas de James se paralizaron al presenciar cómo la amenazante planta estrangulaba a su novia a tan solo unos centímetros de distancia de él. Quería ayudarla, pero el miedo de ser atacado fue más poderoso que su deseo de auxiliarla. Impotente, decidió alejarse para pedir ayuda, aunque le fue imposible moverse. El cuerpo entero dejó de responderle y la imagen de su novia abrazada por aquellas garras aterradoras se quedó grabada en su retina. No podía apartar la mirada de la cara roja e hinchada de Loren. Sus preciosos ojos azules estaban desorbitados y las mejillas bañadas en lágrimas brillaban a la luz de la farola de un modo siniestro. A pesar de que su rostro trasformado por la asfixia era prácticamente irreconocible, seguía luchando. La hilera verde le envolvía el cuello y, si en un primer momento había batallado con uñas y dientes para desprenderse de ella, ahora se mostraba débil, dando claras señales de rendición.

Pocos instantes después las rodillas se le doblaron y su cuerpo se tambaleó. Fue entonces cuando el paralizado cerebro de James, por fin, despertó. Introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y rebuscando con frenesí agarró el móvil y marcó el número de emergencias. Al segundo tono, escuchó la voz profesional de un oficial pidiéndole información. Acercó el móvil al oído y gritó desesperado:

—¡Socorro! Por fa... favor... que alguien nos ayude. A mi novia la están estrangulando.

—Mantenga la calma, por favor —le pedía la voz profesional del agente que lo atendía al otro lado de la línea—. Enviaremos una patrulla de inmediato. Diga su nombre y su localización, claro y preciso.

James intentó responder, pero las palabras se quedaron atrapadas en su garganta al presenciar cómo Loren se tambaleaba y caía de rodillas, rígida como un palo. Sus brazos renunciaron a combatir y su cuerpo inerte terminó tendido en el suelo. Sus hermosos ojos azules, completamente abiertos, dejaron de parpadear para quedar fijos y brillantes como dos trozos fríos de cristal.

Ante esa terrorífica visión James perdió el autocontrol y comenzó a temblar de forma violenta. El móvil se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo, a poca distancia de los pies inertes de su novia. La sinuosa hoja de la planta parecida a una ondulada culebra inició la

retirada, abandonando con lentitud a su presa. Aterrado, James perdió la calma y empezó a llorar de forma ruidosa.

Fue lo último que hizo en sus diecisiete años de vida.

Un cuarto de hora más tarde, las autoridades, siguiendo las indicaciones del servicio de emergencias, localizaron la señal del terminal desde donde se realizó la llamada de auxilio. Enviaron una patrulla al lugar, aunque, por desgracia, los agentes no pudieron hacer otra cosa aparte de certificar la muerte de los jóvenes. Presentaban visibles marcas en el cuello compatibles con el estrangulamiento y sus cuerpos todavía estaban calientes. Los policías buscaron de forma minuciosa el arma del crimen o cualquier otra pista viable que los llevase hasta el asesino, pero todos sus esfuerzos quedaron sin resultado. El lugar del suceso estaba en calma, sin indicios, huellas o pruebas que los condujeran a resolver el caso.

Por el momento, tanto la identidad del asesino como sus razones estaban envueltas en un completo misterio.

Capítulo 2

Ottawa, Canadá

Dúo diecisiete

El agente Miles trazó con decisión una línea vertical sobre la pancarta que tenía delante, bautizada con el nombre de «dúo diecisiete». Llevaba más de veinte años en el cuerpo de policía de la ciudad de Ottawa y a pesar de su amplia experiencia le costaba asimilar las muertes violentas de los jóvenes, como era el caso que tenía asignado.

Cogió la foto del chico, identificado como James Smith, y la colocó en el lado izquierdo del panel. Leyó su ficha y apuntó algunos datos de interés que consiguió reunir: se trataba de un estudiante brillante, hijo de un importante director de banco y una profesora de música, jugador de fútbol, sin expedientes académicos ni antecedentes penales. El informe toxicológico resultó negativo y de las declaraciones tomadas a familiares y amigos no salió a relucir ningún dato notable de por qué alguien desearía su muerte.

El agente cerró los ojos tratando de imaginar algún cabo suelto. A lo largo de su carrera aprendió que el que más limpio aparentaba ser

resultaba, después, todo lo contrario. No obstante, en el caso que tenía delante no sobresalía ningún dato relevante. La muerte violenta por asfixia de aquel joven con un futuro brillante por delante era todo un misterio.

Miles dejó de lado la ficha del adolescente, centrando toda su atención en la segunda víctima mortal, una joven que, según las declaraciones de algunos compañeros de clase, era la novia de James. Encabezó el lado derecho de la pancarta con su foto e hizo una mueca de tristeza ante la belleza de la muchacha. Se preguntó apesadumbrado a quién pudo haber molestado aquella hermosura angelical para acabar estrangulada en un parque. Se llamaba Loren Jasper, diecisiete años, hija de un matrimonio de clase media, parte integrante de un grupo pop y administradora de un blog dedicado a la lectura. Informe toxicológico negativo y hoja de antecedentes penales y expedientes académicos en blanco. Ningún hilo del que tirar.

En ese instante la puerta del despacho se abrió y la agente Ribs entró como una tromba de agua, agitando sus regordetas manos, señal de que tenía algo importante que decir:

—El alcalde nos pide con insistencia que encontremos cuanto antes al asesino del parque. A través de las redes sociales no paran de filtrarse bulos y uno de ellos, que se hizo viral, hace referencia a un maldito asesino en serie que se dedica a perseguir jóvenes por los parques para estrangularlos. Ya puedes imaginarte la alarma social y el resto. Las amas de casa y los compañeros de colegio de la pareja se están manifestando, pidiendo más seguridad y respuestas. ¿Tienes alguna pista? —Juntó ambas manos en señal de rezo y, mirando a su compañero a los ojos, añadió—: Por favor, dime que la hay.

Miles se limitó a negar con la cabeza. Estaba frustrado, ya que, de lo normal, un asesinato de ese tipo no traía demasiadas complicaciones.

—Las redes sociales son un grano en el culo. Siempre tan oportunas —comentó, malhumorado. Había esperado buenas noticias, un punto de partida y, en vez de eso, se encontró con aquellos malos y desalentadores informes. Cogió un lápiz y, tras meterlo en la boca, se sentó en el borde de su silla de trabajo, en actitud fastidiada.

—Ya... Aunque en esta ocasión debes admitir que no faltan razones para alarmarse. —Ribs golpeó la superficie lustrosa de la mesa

con la mano—. Esa pareja de jóvenes era de la antigua usanza. Listos, amigos de sus amigos, seguidores de las normas... No sé, estoy muy desconcertada. Además, no tenemos ni idea de cuál fue el arma del crimen —se lamentó la agente ante la falta de indicios—. Ambos jóvenes presentan varias franjas alrededor del cuello de tres centímetros con algunas infiltraciones. Hasta aquí todo normal, podría tratarse de cualquier trozo de tela, plástico, correa o ¡yo qué sé! Sin embargo, las líneas de la presión son muy desiguales. Como si el asesino hubiera utilizado una maldita serpiente a la que amoldó de forma perfecta alrededor de la superficie del cuello.

Llegados a este punto de la investigación, los agentes se miraron impotentes. En menos de media hora debían lidiar con una rueda de prensa, convocada por sus superiores, y no tenían ni idea de lo que iban a decir.

—Tiraremos de los celos. No se me ocurre otra patraña para mantener a las masas entretenidas —comentó Miles con la atención puesta en la foto de la joven asesinada. Sintió una leve punzada de arrepentimiento por manchar la reputación de una muchacha fallecida, pero era lo único que podía ayudarles a salir del paso—. Al menos, en ese sentido hemos tenido suerte, era muy guapa. Nos inventaremos un antiguo novio resentido, de ese modo desviaremos la atención. Por ahora, servirá. Mientras la gente esté entretenida con especulaciones, nosotros daremos con la verdad.

Ribs arrugó el entrecejo y su frente estrecha sufrió unas visibles ondulaciones a lo largo de toda la superficie. Suspiró un tanto disgustada.

—Se armará la de Dios entre ambas familias. Los padres del chico no tardarán ni dos segundos en echarse sobre la familia de la joven para desquitar su dolor.

—Bueno, eso es cierto —admitió—. Me apena a mí también, ¿pero acaso tenemos otra opción? No podemos aparecer ante los periodistas y levantar los hombros en actitud desolada. Si tienes una idea mejor, soy todo oídos.

A la agente no le gustaba mentir, pero le agradaba menos todavía ofrecer una imagen derrotada, así que, a falta de una pista fiable, aceptó la propuesta de su compañero.

Unos veinte minutos después, se presentaron ante los periodistas

indicando que el principal sospechoso era un joven que mantuvo una relación sentimental con Loren en el pasado.

—Lamentamos lo ocurrido y mandamos nuestro más sentido pésame a las familias y a los amigos.

—Entonces, ¿creen que se trata de un crimen pasional? ¿Han identificado el arma homicida? —preguntó una periodista pelirroja, poco dispuesta a tragarse el cuento de los investigadores—. Parece un tanto extraño, James era un tipo atlético, deportista, no pudo haberse dejado matar con tanta facilidad. Aparte, tenemos entendido que la llamada realizada a los servicios de emergencia se escuchó con bastante claridad, no se apreciaron más interferencias que la voz del propio chaval.

—Señores, es un tanto precipitado sacar conclusiones. La investigación sigue abierta y, lamentándolo mucho, no podemos ofrecer otros detalles. Dadnos un par de días, por favor —pidió Miles al sentirse acorralado—. Con seguridad, tendremos respuestas muy pronto. De momento, rogamos precaución. No es necesario alarmarnos ni hacer caso a los bulos que circulan en las redes. No nos consta la presencia de un asesino acechando en los parques de nuestra ciudad, aunque no estaría de más un poco de sentido común.

La entrevista finalizó con un creciente tumulto de voces que transformaron la rueda de prensa en un caos, imposible de controlar. Los periodistas buscaban respuestas y los encargados del caso toreaban la situación como podían. A pesar de las promesas de los agentes, el asesinato de los dos jóvenes se encontraba en punto muerto, dejando a todos los ciudadanos de Ottawa entristecidos, desconcertados y con el miedo metido en el cuerpo.

Capítulo 3

Las Rosas, Isla de La Gomera, España

Un trío poderoso

El pintoresco pueblecito de Las Rosas situado en la parte sur de la isla de La Gomera alberga un moderno edificio destinado a la investigación cerebral denominado CPS (Centro de Poderes Especiales). El inmueble ofrece aspecto de organismo territorial y su dominio de actividad es conocido solo por un grupo restringido de personas. La superficie acristalada de la fachada desentona con el paisaje rústico y los acantilados abruptos donde está ubicada la propiedad. Los humanos dotados de poderes sobrenaturales existen desde los tiempos más antiguos, pero siguen creando inquietud y desconfianza para la humanidad, de ahí la razón de los Gobiernos de tenerlos camuflados bajo nombres y actividades diferentes.

La base CPS está formada por veintidós investigadores que dedican sus vidas a las tareas de descubrimiento e investigación cerebral. El punto peculiar de esa base canaria reside en los tres adolescentes que se criaron y formaron en dicho centro, siendo dotados de poderes especiales. Los jóvenes no frecuentan un centro

escolar normal y corriente, siendo instruidos y formados en la base científica por el profesor Antonio Lenoir. Cada fin de curso pasan los exámenes pertinentes en los institutos públicos, promocionando como cualquier otro estudiante más. De tanto en tanto se les asignan misiones que requieren de sus poderes especiales, pero bajo la atenta mirada de sus respectivos padres, que ejercen como tutores legales y aceptan los encargos por ellos, ya que, al ser menores, no ostentan el poder de hacerlo en su propio nombre.

Leonardo Roca —Leo, para sus amigos—, a sus diecisiete años, es el mayor de los tres, siendo de algún modo el líder, aun cuando su poder, el de la metamorfosis, no fuera el más destacado. Leo habría sido un niño normal si, a lo largo del embarazo, su madre, una especialista en astrofísica, no hubiera tomado una potente mezcla de vitaminas puras y no se hubiera prestado a largas sesiones de tratamientos con iones negativos y positivos. Al chico no le contaron jamás esa última parte, limitándose a decirle que nació con un poder especial que debía emplearse para el bien de la humanidad. Él no conocía otra realidad, aparte de la que vivía junto a sus padres en la base CPS, por lo que nunca discutió su existencia ni la razón de tener una vida solitaria y confinada.

—Querido Leo, ¿me parece a mí o la clase de Matemáticas de hoy te está aburriendo? —preguntó el profesor encargado de dar formación al trío juvenil, al tiempo que lo miraba con curiosidad por encima de sus enormes gafas de vista.

El adolescente enderezó el cuerpo que se había escurrido en la silla, tratando de poner buena cara y sonreír. Apartó su flequillo oscuro de la frente, obsequiando al profesor con una de las miradas más cándidas que sus impresionantes ojos azules eran capaces de trasmitir.

—El mundo de las matemáticas me fascina señor Lenoir, usted ya lo sabe.

—¿Pero? —Lenoir levantó una ceja oscura en actitud interrogante.

—Le voy a ser franco —se sinceró encogiendo los hombros, despreocupado—, la clase de hoy es... un tanto repetitiva.

Uno de los beneficios de ser adolescentes prodigios era que se les permitía opinar con libertad en cada momento sin importar a quién tuviesen delante; las barreras sociales y «lo correcto» no era algo

habitual dentro de la base.

—Leo tiene razón —saltó en su ayuda, Didac, un adolescente pelirrojo y risueño de quince años, dotado con el poder más relevante, el de la necropatía—. Yo también estoy muy aburrido. Permítame que le haga un resumen de los últimos treinta minutos de la clase, profesor. Ha dicho lo mismo de cuatro maneras diferentes y, a pesar de las vías empleadas para llegar al fin de la cuestión, el resultado sale siempre igual. ¿Por qué no elegir el camino más fácil, entonces? ¿Qué sentido tiene complicarnos la vida?

—Eso mismo iba a preguntar yo. —Se unió a la pequeña revuelta en contra de las matemáticas, Consta, el tercer y último adolescente del centro. Apenas contaba con catorce años de edad, pero era tan alto y desarrollado como sus compañeros. Su padre era de origen cubano, por lo que Consta ostentaba unos rasgos muy marcados, ganándose el sobrenombre de Guaperas—. Estaba a punto de inducirlo para que nos cuente alguna anécdota en vez de esa aburrida charla.

—¡Ni se te ocurra, jovencito! —le advirtió el profesor, señalándolo con el índice en actitud desafiante—. No está permitido que utilicéis vuestros poderes fuera de las misiones oficiales, y lo sabéis. Ni mucho menos distorsionar la mente de vuestro profesor, que no tiene más poder aparte de su privilegiado cerebro.

Consta esbozó una generosa sonrisa y un intenso brillo travieso hizo acto de presencia en sus ojos color carbón rematados por encorvadas pestañas oscuras. Dotado del poder de la persuasión, podría, de haber querido, hacer uso de la concentración para provocar que el profesor realizara acciones ajenas a su voluntad. Si lo hubiese deseado, habría inducido al catedrático a cantar un ruidoso rap moviendo las piernas al son de la canción.

El profesor le envió una señal de advertencia, dando a entender que visualizaba a la perfección el rumbo de sus malvados pensamientos.

—Además, para vuestro interés personal, os diré que la vida no es tan sencilla cómo pensáis, no siempre se puede elegir el camino más fácil. Es necesario conocer los entresijos de las matemáticas para que el día de mañana os podáis enfrentar a cualquier reto que la vida os ponga por delante.

—Me aburro, pero de verdad —se quejó Leo, soltando un sonoro

bufido—. Señor Lenoir, para que este suplicio acabe le voy a proponer dos opciones —levantó dos dedos por encima de su cabeza y continuó en tono divertido—: ¿qué le apetece más? ¿Convertirse en una rana apestosa o marcarse un divertido rap?

La cara del aludido se convirtió en un poema. Didac y Consta soltaron una sonora carcajada al tiempo que recogían sus libros y los guardaban en sus respectivas mochilas. No lanzaron ningún poder sobre el desvalido profesor; sabían que, de haberlo hecho, las consecuencias serían importantes, aunque no había ninguna regla que les impidiese dejar una clase a medias si así les apetecía.

Abandonaron la base por la puerta trasera y tras andar unos quinientos metros llegaron a un acantilado desde donde la inmensidad del océano podría contemplarse en todo su esplendor. Sobre la superficie lisa del agua de un impresionante color azul turquesa, las olas parecían formar un sinuoso baile.

—¿Qué os parece si hacemos una clase práctica de las enseñanzas de mates de hoy? —preguntó Leo desde lo alto del acantilado con la vista puesta en el incesante vaivén de las olas que se rompían tras golpearse contra la pared rocosa—. ¿Cuál creéis que es la manera más rápida de llegar al agua? ¿Saltando desde aquí, formando una línea curva bien definida, o bajando la interminable escalera de decenas y decenas de escalones?

Los tres adolescentes soltaron una ruidosa carcajada y, tras quitarse apresurados los uniformes, compuestos por un inmaculado polo blanco y un pantalón corto del mismo tono, se contemplaron con miradas traviesas y al contar hasta cinco saltaron de forma sincronizada al mar. Habiendo soluciones fáciles y rápidas en la vida..., ¿para qué complicarse?

Capítulo 4

Ottawa, Canadá

Keira

—Queridos alumnos, respecto a los últimos acontecimientos de nuestra ciudad, os diré que no debéis alarmaros; aunque no está de más un poco de precaución en vuestro día a día. La policía tiene varias hipótesis abiertas, pero todo indica que no hay un asesino suelto por Ottawa —informó el tutor, tras terminar la clase de ese día.

Los estudiantes lo contemplaron hastiados, en las puertas de la adolescencia cualquier advertencia entraba por un oído y salía por el otro. Un asesino dispuesto a atacarles les parecía tan lejano como la luna del sol. De fondo se escuchó la risa de Karl, el agitador número uno de la clase, susurrando a su grupito de amigos:

—Menuda tontería, seguro que la parejita del parque estaba formada por dos pringados. A lo mejor eran tan feos que han decidido suicidarse —apuntó en tono despectivo, ganándose con su comentario las miradas cargadas de admiración de sus amigos.

—Karl, si tienes algo que compartir que sea con todos nosotros —le pidió el profesor al percatarse del revuelo formado. Su petición se

quedó en el aire al ser interrumpida por el sonido estridente de la campana que daba la clase por finalizada.

Esa era la señal que todos los alumnos esperaban tras haber estado más de seis horas encerrados en las aulas. Al momento, dejaron con la palabra en la boca al tutor, levantándose acelerados para terminar amontonados en la puerta de la salida.

Keira sujetó su abultada mochila y, tras acomodársela sobre sus hombros estrechos, se apresuró en alcanzar a Megan, su mejor amiga, que charlaba animada con Lukas, un compañero nuevo que llevaba pocas semanas frecuentando la misma clase que ellas.

—¿Cuánto creéis que pueden tardar en capturar a ese asesino? —se interesó Megan, algo preocupada.

Keira no tenía ni idea, así que permaneció silenciosa y Lukas se encogió de hombros, pensativo.

—En realidad..., nadie lo sabe. Además, la policía dijo que fue un tema de celos; no sé por qué todo el mundo da por sentado que existe un asesino en serie acechando la ciudad.

—¿Quieres decir que un asesinato causado por los celos tiene menos importancia? —intervino Keira en la conversación, con la mirada encendida—. Me fastidia mucho cuando se suaviza una muerte provocada por celos o motivos amorosos. Hacen parecer que los roles se invierten —continuó la joven en tono indignado, gesticulando con las manos—, al pobre asesino lo provocaron y no pudo hacer más que defenderse, matándolos. ¡Qué porquería!

—Yo no he dicho eso —se defendió Lukas ante la avalancha de reproches de su compañera—. Solo he tratado de razonar. Si ha sido un crimen provocado por los celos, no es probable que el asesino vuelva a actuar. Me refiero a que un hecho así es puntual; quien lo hizo actuó por un impulso, no tiene por qué seguir matando a gente por los parques. ¿Verdad que no?

El razonamiento de Lukas dio la controversia por terminada y, al traspasar la puerta que conducía al patio, los tres adolescentes se olvidaron del tema. Formaban un trío insólito: la extrema delgadez de Keira contrastaba con el cuerpo voluminoso y regordete de Lukas, y las enormes gafas de doble cristal de Megan no ayudaban a que el grupo fuese muy popular, sino todo lo contrario.

Los tres jóvenes se sentaron en el mismo banco de todos los días

que, aunque tenía un aspecto algo desgastado con varias marcas de oxidación en los brazos de hierro, estaba resguardado bajo un frondoso árbol y ofrecía buena sombra en los días en los que el sol calentaba en exceso.

Al cabo de un rato, Karl, uno de los chicos más populares del instituto, el típico guaperas de pelo rubio y ojos azules que se cree con derecho a hacer cualquier comentario sin pensar en las consecuencias, se detuvo con su numeroso grupo de aliados ante el banco de los tres amigos.

—¿A quién tenemos aquí? ¡Al trío de la muerte! —Se giró hacia sus compis y, guiñándoles un ojo, preguntó en tono burlón—: ¿Os habéis percatado de que el gordo ocupa todo el banco? —Agitó la cabeza, riéndose con descaro—. Menos mal que una es como un palillo de los chinos y la otra está tan ciega que no se entera de nada —agregó, carcajeando cada vez más fuerte.

—¡Son patéticos! —exclamó un chico bajito y fortachón que intimidaba con su corte de pelo formado por varios mechones peinados en forma de pinchos puntiagudos—. Menuda pandilla de mierda: el Gordo, la Flaca y la Gafitas.

Una sonora risotada general hizo que los aludidos se levantasen de su banco favorito. Sabían por experiencia que lo mejor que podían hacer cuando «los populares» se metían con ellos era desaparecer de sus vistas.

A Keira le escocían los ojos cada vez que ridiculizaban su aspecto. Se aguantó las lágrimas con estoicismo, ya que no quería darles el placer de verla llorar. Sabía que las burlas y los apodos no deberían afectarla tanto, debido a que no pasaba ningún día sin escucharlos. No obstante, su corazón parecía carente de memoria y, cada vez que se reían de ella, sentía el mismo dolor lacerante traspasarle todo el cuerpo. También experimentaba rabia cuando «los populares» les daban el mismo trato a sus amigos más cercanos, que eran Megan y Lukas. Aquella tortura no parecía tener fin y lo único que podían hacer para suavizar el maltrato recibido era callarse para no alimentar la llama del odio de los demás.

La llegada del autobús escolar hizo que los alumnos se esparciesen, deseosos de regresar a sus casas. Keira se despidió de sus amigos, ya que la ruta de sus casas no era la misma. Subió los tres

escalones de la puerta del autobús y, tras enseñarle el *carnet* de estudiante al conductor, avanzó por el pasillo estrecho buscando con la mirada un lugar donde sentarse. Ocupó la silla de la primera fila e hizo el recorrido en solitario, ya que nadie mostró interés por sentarse en el asiento disponible a su lado. Una punzada de frustración le atravesó el corazón al observar charlas animadas y risas entre los demás compañeros que convertían el regreso a casa en una pequeña fiesta. Le hubiera gustado ser como ellos, alegre, desenvuelta y feliz, y no una adolescente solitaria y triste.

Quince minutos más tarde, tras llegar a su casa —una propiedad modesta situada en una pequeña urbanización a las afueras de Ottawa —, se sentó en el escalón de cemento que rodeaba la entrada principal.

Ojalá mi madre estuviera aquí, pensó para sus adentros desolada. La señora Amanda Reyk falleció tres años atrás, víctima de una repentina neumonía. Resultó todo muy extraño, ya que la enfermedad en sí no debía ser mortal; sin embargo, en el caso de la madre de Keira lo fue. Luchó un par de meses y, tras una breve mejoría, su vida se apagó, dejando tras ella a un viudo desolado y a una niña desatendida.

De pronto, la añoranza se hizo insoportable y la muchacha sintió la necesidad de estar cerca de la mujer que le dio la vida. Abandonó el escalón, acudiendo a la pequeña buhardilla, situada en el altillo de la casa. Allí, madre e hija compartieron en el pasado incontables momentos felices; se trataba de su lugar especial, un espacio acogedor, repleto de libros y fotografías de ambas, regido por un enorme ventanal por donde los rayos del sol entraban a raudales.

En la actualidad, ese lugar le provocaba felicidad y dolor a partes iguales. Le encantaba estar allí imaginándose los brazos amorosos de su madre rodeándola con fuerza. Esa magnífica sensación la reconfortaba en sus momentos de bajón.

Abrió la puerta despacio, como si no quisiera molestar, y, tras descorrer la cortina, un halo de luz inundó la pequeña estancia. Se acomodó en el sillón favorito de su madre y cerró los ojos dejándose consolar por sus acogedores brazos imaginarios. Keira necesitaba aliviar su tristeza, aunque fuese un consuelo fugaz provocado por los recuerdos. Lloró quedamente un buen rato y eso hizo que se sintiera mejor.

Un tiempo después, cuando se hubo calmado, se acercó a los estantes de madera de la biblioteca y rozó con los dedos los lomos de los libros. Uno dorado llamó su atención, ya que no recordaba haberlo visto antes. Se encontraba a la vista, pero por alguna razón no le había prestado atención hasta entonces. Lo sacó con cuidado y se extrañó al no encontrar ningún título impreso en la portada. Lo abrió colmada de curiosidad y se quedó sorprendida al leer la primera hoja desde donde la cuidada caligrafía de su madre la saludaba de una forma más que sorprendente:

Diario de mamá
Consejos para Keira

Capítulo 5

Diario de mamá

La princesa de los tulipanes

Los humanos pensamos a menudo que la muerte es el final. Cuando una persona se encuentra a un paso de enfrentarse a ella, como es mi caso, percibe el mundo a través de un prisma diferente. Lo que más apena el corazón de un ser humano antes de hacer su último viaje son las cosas que no se atrevió a hacer por culpa de los cánones de la sociedad. Ese poderoso «qué dirán», que a la hora de la verdad carece de cualquier sentido.

A estas alturas del camino es demasiado tarde para reparar los vacíos provocados por el miedo a vivir, aunque tú, mi querida niña, tienes toda una vida por delante, una vida a la que debes preciar y amar con todo tu corazón. Por favor, presta toda la atención a los mensajes de este diario, que espero te sean de utilidad y ayuda.

Me duele en el alma abandonarte a la temprana edad de diez años, así que me he propuesto escribir un diario para ti, tratando de reunir los consejos más importantes que una hija pudiera necesitar de su madre.

No soy la mujer más sabia del mundo y puede que algunas de mis recomendaciones no sean del todo acertadas, aun así lo hago con la

mejor de las intenciones; recuerda que nadie en el mundo desea tu felicidad con mayor ardor que yo. Antes de que pases a los capítulos en sí, quiero decirte que te quiero con locura y, aunque en el futuro no estaré físicamente a tu lado, no dudes de que, dondequiera que esté, siempre te acompañaré. Solo piensa en mí y me tendrás. Fácil, ¿verdad?

Naciste en un precioso día de finales de otoño, el 13 de octubre a las cinco de la tarde. Viniste al mundo con doce horas de retraso, pero la espera y el esfuerzo merecieron la pena. Pesabas muy poquito, algo más de dos kilos, un peso insuficiente para valerte por ti misma. Los médicos te metieron en una hermosa caja de cristal porque no estabas preparada para enfrentarte al mundo. Pasaba horas y horas mirándote, incapaz de cansarme de contemplar tus preciosos ojos verdes, rematados por largas pestañas doradas, y tu cabello escaso, en tonos que, por aquel entonces, estaban por determinar. No te cuento todo eso porque soy una vieja sentimental, sino porque de las pruebas que te hicieron nada más nacer salió a la luz un hecho que papá y yo te ocultamos siempre.

En tu estructura cromosómica existe... un cierto desajuste. No te asustes, no es nada grave, más bien se trata de algo... único. Los especialistas enviaron muestras a varios laboratorios y nos informaron de que cabía la posibilidad de que tu masa génica estuviera provista de poderes especiales. Me imagino tu cara ahora mismo, será todo un poema; no te hagas ilusiones, no creo que seas una superheroína de cuento, pero, de todos modos, siento la obligación de contártelo.

Ahora te preguntarás qué hacen los padres cuando la madre naturaleza los obsequia con un niño así; los responsables del hospital nos dieron a elegir entre dos posibilidades: o bien llevarte a casa y darte una vida normal, o cederte a la ciencia y permitir a los expertos continuar con las pruebas, en un lugar especializado, lejos de nosotros. Fui incapaz de dejarte en manos extrañas (llámame egoísta si quieres) para que experimentaran con tu cuerpo y tu cerebro. En su día, no fui lo suficientemente generosa para donarte a la ciencia, y no me he arrepentido nunca, pero alguna vez que otra he cuestionado mi decisión. Creo que es razonable que lo sepas, no me parece justo abandonar este mundo sin contarte la verdad.

Sabiendo cómo eres, estoy segura de que te preguntarás sobre el tipo de poderes que pudieras ostentar. Por desgracia, no tienes el don de desaparecer (que molaría mucho, ¿verdad?) ni de volar o algo parecido... (¡Qué más quisieras tú!) De lo poco que investigaron dijeron que podrías ostentar el poder de la conversión, de transformar algo feo y horroroso en otra cosa distinta, bella e inofensiva. En aquel entonces te llamé «la princesa de los tulipanes». Si en algún momento de tu vida te enfrentas a un hecho así, por favor, concéntrate mucho y

conviértelo en un manojo de hermosos tulipanes. ¿A qué sería genial? Y yo, desde arriba, lo contemplaré todo con el corazón rebosante de felicidad e inundaré mis sentidos con el exquisito olor de las flores. Miraré a los demás con algo de superioridad y les diré orgullosa: «¿Veis a la princesa de los tulipanes de allí abajo? ¡Es mi hija!».

Te quiero mucho.

Mamá

Capítulo 6

Leo en el mundo real

Una pequeña avioneta militar sobrevolaba la isla de La Gomera rumbo a Madrid, perdiéndose en el tráfico aéreo de esa tarde calurosa de junio. Leo se ajustó la montura de sus gafas oscuras de sol para protegerse de los potentes rayos del astro rey que penetraban a raudales a través de los estrechos ventanales del aeroplano. No le gustaba llevarlas, se trataba de una excusa para que los demás no viesen en sus cristalinos ojos azules los nervios previos a la operación. No era la primera vez que participaba en una misión especial, era algo a lo que debería estar acostumbrado, pero, a pesar de la experiencia, le costaba alejar de él la incertidumbre que albergaba ante cada personaje nuevo al que debía suplantar.

Esta vez había que ponerse en la piel de un ministro islandés y reunirse con el poderoso propietario de un laboratorio farmacéutico en un conocido hotel de la capital española para realizar un intercambio de información. Los servicios secretos peninsulares detectaron un subfondo oculto en ese asunto y decidieron intervenir para hacerse con la información que el pez gordo de la industria farmacéutica debía entregarle al ministro. El poder de la metamorfosis

que poseía Leo lo convertía en el peón idóneo, capaz de hacerse con el deseado material sin apenas levantar sospechas.

En teoría el *modus operandi* era sencillo, el joven agente tomaría la forma exterior del islandés y se presentaría al encuentro apoderándose de su persona. La reunión sería breve, tiempo suficiente para que el verdadero personaje no llegase a la cita, siendo retenido con alguna excusa por los agentes secretos implicados en la operación.

Sin embargo, en la práctica, mil y una cosas podrían torcerse. Leo resopló con la mirada puesta en las agitadas olas del océano Atlántico que ondeaban furiosas sobre la superficie azulada del agua.

Su padre, el reputado investigador Cristian Roca, le dio una palmadita consoladora en el hombro y, cuando obtuvo la atención de su único hijo, comenzó a prepararlo para actuar.

—¿Te parece que repasemos el plan, Leonardo?

Solo me llama Leonardo cuando está enfadado conmigo o cuando me quiere presionar. ¿Por qué no puede ser un padre cariñoso y entender que mi estado de ánimo lo único que necesita, en los instantes tensos, es una palabra amable, un gesto de cariño...?

Leo no dio voz a los amargos pensamientos que inundaron su mente, limitándose a quitarse las gafas, estableciendo contacto directo con su progenitor. Eran los únicos ratos que padre e hijo compartían fuera de su fortaleza donde residían y, aun cuando eran momentos fugaces, relacionados con las misiones, los atesoraba como si de relámpagos únicos y felices se tratasen.

Ojalá pudiéramos ir de vacaciones a algún sitio, para pescar, por ejemplo, reflexionó mientras decía lo que se esperaba de él en un momento así:

—Claro, papá.

—Bien. —El señor Roca impresionaba con su gran estatura y su porte severo. Su edad rondaba en torno a los cincuenta, aunque su pelo oscuro, peinado con sumo cuidado y desprovisto de canas, le hacía parecer más joven de lo que era en realidad. No ostentaba ningún poder sobrenatural y que lo tuviera su hijo lo llenaba de orgullo y satisfacción, aunque nunca se lo decía para no dar pie a que su ego se alimentara en exceso. Asintió y comenzó a ojear el expediente con el ceño fruncido—: Llegaremos a Madrid en poco menos de una hora. Nos trasladaremos al hotel haciéndonos pasar por

turistas. Conforme el protocolo ordinario, descansarás un rato y después te pondrás un traje parecido al que lleva nuestro objetivo; los agentes secretos ya se han encargado de ello. Por último, tomarás su forma en el menor tiempo posible. La reunión tendrá lugar a las cinco en punto. ¿Te sientes preparado?

—He descansado lo suficiente los últimos cuatro días. Mi energía está a tope, no creo que haya ningún problema, pero ya sabes... Esto no es una ciencia exacta.

—Es ciencia si tú quieres que lo sea —le animó su padre, zarandeándole con suavidad los hombros—. Para convertirte en un agente exitoso, no debes dudar, nunca.

Ya... y tú te piensas que yo soy de hierro. Una máquina a la que puedes poner en marcha con apretar un simple botón.

Parpadeó unas cuantas veces para ahuyentar el malestar que le provocaba el discurso severo de su padre y asintió, evitando de ese modo la eterna discusión que se daba entre ambos con respecto a ese tema. El señor Roca lo había educado con autoridad, no le permitía ni siquiera titubear ante una misión. Leo nunca se quejaba, aun cuando resultaba complicado para un chaval de diecisiete años mantener los nervios bajo control como si de un adulto experimentado se tratara.

En momentos así, lo único que me gustaría es ser un chico normal, sin más presión que la de ser un buen hijo y un buen estudiante.

En la mayoría de los casos, su poder respondía; era tan fácil como contemplar la fotografía del personaje al que debía interpretar y concentrarse. Poner toda su atención en el cambio y esforzarse hasta que el milagro ocurriera. El tiempo era algo que aún no controlaba, oscilando entre fugaces segundos y largos minutos. Los expertos lo atribuían a la inexperiencia y a la precoz edad del agente que todavía no había cumplido la mayoría de edad. A la hora de recobrar su aspecto, podría quedarse inconsciente, necesitando atención médica para retomar su estado y forma o se recuperaba enseguida, sintiéndose solo algo cansado y aturdido.

Lo único que abrumaba a Leo era el temor a no lograr su propósito; los poderes eran parte de él, como el color de sus ojos o el grosor de su cabello, aunque nadie garantizaba que seguirían a su lado hasta el final de sus días. Uno podía nacer con un pelo fuerte y vigoroso, y perderlo años más tarde sin aparente razón. ¿Por qué no

contemplar, entonces, la posibilidad de que pasase lo mismo con los poderes especiales que ostentaba? Leo no solía compartir sus temores con nadie, aun cuando la sombra del posible fracaso planeaba sobre él.

Sacudió los hombros deseando alejar de él el peso de la inseguridad y puso toda la atención en el plan. Repasó junto con su padre todos los detalles referentes al intercambio y, cuando la agitación de Madrid se entrevió bajo sus ojos, se preparó para el aterrizaje en una pista que pertenecía a una base militar secreta. Desde allí fueron llevados al hotel en un moderno coche de color oscuro con los cristales tintados, para que nadie del exterior pudiera ver a través de ellos.

Una vez instalado en el hotel, Leo dispuso de media hora para descansar y normalizar sus constantes vitales. Cuando se sintió preparado para actuar, vistió la ropa que dejaron para él y centró toda su atención en la foto del personaje que debía interpretar. El cambio sucedía sin más, no era consciente de cómo ocurría en realidad. Echó un rápido vistazo al espejo y al no reconocer su aspecto salió de la habitación convertido en el ministro islandés. Debido al esfuerzo de la metamorfosis, su piel se veía muy pálida y sus ojos brillaban en exceso.

Un agente secreto verificó el micrófono injertado en el lóbulo derecho de Leo y, tras comprobar su perfecto funcionamiento, le condujo a través de un largo corredor iluminado por unas vistosas lámparas empotradas en la pared hasta el lugar del encuentro.

—Recuerda que el señor Elsif es un hombre malhumorado y parco de palabras. Monitorizaremos todo el encuentro y te daremos apoyo por el pinganillo, pero ten presente nuestro lema: menos es más. Habla lo imprescindible y sal de allí con la mayor premura posible. Hasta ahora tus poderes no han durado más de cinco minutos, no podemos arriesgarnos a que te pillen y descubran nuestra tapadera.

Leo asintió preso de una importante ola de adrenalina. Quería realizar el trabajo cuanto antes y librarse de la presión. Se pasó la mano por el pelo y tras hacer una larga inspiración apretó el pomo de la puerta señalada y entró.

El pez gordo farmacéutico lo recibió con un fuerte apretón de manos.

—George Math —se presentó dándose importancia.

—Elsif Steemit —contestó Leo, tensionado. En los días anteriores había repetido multitud de veces el apellido de su personaje para tener seguridad en la voz, pero al tratarse de un apellido extranjero no podía asegurar que lo había pronunciado de forma correcta.

La intérprete, una chica espectacular de rasgos dulces y potente acento americano, informó a Leo que el encuentro debía ser rápido. El joven no podía estar más de acuerdo.

Intercambiaron unas miradas de entendimiento que finalizaron con la entrega del *pendrive* que Leo aceptó agradecido, introduciéndolo con cuidado en el bolsillo interior de su americana. Dio las gracias con educación y preparó su retirada antes de convertirse en el joven de diecisiete años que era en realidad. A punto de salir, notó que el brazo de su interlocutor lo retenía diciéndole algo en finlandés que no fue capaz de entender.

Era habitual que en los intercambios se utilizasen palabras clave, así que esperó paciente la ayuda de los servicios secretos que debían aconsejarle a través del pinganillo. Su frente comenzó a perlarse y todos los músculos de su cuerpo se tensaron expectantes. La espera apenas duró unos cuantos instantes, pero a Leo le pareció eterna.

—*Alariba mena soja* —repitió las palabras que su interlocutor deletreó en su oído rezando para que su pronunciación fuera correcta.

El señor Math lo miró fijamente a los ojos sin expresión alguna en el rostro. Los segundos pasaban con lentitud y el silencio era inquietante.

—Leo, sal cuanto antes, te queda menos de un minuto —escuchó al agente gritándole en el pinganillo.

A pesar de las advertencias aguantó un par de segundos más con el semblante serio y el gesto contraído. Era consciente de que si se retiraba de forma apresurada peligraría el éxito de la operación. Dejó el aire salir de sus pulmones cuando el propietario farmacéutico le estrechó la mano y dijo con evidente alivio:

—*Alariba mena soja.*

Leo abandonó el encuentro preguntándose para sus adentros cuál era el significado de tan poderosa frase encubierta. Lo más seguro es que nunca lo sabría.

Capítulo 7

El diario de mamá

Mi querida niña, en el segundo capítulo de mi diario me gustaría hablarte de las etapas más importantes de la vida. Mi experiencia me enseñó que son fases largas, que ayudan al ser humano a crecer y madurar con un único objetivo en la mente, el de encontrar la felicidad. Lograrlo no es imposible, aunque, para hacerlo, las personas deberán superar algunos baches, sobre todo al principio.

La etapa más complicada de la vida es sin duda la adolescencia, el período de transición entre la niñez y la adultez. Este período incluirá algunos cambios importantes, tanto en tu cuerpo como en la forma en la que te relacionarás con tu entorno. Es un tramo difícil, ya que las personas dejan de reconocerse a sí mismas. La vida placentera y amable de un niño sufre un duro revés al llegar a la pubertad y uno debe aprender a defenderse solo. Ya no hay una madre amorosa ni un padre protector a tu lado para abogar por ti, te encuentras de algún modo indefenso. En esta etapa suele ser habitual que te enfoques en ti misma, que sientas que la tierra gira solo en torno a ti. No sé cómo será tu aspecto físico, de lo normal, no ayudan mucho los extremos, y con eso quiero decir justo lo que digo. Ni ser la más hermosa te garantizará el éxito en la vida ni ser poco agraciada físicamente te condenará al fracaso. Indiferente de cómo te hayas desarrollado, siéntete orgullosa y no permitas que te juzguen por tu apariencia ni

consientas que tu entorno mande sobre ti. Ten personalidad propia y todo irá sobre ruedas.

Y ahora tú te preguntarás: «¿Y qué sabía mi madre? Con seguridad, en su época las cosas eran diferentes». Y puede que tengas razón, la tierra no para de girar y el mundo no deja de evolucionar. Es previsible que en el futuro tendréis mejores móviles, mayor calidad de imagen en las televisiones, medios de transporte más veloces y más facilidad para relacionaros. Pero lo básico de la vida y lo verdaderamente importante continuará del mismo modo, siempre. Los seres humanos siguen patrones parecidos desde los tiempos más antiguos y lo que nunca deben ni pueden perderse son los valores.

Y tú ahora dirás: «¿De qué valores habla mi madre?». Pues, tras pensarlo con detenimiento, he llegado a la conclusión de que existen dos tipos de valores para tener en cuenta: valores personales y valores relacionados con el entorno.

El valor personal, imprescindible para el ser humano, es el amor hacia uno mismo. Debes aprender a quererte, mi querida niña, por encima de todas las cosas. No ser muy dura contigo misma ni muy exigente. Perdona tus errores y aprende de ellos. Cuida tu aspecto físico, pero sin obsesionarte. Abre tu corazón a quien se lo gane y ofrece amor a quien lo merezca. No dejes que te avasallen ni permitas atropellos. Porque si tú no te amas a ti misma, ¿cómo pretenderás que lo hagan los demás?

En cuanto a los valores relacionados con el entorno, pondré en primer lugar el respeto; mi experiencia de vida me dice que es preciso que seas considerada y atenta con la gente que te rodea. En segundo lugar, iría la honestidad; di la verdad siempre, pero con tacto, asegurándote de no herir a los demás, porque la falta de honestidad te condenará a vivir en una continua tensión, una mentira atraerá a otra y un mal camino te llevará a uno peor todavía. En tercer lugar, pondría la humildad, conocer tus defectos y aceptarlos, entender que siempre se puede sacar una lección de lo que ocurre a nuestro alrededor. No hay nada que me desagrade más que el polo opuesto a la humildad, que es la arrogancia.

Y no me quiero explayar más de la cuenta, así que nombraré dos valores más para tener en cuenta, que son la prudencia y la responsabilidad. Actuar con prudencia significa saber evaluar los riesgos cotidianos y controlarlos en la medida de lo posible. Es importante ser prudente ante personas desconocidas y circunstancias inexploradas. Y ser responsable significa un cúmulo de todos los demás valores, simboliza comprometerse y actuar de forma correcta.

Dicho de un modo más simple y eficaz: sé responsable y educada, respeta y serás respetada. Procura ser honesta y no te mentirán.

Te quiero mucho,

Mamá

Capítulo 8

El amor propio

Keira no podía precisar con exactitud en qué momento su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Su mundo tal y como lo conocía se tambaleó al descubrir el diario de su madre que, aparte de regalarle valiosas lecciones de vida, le insuflaba valentía y ánimos de mejorar como persona. No se sentía capaz de leer más de unas cuantas páginas al día, puesto que cada parágrafo era tan intenso y cargado de sentimientos que requería una enorme fuerza de voluntad por su parte para no acabar llorando desconsolada.

Las frustraciones que envolvían su alma encontraron en los consejos de su madre un apoyo de un inestimable valor. Parecía que supiera de antemano las preguntas que rondarían por su mente y preparó aquel diario en función de sus necesidades.

En consecuencia, muchas de las preocupaciones de Keira comenzaron a cambiar, lo que tiempo atrás le parecía de vital importancia ahora tomaba forma distinta ante sus ojos. ¿Tenía el cuerpo demasiado delgado? ¿Y? El color de su pelo era algo extraño, ya que ni era rubio ni pelirrojo ni castaño, sino más bien una mezcla ¿entre todos esos tonos? ¿A quién le importaba? ¿Que el desparpajo

no se encontraba entre sus cualidades? El mundo real no pertenecía solo a los «populares».

Armada con toda esta munición positiva se reunió en el patio del instituto con sus dos amigos para almorzar. Decidió infundirles los mismos ánimos que experimentaba desde que los consejos de su madre formaban parte de su vida.

—A partir de ahora, no vamos a permitir que nos insulten —anunció con voz decidida—. Al tocapelotas de Karl lo pondremos en su lugar la próxima vez que intente reírse de nosotros. ¿Estamos?

Sus amigos intercambiaron una mirada sorprendida, pero se quedaron en silencio, incapaces de sumarse a sus ambiciosos propósitos.

—¿Yo soy demasiado flaca para su gusto? —continuó Keira su discurso en el mismo tono sedicioso—. Pues la próxima vez que me lo diga, yo le señalaré que él es algo tonto para el mío. Repetir cursos no debería ser una virtud, sino equipararse a la ausencia de masa gris, ¿no os parece? Hemos estado equivocados todo el tiempo. Tienen poder sobre nosotros porque les hemos permitido tenerlo.

Megan y Lukas dejaron los bocadillos a medio deshacer con las miradas desorbitadas puestas en ella. Era más que previsible que jamás habían tanteado la posibilidad de llevar a cabo acciones tan valientes y arriesgadas. Ni mucho menos acusar al todopoderoso Karl de ser incompetente y falto de cerebro.

Lukas alargó la mano para tocar la frente de la revolucionaria del grupo. La notó fría bajo los dedos de su mano derecha, por lo que la fiebre quedó descartada.

—¿Pero qué mosca te ha picado? ¿Qué nos importa a nosotros lo que opine ese cretino? Si le acusamos de que tiene poca materia gris ni sabrá a lo que nos referimos.

A pesar de estar tensos, ese comentario les hizo reír, aunque las sonrisas desaparecieron con rapidez de sus rostros, ya que el tema de conversación era demasiado serio para tomárselo a guasa.

Era por todos sabido que, si te enfrentabas a Karl sin un buen fundamento detrás, podías considerarte hombre muerto. Keira era consciente de ello, pero no flaqueó en su intento de cambiar sus vidas, manteniendo su cruzada contra «los populares» del instituto.

—¡Nos importa y mucho! —apuntó con determinación alternando

su foco de atención de un amigo a otro—. Lo que dice ese cretino está siendo imitado por la mayoría. Si encontramos el valor de plantarle cara, sería como hacerlo ante todos. Debemos sacar el valor de debajo de las piedras si es necesario. Se acabó comernos los insultos en silencio.

Megan y Lukas intercambiaron un gesto cargado de asombro.

—Yo..., yo no... No me atrevo —se sinceró Megan, cohibida. Cada vez que experimentaba emociones fuertes su voz perdía coherencia y terminaba tartamudeando—. U... na vez me... he negado a darle mi bolígrafo rojo y me empujó tan... fuerte que... acabé en el suelo y... con... las gafas partidas.

Keira se mordió el labio en actitud reflexiva. Había comenzado aquel discurso, segura de sí misma, pero las dudas de sus amigos menguaban su talante guerrero. Una parte de ella, la objetiva, la invitaba a la prudencia, aconsejándola a quedarse igual de sumisa que siempre, pero su lado emocional la instaba a rebelarse contra las injusticias que sufrían a diario. Mientras esta lucha se daba en su interior, sacó de la mochila su almuerzo, compuesto por un sándwich de crema de cacahuetes y un zumo de piña. No llegó a quitarle el plástico al pan cuando fue sorprendida por Karl:

—Hey, tú, palillo de los chinos, ¡dame tu almuerzo! Y todas las monedas que tengas en el bolsillo.

No era la primera vez que Keira se quedaba sin almorzar por culpa de Karl y la costumbre la empujó a alargar la mano para ofrecer lo que le pedían sin rechistar. Su amiga Megan la observaba con resignación y sus ojos comprensivos, de un cálido marrón oscuro, le enviaban claras señales de «te lo dije, no hay nada que podamos hacer». La expresión alarmada que divisó en la cara de Lukas le hizo cambiar de opinión. Era ahora o nunca. De nada servían las palabras si no iban acompañadas de hechos que las avalasen. Había decidido plantarles cara y eso pensaba hacer. Envalentonada, comenzó a quitar con tranquilidad el plástico al sándwich ante la mirada atónita de Karl y compañía. Acercó el pan a su boca y le pegó un mordisco generoso que hizo que la crema de cacahuetes se derramara por la comisura de sus labios. Fue lo último que hizo antes de recibir una fulminante patada en la cabeza que la dejó inconsciente durante varios minutos.

Cuando recobró el sentido tuvo que esforzarse para poder ponerse

de pie. Se rozó la cara con las yemas de los dedos, tenía el labio partido y algo ensangrentado y una abultada hinchazón justo encima de su pómulo derecho. La agresión física dolía, pero bastante menos que la humillación. Se apartó furiosa del lugar refugiándose en su banco favorito situado en una zona apartada del recinto escolar. Necesitaba lamer sus heridas en soledad, sabía que ante una agresión de ese tipo nadie se atrevería a socorrerla ni a consolarla. Era una de las leyes más imperiosas del mundo estudiantil. Al sentarse sintió un dolor punzante recorrerle todo el cuerpo, por lo que se abrazó las rodillas y comenzó a llorar desconsolada. Llorar era lo único que nunca nadie le había podido quitar. Y al hacerlo se sentía libre.

De pronto un crujido de hojas llamó su atención. Levantó la vista hacia el cielo y se vio sorprendida por unas hojas verdes en forma de lanzaderas que crecían de forma milagrosa, adquiriendo dimensiones increíbles bajo su mirada asombrada. Las lágrimas se congelaron en sus mejillas y sus labios se abrieron formando una O enorme ante el estupor que le provocaba el crecimiento de la planta. La sorpresa se convirtió en miedo al divisar cómo las hojas de la planta gigante se trasformaban en unas enredaderas que, tras dar unas sinuosas vueltas alrededor de su cuerpo, comprimieron su cuello dejándola sin oxígeno. La joven trató de apartar la hiedra con las manos, pero se había adherido con tanta firmeza a su piel que no había manera de liberarse ni de pedir auxilio.

Luchó con uñas y dientes para salvarse, aunque, poco a poco, comenzó a notar cómo la debilidad menguaba sus fuerzas. Parpadeaba angustiada, cada vez con menos energía; pronto la vista se le nubló y las pestañas se le antojaron pesadas como el plomo.

Escuchó mucho bullicio a su alrededor, por lo que hizo un gran esfuerzo para despegar los parpados. Ante ella una marea humana compuesta por los alumnos del centro presenciaba como las hojas de la planta convertidas en terroríficas serpientes trataban de estrangularla.

Por un instante se preguntó si aquello tendría alguna relación con el hecho de haberse enfrentado al rey de los populares. Si era así, ¿de qué servían los consejos de autoayuda de su madre? ¿Podría ser la vida tan cruel? Te animaba a rebelarte ante las injusticias y, cuando encontrabas el valor suficiente para hacerlo, ¿te oprimía sin piedad?

Entonces, ¿cuál era el propósito del ser humano? ¿Para qué llegaba a la tierra?

Multitud de preguntas la asaltaron como una metralleta que dispara de forma incasable y poco a poco fue perdiendo el contacto con la realidad, dejándose abrazar por el reconfortante refugio del aturdimiento. Un intenso color oscuro se apoderó de sus ojos y un ardor agradable comenzó a recorrerle las venas. A punto de rendirse, sintió una sacudida en el hombro que llamó su atención. Entreabrió sus pestañas cansadas y se encontró con la radiante sonrisa de su madre. Sus labios, de un suave color rosa pálido, se movían indicándole algo que Keira no lograba entender. Se esforzó y logró descifrar el mensaje que su progenitora le enviaba desde el más allá.

—Eres la princesa de los tulipanes, deja que tu poder te libre del mal. Puedes hacerlo. Cree en ti y todo será posible.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, la joven abrió los ojos y, mirando a la planta que la envolvía entre sus lanzaderas, le dirigió unas palabras extrañas, que comenzaron a brotar de sus labios en un susurro suave.

—Que tus brazos asesinos se conviertan en hermosos tulipanes que se desplomen al suelo en forma de pétalos aterciopelados.

Como era de esperar la presión que la hoja de la planta ejercía en su cuello no disminuyó ni un centímetro. ¿Cómo iba a hacerlo? Exhausta dejó de forcejear, preparándose para el fatal desenlace que la vida había preparado para ella. De pronto, unas palabras sin sentido comenzaron a salir de su boca, así sin más, sin que nadie, ni siquiera la propia Keira, supiera el significado:

—*Alariba mena soja.*

Al instante, bajo la asombrada mirada del alumnado, la planta asesina comenzó a retirarse, abandonando el cuello largo y grácil de su presa. Se deshizo en varias partes que a su vez se transformaron en coloridos tulipanes que cubrieron el cuerpo de Keira, llenando la atmósfera con su perfume fresco y primaveral.

Capítulo 9

El diario de mamá

Una pregunta inevitable de cada ser humano es ¿qué es el amor? ¿Cómo definir algo tan complejo, contradictorio, fascinante y que al mismo tiempo nos hace sentir tan vivos? No puede observarse bajo un microscopio, hay quien lo define en términos químicos y quienes hacen poesía de él. Amor es inspiración; a veces, hasta sufrimiento. Todos quieren vivirlo, la mayoría lo han sentido alguna vez, pero nuestra cuenta pendiente sigue siendo poder explicarlo. Estoy segura de que llegará el día en el que estas preguntas inquietarán tu mente, por lo que trataré de escribirte algunas de las conclusiones que mi experiencia de vida me dejó. En mi opinión, no hay una definición exacta para el amor, aunque sí muchas teorías parecidas.

Cada persona reacciona de manera distinta ante los sentimientos y, por muy raro que pueda parecer, cuando el amor de verdad toque a las puertas de tu corazón, sabrás reconocerlo. Es algo así como una fusión perfecta en cuerpo y alma, un estado apoteósico en donde el ser humano deja de caminar y de pisar tierra firme para sobrevolar nubes esponjosas bastante alejadas de la realidad. Se pierden las ganas de comer y de dormir, los pensamientos se reducen a una única persona, como si todo lo demás careciese de importancia.

Sabrás que estás enamorada cuando la simple mención de la persona que se ha colado en tu corazón acelere la sangre en tus venas,

sabrás que el amor ha calado dentro de ti cuando el simple contacto con el elegido de tu alma se asemeje a mil corrientes eléctricas que recorren tu piel. No es mi intención darte ninguna lección en esta área, es algo que deberás experimentar por ti misma y sacar tus propias conclusiones. He reflexionado y el único consejo que te daré es que no tengas prisas en enamorarte porque, de lo normal, en materia afectiva se pierde el control, la objetividad y la razón. Y aquí nos encontramos con otra paradoja difícil de manejar o concretar, que es el tiempo. Ojalá supiéramos cuál es la edad idónea para enamorarnos. Para mí, cuanto más maduro es el pensamiento humano, más preparados estaremos para afrontar las intensas emociones que el afecto nos hará sentir.

En la siguiente página he dibujado el contorno de mi mano, es el tamaño real que imagino que alcanzarás sobre los dieciséis años. Si te quisieras lanzar a una aventura amorosa, pega tu mano sobre mía. Si entre tu contorno y el mío hay mucha distancia, te ruego que lo reconsideres, puesto que no estarás preparada para reconocer el amor verdadero. Si tu tamaño no es exactamente igual que el mío, pero falta poco para alcanzarlo, te doy mi permiso para experimentar.

En cualquier caso, no te obsesiones con eso, lo del dibujo es algo orientativo que te guiará cuando las dudas se apoderen de ti. Sé dueña de tu vida y deja que tu intuición tenga la última palabra. Nadie es experto en nada, todos somos aprendices por el mundo, espero que mis consejos te estén ayudando.

Ah, una cosa muy importante. Si alguna vez encuentras el amor, trátalo bien y cuídalo cada día. Es algo muy valioso, aunque los humanos lo descuidamos de forma consciente, creyendo que es algo sin fecha de caducidad.

Terminaré hablando sobre este tema con dos recomendaciones importantes: abre tus horizontes y vive, no te obsesiones buscando el amor porque él mismo te encontrará en el lugar menos esperado. Y cuando eso haya ocurrido, que, seguro que ocurrirá, elige una canción que os defina a los dos, que hable de felicidad, desdicha, inspiración y pasión. Una canción especial que haga vibrar y soñar tu alma cada vez que la escuches. Sin una canción no hay amor que valga.

Te quiero mucho,

Mamá

Capítulo 10

La nueva

La inminente llegada de Keira a la base CPS se convirtió en un acontecimiento trascendental para los tres adolescentes que la habitaban. Primero, por tratarse de una chica; estaban tan acostumbrados a no relacionarse con el género femenino de su misma edad que la presencia de la canadiense los inquietaba sobremanera. En segundo lugar, se sentían intimidados porque vaticinaban que su rutina, tan bien establecida, se vería afectada; con seguridad, les tocaría interactuar con la nueva y soportar su presencia durante las horas de enseñanza del catedrático Lenoir.

—¿Y cuántos años tiene la chica que viene de Canadá? —se interesó Didac, interrumpiendo la clase de Física que el profesor impartía en ese momento.

—¿Otra vez estamos hablando de lo mismo? —espetó Lenoir con un deje de ironía en la voz—. Si no os conociera, diría que estáis acojonados. Tiene quince, anda, mira, como tú.

—¿Y por qué viene a nuestra base? ¿Es una especie de aprendiz? —Leo se retiró el flequillo de la frente en un acto reflejo y sus ojos azules brillaron expectantes mientras aguardaba la respuesta.

—No, no es una aprendiz, es una loba con siete cabezas que os comerá a todos, prácticamente sin masticar —ironizó Lenoir con énfasis.

—Muy gracioso —vociferaron los alumnos poniendo mala cara.

—No la temáis tanto, es una muchacha normal y corriente que imagino hará cosas normales, acorde a su edad. Lo único que se espera de vosotros es que la tratéis con cordialidad. —Intentó relajar los ánimos el profesor al advertir que el tema inquietaba demasiado a sus alumnos—. Dadle una oportunidad, ya sé que debe de ser toda una novedad que una muchacha irrumpa en vuestro día a día, espero que sepáis comportaros y ponerle las cosas fáciles. Y, quién sabe, puede que hasta os lo paséis bien en su compañía. ¿A qué viene tanta pregunta?

—¿Es guapa? —se unió Consta al interrogatorio Keira en cuanto tuvo ocasión. Sus amigos soltaron una sonora carcajada, hecho que terminó por enfadar al paciente profesor.

—Me sorprende esta superficialidad viniendo de un muchacho inteligente como tú, querido Consta. Os diré lo que sé sobre ella, que no es mucho, con la condición de que renunciéis a indagar. ¿Estamos?

Los tres asintieron complacidos; la curiosidad les podía más que las ganas de molestar a Lenoir.

—En Canadá y Estados Unidos han ocurrido unos extraños asesinatos por estrangulamiento. La policía está en jaque porque cada uno de esos casos sigue patrones iguales y no deja cabos sueltos.

—¿Y qué? —lo interrumpió Leo molesto, ya que la conversación parecía alejarse de nuevo del foco de su interés—. ¿Qué tienen en común unos asesinatos con que una aprendiz venga aquí a molestarnos?

—¡Chicos! —Levantó el profesor un brazo en alto, intentado disminuir la tensión formada—. Dejadme terminar las frases, de lo contrario, estaremos con este tira y afloja hasta mañana. La chica en cuestión, que por cierto se llama Keira, fue atacada en el patio de su instituto por una planta carnívora, llamada *Nepenthes bicalcarata*.

—Yo me rindo —afirmó Didac con desdén. Comenzó a recoger sus cosas con la intención de abandonar la clase, vociferando descontento —: No entiendo nada y usted en vez de aclararnos algo se dedica a tomarnos el pelo. Mi cerebro privilegiado no atina a adivinar qué

pueden tener en común un asesinato con una adolescente canadiense y con una planta carnívora. En serio, me voy a tomar el aire, que aquí no se me ha perdido nada.

—No, jovencito, te quedarás en tu sitio y me permitirás concluir —le advirtió Lenoir, molesto, señalándolo con el índice. A continuación, se levantó de su silla enfilando a sus estudiantes con seriedad, cosa que muy pocas veces hacía. Los tres muchachos componían una mezcla incendiaria, difícil de controlar. Podrían encajar en la clase adulta, ya que los trabajos que realizaban para el Gobierno requerían sangre fría y autocontrol, pero fuera de esas misiones no eran más que unos críos, con inquietudes muy propias de su edad, razón por la cual se les daba un trato especial. No obstante, si alguna vez las circunstancias lo demandaban, podrían ser amonestados y regañados, y ellos tenían la suficiente entereza e inteligencia para corregir su comportamiento. Basándose en esas reglas tácitas asintieron, esperando pacientes la explicación de Lenoir, que no tardó en hacerse efectiva.

—Como os decía, *Nepenthes bicalcarata* atacó a Keira, adhiriéndose a su cuello, intentando estrangularla. No lo consiguió porque ella logró trasformar sus hojas letales en un montón de tulipanes.

—¡Ala! Entonces... ¡La nueva tiene poderes! —exclamó Consta, impresionado ante el inesperado rumbo de la historia—. Haber empezado por ahí.

—¡Ja! —Torció el gesto Didac—. ¡Convertir una planta en flores! ¡Menuda patraña!

—Esta es la gran incógnita —precisó Lenoir, a todas luces intrigado—. No se sabe todavía si esta muchacha está dotada de poderes especiales o lo que ocurrió fue una simple alucinación. Aunque sería raro que todos los alumnos de su instituto vieran y contaran lo mismo. En fin, mañana Keira llegará a nuestra base para someterse a las pruebas y exámenes pertinentes. Y, mientras salen los resultados y se tome una decisión respecto a sus capacidades, se unirá a las clases y pasará algún tiempo con vosotros.

—Yo sigo sin ver el misterio. Si resulta que tiene la capacidad de transformar plantas carnívoras en tulipanes, ¿a quién puede interesarle eso? —preguntó Leo con cierta ironía en la voz.

—Las autoridades canadienses piensan que los asesinatos no

resueltos de los últimos meses son en realidad ataques provocados por esta planta en concreto. Si Keira poseyera ese poder, la utilizarían para detener a *Nepenthes*.

—¿Y cómo lo harían? —Consta abrió los brazos, impaciente—. ¿La llevarán volando de un estado a otro cada vez que reciban un chivatazo de que la *Nepenthes* decide atacar?

—A veces, pienso que valgo mi peso en oro por formaros y dar respuestas a vuestras inquietudes —se lamentó Lenoir de forma exagerada—. No soy un afortunado como vosotros ni tengo poderes sobrenaturales que me den respuestas a todo, así que vamos a tener paciencia. Mañana, en cuanto Keira llegue, sabremos más. Eso sí, espero que mis enseñanzas os hayan calado dentro y tratéis a esta muchacha de una forma cordial y amistosa.

—¡Que no se hable más! —Saltó Didac de su silla, poseído de una buena dosis de alegría—. Seremos unos caballeros andantes si así nos lo proponemos. Yo, por mi parte, pienso colocar a los pies de la bella damisela una alfombra de tulipanes a modo de bienvenida.

Leo comenzó a reír de buena gana y se unió a los planes de bienvenida de su amigo.

—Yo me transformaré en una aterradora *Nepenthes* y le daré un pequeño susto a modo de salutación. —El joven abandonó su asiento y moviendo las manos en distintas direcciones las posó al final en el cuello de Consta a quién fingió estrangular.

—¡Seréis niñatos! —bufó Consta, liberando su cuello del apretón provocado por los dedos de su compañero—. Yo, si es guapa, la induciré a que se enamore de mí. Me la llevaré después al acantilado y saltaremos juntos desde las rocas.

El profesor Lenoir se llevó la mano a la frente, gesto que hacía cuando su paciencia llegaba a su fin.

—¿Sabéis qué? Muchas veces, más de las que me gusta admitir, me dejasteis plantado en medio de la clase porque os aburrían mis enseñanzas, o porque fuisteis tan engreídos que pensabais que podíais hacer lo se os viniera en gana sin mirar más allá de vuestras narices. ¿Os habéis preguntado alguna vez cómo me sentía en tales circunstancias?

Los tres adolescentes intercambiaron una mirada sorprendida. No era nada habitual que el santo Lenoir perdiera los papeles. Era cierto

que abandonaban las clases con base en el humor o las ganas de atender las horas lectivas que tenían, aunque nunca se pararon a cuestionar sus actuaciones o si estas pudieran herir los sentimientos de su profesor, al que le tenían mucha estima y respeto. A pesar de experimentar remordimiento, ninguno de los tres se disculpó y, en consecuencia, la paciencia del catedrático llegó al límite.

En cuanto eso sucedió, los alumnos presenciaron atónitos cómo el hombre que les formaba en el ámbito académico recogía su maletín de cuero marrón y abandonaba la clase, sin esperar el sonido de la alarma que la daba por finalizada. Antes de cerrar la puerta tras él, les lanzó un nuevo dardo envenenado:

—Seguiremos de nuevo, mañana —hizo una larga inspiración y con voz pausada, continuó—: y, a partir de ahora, quiero que sepáis que me negaré a aguantar vuestras niñerías. Quedáis avisados, me marcharé de la clase cada vez que vuestros aires de chicos empoderados se os suban a la cabeza.

Y, dicho eso, abrió la puerta con gesto decidido y se fue.

Ala, Lenoir está flipando. Pero un flipe importante, de ese que se deshace en mil colores. ¿O tiene razón en enfadarse? ¿Nos estamos pasando de la raya?, se preguntó Leo, algo preocupado.

Capítulo 11

El poder de leer la mirada

«La nueva» llegó al centro CPS al caer la tarde, pero Leo y sus amigos no tuvieron oportunidad de verla, ni siquiera de lejos. Por lo visto, las autoridades canadienses pidieron que se le practicasen las pruebas cromosómicas ese mismo día y Keira fue trasladada a los laboratorios correspondientes con la mayor premura posible.

Leo intentó olvidarse de ella y no sucumbir ante la expectación que su persona le provocaba, pero sus pensamientos no dejaban de rondar en torno a esta desconocida que alteró su paz interior desde antes de conocerla. Una vez finalizadas todas sus tareas, el poseedor del poder de la metamorfosis fingió cansancio y se retiró a su habitación. Espió desde su ventana y, tras asegurarse de que nadie lo importunaría, abandonó su cuarto y se dirigió sigiloso hacia la zona de reconocimiento cerebral.

Esta parte del centro no se podía visitar fuera de las citas oficiales correspondientes a las pruebas cromosómicas habituales. Leo las había frecuentado multitud de veces, ya que aparte de sus revisiones periódicas había acompañado a sus amigos cuando debían superar algún examen cerebral importante.

Con prudencia abandonó el patio interior recorriendo el largo pasillo que, por suerte, a esta hora tardía se encontraba desierto. Una vez llegado a la zona que dividía las distintas salas, inspeccionó de forma cautelosa los alrededores y, tras asegurarse de que el camino estaba despejado, entró en la estancia donde se realizaban las pruebas cerebrales. Se escondió bajo una de las camas monitorizadas y esperó paciente la llegada de la canadiense.

Los minutos pasaban con una lentitud demoledora sin que ocurriese nada reseñable. A punto de abandonar su cometido, escuchó voces y pasos acercarse, así que permaneció quieto, respirando muy bajito para no delatarse.

Lo primero que vio de «la nueva» fueron sus zapatillas: blancas, inmaculadas, atadas con unos largos cordones en tono verde chillón perfectamente enlazados.

—Siéntate aquí, por favor —dijo una voz varonil, que reconoció ser la del profesor Clemente, experto en modificaciones cromosómicas.

—De acuerdo —contestó la chica en voz bajita y cohibida.

Pobre, está nerviosa.

Las zapatillas blancas desaparecieron de su campo visual y el ruido de un cuerpo al sentarse sobre la superficie de la cama le indicó que la muchacha se había colocado justo encima de él. Sin saber por qué, sintió el deseo de animarla. Había desafiado las normas del centro para darle apoyo en los duros momentos que tenía por delante. No entendía a qué se debía sus sentimientos benévolos relacionados con una chica que no conocía de nada, supuso que sería alguna forma de confraternizar con ella por hallarse en una situación que él había pasado multitud de veces. Demasiadas para poder contarlas.

—Te colocaré unos cascos sobre tu cabeza, apenas notarás dolor, ya que las radiaciones iónicas se harán de forma paulatina y lenta. Es un proceso seguro, no debes asustarte. Ahora cierra los ojos y relájate, te dejaré sola unos veinte minutos para que tu ritmo cardiaco se normalice. ¿Te parece bien? —preguntó Clemente en su habitual tono comprensivo.

Desde su escondite, Leo no escuchó la respuesta de la chica, pero intuyó que debió de dar su consentimiento con algún gesto, pues se apreciaba cómo el doctor trajinaba alrededor de la cama, con seguridad, colocándole los cascos y preparándola para el examen

cerebral.

El muchacho esperó paciente a que terminase su labor y, en cuanto el profesional se hubo marchado, salió de debajo de la cama. Sin levantarse, la llamó por su nombre.

Espero que no sea una aguafiestas y se ponga a gritar. Total no es Didac ni Consta, para que esté habituada a mi presencia.

Mientras esas dudas lo inquietaban, presenció cómo Keira se apoyaba sobre los codos y lo sondaba con unos ojos, de un intenso color verde, bañados en lágrimas. Él acercó su índice a los labios advirtiéndola de no delatarlo.

—¡Hola! —saludó en voz bajita, pero tranquilizadora—. Soy Leo. Nadie debe saber que estoy aquí.

Ella lo miró con atención, pestañeando sorprendida.

—¿Quién eres? —preguntó en un susurro, una vez que se recuperó de la impresión de ver salir a un chico de debajo de su cama.

—Soy uno de los tres chavales con poderes especiales del centro, imagino que te habrán avisado... de nuestra existencia.

—Sí, algo me han comentado..., aunque no se me pasó por la cabeza que fuerais tan raros...

—¿Raros? —Leo enarcó una ceja y una pizca de curiosidad se coló en su mirada.

—Imaginé unas personas algo más normales —dijo la muchacha y sus dedos dibujaron la señal de entrecomillado en el aire—, ya sabes, de esas que viven en... habitaciones corrientes y se sientan sobre las camas y no debajo de estas —sonrió con picardía y añadió amistosa—: por cierto, yo soy Keira.

—Encantado de conocerte, y no, no vivo de forma permanente debajo de esta cama es... provisional —le contestó, mostrando una sonrisa de oreja a oreja. A continuación, le tendió la mano de un modo gracioso, ya que seguía tumbado en el suelo y los movimientos los tenía limitados. La muchacha le correspondió el gesto y, bajando un poco su brazo, le estrechó la mano. El contacto fue breve, pero efectivo, ya que las sombras cargadas de desconfianza de su mirada comenzaron a disiparse.

—Y, dime, Leo, ¿qué hace una persona normal tumbada debajo de una cama? —preguntó ella, tras soltarse la mano y dejarla a buen recaudo sobre el borde del colchón. Tenía el brazo muy delgado y

unos dedos largos y gráciles rematados con unas uñas cortas y algo mordidas—. ¿Es así como se da la bienvenida aquí?

Buena pregunta. ¿Qué hago aquí? Ya que has entrado en el baile ahora sigue danzando.

—Supongo... que me dejé llevar por la curiosidad —respondió, guiñándole el ojo—. Eres la primera chica que nos visita, así que la expectación es máxima. Me moría de ganas por conocerte. Pensé para mis adentros: «"La nueva" debe de tener cinco cabezas y unas uñas aterradoras, de al menos un par de metros de longitud» —bromeó.

Menuda patraña acabas de soltar, colega.

—Pues siento decepcionarte, como puedes observar no soy nada especial, es más que probable que ni siquiera tenga poderes.

—No estoy decepcionado. Por cierto, me molan tus cordones fosforitos, los vi cuando te acercabas a la cama —le aseguró levantando el pulgar para cimentar su afirmación.

—¿Me estás vacilando? —El rostro sonriente de Keira se nubló. Entre ambos se instauró un breve silencio que, finalmente, fue interrumpido por Leo, que no comprendía cómo un cumplido sincero podía molestar a alguien, tuviera poderes o no.

—No te estoy vacilando. ¿Por qué piensas eso? —se extrañó y, estirándola con delicadeza de la manga de su camiseta, llamó su atención—. Los ojos nunca mienten, mira los míos. ¿Qué te dicen?

Establecieron contacto visual y se sostuvieron la mirada sin inmutarse. Sin saber por qué, Leo se sintió cohibido cuando los iris verdes de ella se fijaron en los suyos de forma estática y sin apenas pestañear. Notó un agradable cosquilleo en la sangre y el pulso en las venas acelerarse. Aquel intenso intercambio de miradas detonó un sentimiento nuevo y misterioso en su interior que nunca antes había experimentado. Al final, sus pestañas largas y rubias se movieron y la magia se detuvo. Una sonrisilla tímida se asomó en sus labios rosados, señal de que volvía a confiar en sus buenas intenciones.

—Te dije que era poco probable que tuviera poderes. ¿Cómo quieres que sepa interpretar el vocabulario de los ojos? —De pronto, su rostro se tornó serio y en su frente plagada de minúsculas pecas aparecieron unas finas ondulaciones—. Espera un momento, ¿tú tienes este poder?

Él se echó a reír apartando con un movimiento de cabeza el

mechón oscuro que le tapaba la frente. «La nueva» hacía gala de un peculiar sentido del humor que le gustaba. No tenía claro si era inocencia o tomadura de pelo, así que decidió seguirle el juego, sin saber realmente a lo que estaban jugando.

—Pues, claro que lo tengo. Soy capaz de comunicarme con los ojos de las personas y siento avisarte que los tuyos me han contado un montón de cosas sobre ti. Sin tú saberlo, se sobreentiende.

Un delicioso color rosado se extendió en las mejillas de la joven, señal de que el farol de Leo había surtido efecto.

—¿Como qué? —preguntó de repente, desconfiada.

—Como que me encuentras muy molón.

—¡Eso no es verdad!

—Sí que lo es —se empeñó en llevarle la contraria, sintiendo verdadera atracción ante el enfado que oscurecía sus ojos.

—Puede que te encuentre... un poco interesante —reconoció, ante la duda de que sus ojos pudieron haber sido leídos por él. Al fin y al cabo, Leo era un joven dotado de poderes y ella acababa de llegar, no conocía el alcance de las capacidades de las personas como él.

—¿Solo un poco? —El chico le volvió a guiñar el ojo sonriéndole de forma amistosa—: Era un farol, tranquila, no leo los ojos de la gente, ya me gustaría.

Keira hizo un movimiento con el brazo derecho tratando de alcanzarlo para darle un empujón. Una mueca de dolor detuvo sus intenciones y, dejando a Leo de lado, se llevó la mano a la cabeza, clara señal de que las radiaciones de los cascos comenzaron a afectarla. Él conocía muy bien estas molestias, cada semana lo sometían a pruebas parecidas para mantener controlada su actividad cerebral.

Buscó su mano y se la apretó infundiéndole ánimos. Keira respondió a su estímulo y pocos segundos después volvió a aparecer en su campo visual mostrándole una sonrisa de agradecimiento.

—Sentí unos pinchazos raros en la frente.

—Son algo molestos, pero soportables. He pensado no soltar tu mano mientras dure el reconocimiento. Si tú quieres, claro. —Ante el silencio prolongado de la chica, añadió—: Nadie lo sabrá, solo debes esconder mi mano bajo la sabana y el profesor Clemente no se enterará. Será nuestro secreto.

Ya vale, Leo. Tampoco te pases.

—No es necesario —rechazó ella su ofrecimiento con educación, retirando sus dedos de entre los suyos—. Tenías razón, las molestias que siento son bastante soportables.

Leo volvió a rozarle la piel y, sosteniendo su estrecha muñeca entre sus dedos, le dijo con determinación:

—No seas cabezota y utiliza mi poder. Ya sabes, el verdadero.

—¿Tu poder verdadero? —preguntó confundida—. ¿Y cuál es?

—El de la trasmisión.

—Nunca lo había escuchado... ¿De qué va?

Su rostro colmado de curiosidad le pareció a Leo adorable. Se había tragado el cuento de ese nuevo poder y pensaba utilizarlo para ayudarla.

—Las personas pueden pasarme sensaciones si tienen contacto directo conmigo —señaló sus manos cogidas—. Así que ya sabes, si notas mucho dolor, siéntate libre de transferirme la molestia, de ese modo la sufriré en tu lugar.

El entrecejo de Keira se arrugó, clara señal de que la explicación de Leo no la había convencido por completo. El eco de unos pasos acercándose por el pasillo les indicó que aquella breve conversación debía terminarse. Él se despidió con un gesto y volvió a su escondite, debajo de la cama alargando los bordes de la sábana para no ser visto, aunque se cuidó de no soltar los dedos finos y delgados de su nueva amiga. Esperó paciente para ver si ella rebatía su ayuda y sonrió satisfecho al advertir que le apretaba la mano con fuerza, ocultándola bajo la sábana, así como le había pedido.

Ahora prepárate para matarte la espalda, galán. Eso durará una pequeña eternidad.

Capítulo 12

Pillado in fraganti

Antes de salir de su escondite, Leo esperó paciente a que el profesor Clemente abandonara la sala de reconocimiento cromosómico. Le dolían los lumbares y todos los huesos de su cuerpo tras haber permanecido tumbado en el suelo durante más de tres horas seguidas, que fue lo que duró la intervención. Estaba impaciente por observar con más detenimiento a Keira, ya que hasta entonces solo había visto algunas partes de ella: como sus zapatillas molonas, su cara plagada de minúsculas y graciosas pecas, y sus ojos verdes coronados por largas pestañas de color dorado. Suponía que debía ser rubia, aunque no lo sabía con exactitud, ya que llevaba el pelo cubierto con una rejilla sanitaria.

Una vez que se puso de pie, estiró los brazos por encima de su cabeza para desentumecer los huesos y, cuando uno en la parte dorsal le crujió, Keira abrió los ojos y lo sorprendió mirándola.

—Hola, bella durmiente, ¿te acuerdas de mí?

Como para no acordarse. A una le salen galanes de debajo de la cama todos los días.

Keira mostró un intento de sonrisa, señal de que lo recordaba,

pero su aspecto general denotaba cansancio y atolondramiento. Leo sabía por propia experiencia lo dolorosas que llegaban a ser esas intervenciones y lo difícil que resultaba regresar a la normalidad tras sufrir la ionización parcial del cerebro. Le devolvió la sonrisa y siguió hablando para ahorrarle el esfuerzo.

—¿Cómo te encuentras? Espera, no hables, leeré tus ojos. —Aumentó la intensidad de la luz de la lámpara plegable colocada en la pared, justo encima de la cabeza de la paciente y, acercándose, la estudió con gesto serio.

—No mientas, no tienes ese don —murmulló esbozando una leve sonrisa.

¿Y tú qué sabes? Puedo tener mil dones si así me lo propongo.

—Atenta. Tus ojos me dicen que estás algo cansada y desorientada. Al principio, notaste una fuerte explosión dentro de tu cabeza, bastante molesta, aunque gran parte del dolor me lo pasaste a mí, así que, a lo sumo, gracias a mi inestimable ayuda ahora estás guay.

—Guay, lo que se dice guay..., no creo que lo esté..., pero gracias por quedarte conmigo —asintió con una sonrisa tímida en los labios —. Aunque para tu información, quiero que sepas que no me he tragado el cuento del poder de la transmisión.

—Ya... —Leo fingió una pose reflexiva y, cuando su flequillo liso y oscuro le tapó por completo los ojos, lo retiró a un lado dando la oportunidad a que sus miradas se encontrasen—. Pues, para no habértelo tragado, tu modo de actuar fue bastante extraño; te recuerdo que no me soltaste la mano en ningún momento.

—Yo..., yo no me acuerdo.

Has parpadeado varias veces seguidas, mientes, bella durmiente.

—Pues claro que te acuerdas. Aunque ahora me mortifica una duda existencial. Si no creíste en mi poder de trasmisión y aun así no me soltaste la mano, entonces, cabe la posibilidad de que mi cercanía... ¿te haya gustado?

Sus atrevidas palabras provocaron que las mejillas pálidas de Keira se colorearan al instante. Desvió la mirada, perturbada, centrándose en los enormes cascos que descansaban sobre el soporte de metal colocado junto a su cama. Leo se arrepintió de haber llevado demasiado lejos sus bromas, era algo que nunca había tenido

necesidad de controlar, ya que su relación diaria con sus dos compañeros se basaba en la sinceridad sin filtros ni adornos innecesarios. Ahora comprendía que las chicas eran diferentes. ¿Debía disculparse por haber dicho lo que pensaba? ¿De eso iban las relaciones con las chicas? Si eso fuese así, menuda mierda.

—¿Qué pasará ahora? —quiso saber Keira tras un embarazoso silencio—. El doctor me aseguró que lo más difícil ya estaba hecho. Me recomendó descanso y, a partir de mañana, vida normal. ¿A ti te hicieron esta prueba alguna vez?

—¿Que si me la hicieron? Esta prueba es para mí algo parecido a lavarme los dientes. El profesor Clemente coloca esos malditos cascos sobre mi cabeza cada semana. —Se hizo el gracioso, para impresionarla.

—¿Solo te lavas los dientes una vez a la semana? —se burló ella al detectar su intento de deslumbrarla.

—¡Muy graciosa! —Leo le tocó la punta de la nariz en actitud traviesa. De pronto sintió el impulso de retirarle la rejilla que le cubría el pelo y, al instante, una mata alborotada de color rubio cobrizo se derramó sobre la almohada. La joven parpadeó alarmada, dando a entender que su gesto la había molestado. Le apartó la mano de su cabello, demandando con su mirada chispeante una explicación.

—¿Por qué me quitaste la redecilla?

—Ya no la necesitas y sé lo incómodo que resulta llevarla —se justificó él, cada vez más convencido de que las chicas eran algo complicadas de entender. ¿Cuántas veces no había hecho lo mismo con Consta y con Didac? Demasiadas para recordarlas y nunca había acontecido ningún enfado entre ellos. Se apartó medio paso de su cama orientando la conversación en torno a las pruebas—: Ahora tendrás que descansar. Los resultados tardarán unas siete horas.

—Eso está bien —murmulló agradecida—. Los parpados me pesan... Necesito dormir. Gracias por estar aquí.

Esas palabras hicieron que el corazón de Leo diera un vuelco brusco en su pecho.

¿Qué había sido eso?

Segundos atrás Keira dio a entender que su presencia le molestaba y ahora decía lo contrario. ¿Por qué eran tan contradictorias las chicas?

La observó en silencio un buen rato y al ver que ahogaba un bostezo, comprendió que debía dejarla descansar. Hizo una breve ojeada al reloj, recordando que a las doce de la noche tenía que estar en la cama para pasar el control nocturno. Era la única norma estricta del centro que no podía eludir, puesto que el descanso era indispensable para que la actividad cerebral estuviera en forma óptima.

—Me tengo que ir, me alegro de que mi presencia... te ayudara. Ahora cierra los ojos y descansa.

Keira asintió y juntando las pestañas imprimió a su rostro un aspecto relajado. Él escuchó su respiración pausada, incapaz de separarse de ella. Miró de nuevo el reloj advirtiendo que faltaban tan solo quince minutos para la ronda de control, a la que nunca en sus diecisiete años de vida desobedeció.

Volvió a cogerle la muñeca estrecha entre sus manos. Una vez que observó su rostro profundamente relajado, tuvo la certeza de que se había dormido. Le soltó la mano con delicadeza, dejándosela sobre el colchón y por último la arropó con la sábana. Le apartó un mechón de la cara y se acercó a su frente para darle un beso fugaz. Notó su piel suave bajo sus labios, como la superficie cremosa de un helado de nata que te invita a saborearlo. El contacto apenas duró unos instantes, pero fue suficiente para confundir sus pensamientos.

¿Eso habrá sido un beso? No..., los besos de verdad se daban en los labios.

Había acompañado multitud de veces a Consta y Didac; siendo el mayor del grupo, se consideraba responsable de protegerlos. Pero debía de ser franco, nunca había sentido el deseo de besar sus frentes. ¿Por qué lo había hecho con ella? ¿Por qué cuidarla si no era nada suyo?

Hecho un mar de dudas redujo la intensidad de la luz de la lámpara y se alejó con paso apresurado de la cama. Había sido agradable conocer a «la nueva» y pasar un rato en su compañía, pero debía evitar tratarla con demasiada familiaridad; esa desconocida lo confundía demasiado.

Una vez que hubo encaminado los pasos por el largo pasillo, aceleró el ritmo, ya que faltaban tan solo seis minutos antes de la ronda de control y él no se encontraba ni siquiera en su zona habitual.

A punto de llegar al acceso exterior escuchó el ruido de una puerta al abrirse a sus espaldas y la potente luz de una linterna iluminando la oscuridad.

—¡Tú! —escuchó una voz autoritaria, llamándole—. ¡Detente ahora mismo!

¡Lo que faltaba!

Soltó el aire retenido en sus pulmones y, tratando de esconder el pánico que sentía, se giró simulando una pose relajada.

—Hola..., eh... Soy... yo... Leo. Buscaba a mi madre.

El vigilante de seguridad se acercó con paso lento y decidido. Le cegó con la potente luz de la linterna a la que paseó con pericia sobre su rostro.

—Leo... Tu madre se marchó hace tres horas y tú no tienes permiso para estar aquí.

El aludido apartó la manga de su camiseta y miró con nerviosismo su reloj. Cuatro minutos lo separaban del marrón del siglo. Decidió echar mano del ingenio para salvarse la piel.

—Lo sé. Solo quería... Te lo ruego, haz la vista gorda por ahora y te deberé un favor. En unos minutos me darán como ausente ante la ronda de la medianoche y ya sabes... lo que significa eso.

La mención de dicho control le quitó al vigilante las ganas de mostrarse implacable. Si no lo dejaba ir cuanto antes, tendría que realizar un informe exhaustivo ante sus superiores y no le apetecía reconocer que uno de los muchachos se había colado en su zona sin haberlo visto.

—Vale, márchate, pero me debes una. Si alguna vez me apetece hablar con algún familiar fallecido, me echarás un cable.

¡Oh, un millón de gracias! Te echaré todos los cables que quieras, pero déjame ir.

Leo levantó el pulgar, señal de que aceptaba el trato y echó a correr. No tenía tiempo ni ganas para sacar al vigilante de su error, además..., ¿qué importaba otro poder añadido a todos de los que había alardeado esa noche? Recorrió la distancia que lo separaba de su habitación en tiempo récord y aterrizó directo en la cama sin quitarse ni siquiera los zapatos. Se cubrió el cuerpo con la manta y pasó la inspección rutinaria con el corazón en un puño.

Al quedarse solo, liberó el aire retenido en sus pulmones y recobró

la calma. Le costó dormirse, ya que por alguna extraña razón el rostro pecoso de su nueva amiga llenaba todos sus pensamientos.

Capítulo 13

Secretos compartidos

—¿Dónde te metiste ayer? —preguntó Didac, nada más ver aparecer a Leo en el marco de la puerta—. Estuvimos esperándote hasta muy tarde para cenar; al ver que no aparecías, nos pasamos por tu cuarto y no estabas.

—¿Alguna misión importante? —se interesó Consta, levantándose de su silla para recibir a su amigo.

Leo se sintió acorralado. Estaba deseoso de compartir con sus dos únicos amigos sus impresiones acerca de «la nueva», pero verlos tan expectantes le hizo comprender que, tal vez, no les haría gracia saber que se había adelantado. Conocerla en solitario podría ser interpretado por ellos como una traición. El día anterior había actuado por impulso, sin planear ni pensar en las consecuencias de sus actos. Ya era tarde para lamentarse, así que hizo algo inaudito: mentir a sus amigos.

—Me llamaron para una prueba..., eh..., una exprés. No me dio tiempo a avisaros, lo siento. Y, después, me quedé algo grogui y me fui a descansar.

Improvisó el discurso evitando mirar a sus colegas de frente.

Quería parecer despreocupado, así que se entretuvo con su mochila, colocándola sobre la superficie de su pupitre. Abrió la cremallera y sacó un cuaderno pulcramente envuelto en un folio protector de plástico y unos lápices de varios colores que tenían las puntas afiladas a la perfección. Tanto Consta como Didac conocían lo incómodas que podían llegar a ser ese tipo de intervenciones, más cuando se realizaban por sorpresa, así que interpretaron su silencio como una muestra de malestar. Lo consolaron con un abrazo fraternal y, dando su explicación por válida, se sentaron en sus respectivos pupitres.

—Hoy Lenoir nos presentará a la nueva —afirmó Consta con un brillo expectante en su mirada. ¡Me muero de ganas, colegas! ¿Vosotros no?

Leo sintió unas gotas de sudor perlarle la frente.

—Más o menos —respondió, agitándose nervioso en la silla, llevándose la impresión de estar sentado sobre brasas encendidas. Mentía por primera vez a sus amigos y lo había hecho tan mal que iba a quedar en evidencia en un abrir y cerrar de ojos. En cuanto Keira diera señales de que ya se conocían, sus amigos atarían los cabos sueltos y apostillarían su frente con la etiqueta de mentiroso.

—Más o menos, dice —le imitó Didac, sorprendido—. Que una chica llegue aquí es la cosa más emocionante que nos ha sucedido en meses. ¿Qué digo meses? ¡En años! Y el colega dice *más o menos*. Mi madre me dijo que hasta que salgan los resultados la chica vendrá a clases con nosotros... Me pregunto cómo será su aspecto. —La expresión de su rostro se tornó expectante—: ¿Alta y morena? ¿Bajita y rubia? ¿Con quince años le habrán crecido ya las tetas? ¿Qué pensáis?

Las conjeturas de Consta hicieron que Leo se sintiera miserable, en el sentido literal de la palabra. Comprendió que una mentira inocente daba paso a otra y otra más, y la cadena no dejaría de crecer si no la paraba con la verdad. A punto de rectificar, escuchó la voz de Lenoir saludarlos. Se giró y el cielo se le cayó encima al advertir que venía acompañado.

—Chicos, ¡prestadme atención! —pidió en tono imperativo, al tiempo que animaba a la muchacha, que caminaba detrás de él, a dar un paso al frente—. Os presento a Keira, durante unos días será vuestra compañera.

Leo la observó con atención. Era alta, tanto que le sacaba un palmo al profesor Lenoir y muy delgada. Vestía unos pantalones vaqueros que le llegaban hasta los tobillos. Leo no supo apreciar si el corte se debía a la moda o se le habían quedado pequeños. En la parte de arriba llevaba un top sencillo, de color blanco con rayas verticales azules. La tela suave, ceñida a su cuerpo indicaba que sus senos estaban en crecimiento, aunque de un modo bastante incipiente. Calzaba las mismas zapatillas blancas del día anterior atadas esta vez con unos graciosos lazos de color rosa chicle. Su pelo estaba recogido de forma severa en dos trenzas que tenía un grosor idéntico al de sus brazos. Unos lazos de color naranja adornaban la parte final de las trenzas, que le llegaban a la altura de la cintura. El aspecto de Keira era de algún modo formado por contrastes.

Consta fue el primero en reaccionar. Se levantó de su asiento y con paso enérgico se plantó ante ella.

—Bienvenida, Keira, yo soy Consta —sonrió con picardía y añadió —: El guaperas del grupo.

Leo no daba crédito a lo que estaba presenciado. ¿A quién se le ocurre referirse de ese modo a sí mismo? Se preguntó en qué momento su colega había perdido el sentido común. Sintió vergüenza ajena al advertir cómo las mejillas de Keira se coloreaban. Apenas fue capaz de balbucear su nombre y estrecharle la mano al lanzado Consta.

El segundo en hacer el ridículo fue Didac, imitando el comportamiento infantil de Consta se autoatribuyó el calificativo de «el listo del grupo». ¿Qué les pasaba a sus amigos? Estaban del todo irreconocibles.

Keira pensará con seguridad que en vez de jóvenes con poderes especiales somos unos retrasados mentales que no ven más allá de sus narices. Se ha topado sin ir más lejos con «el guaperas», «el listo» y «el mentiroso». ¡Vaya trío más genial!

Finalmente, Leo no tuvo más remedio que seguir la dinámica grupal. Mientras le daba la mano, buscó la mejor manera de presentarse, intentando no dejar en evidencia el hecho de que ya se conocían. Para no recurrir a la mentira, lo único que dijo fue su nombre. Callar no era sinónimo de ocultar la verdad o, al menos, en ese instante así lo pensó.

Keira sonrió amistosa y, para su alivio, le dio el mismo trato que a los demás, como si no le fuese más familiar que aquella presentación conjunta. Leo sintió tanto agradecimiento por no haberlo delatado que apenas se aguantó las ganas de darle un abrazo.

—Leo es el gracioso del grupo —aclaró Lenoir, para llenar el silencio formado—. Me pregunto por qué razón está tan callado hoy.

Didac y Consta soltaron una risita, cuchicheando en voz baja. En ese instante Leo sintió el real deseo de poseer el poder de la invisibilidad. Se mantuvo todo lo erguido que pudo aun cuando notaba sus mejillas incendiarse bajo el escrutinio, algo divertido, de Keira. Ya era oficial, él y esa chica compartían su segundo secreto. ¿Compartirían alguno más en el futuro? A su forma de ver, una muchacha que sabía guardar un secreto era una muchacha digna de tener en cuenta.

Capítulo 14

Profecía resuelta

El profesor Lutemberg dejó de lado el informe policial que sostenía en la mano y cerró los ojos para aclararse las ideas. Treinta y seis horas atrás el consejo de microbiología internacional lo puso al frente de una investigación poco habitual relacionada con la presencia de una conocida planta carnívora en unos asesinatos por estrangulamiento. El profesor era considerado una eminencia en el conocimiento de *Nepenthes bicalcarata*, habiendo centrado parte de su carrera en estudiar el comportamiento de esta obra maestra de la naturaleza.

Al principio, Lutemberg había rechazado el encargo, pues le parecía poco probable que *Nepenthes* fuera capaz de mutar para convertirse en una planta asesina, pero los testimonios de los alumnos de un instituto de Ottawa que aseguraban haber visto a esa planta intentando estrangular a una compañera le hicieron cambiar de opinión.

Una profecía que encontró en un viejo libro llamó su atención de inmediato y se dispuso a destriparla. La parte inicial del texto decía: «Cuando la primera parte del año sea idéntica a la final» era muy

compatible con el año en curso 2020, por lo tanto, tomó en cuenta la posibilidad de referirse al periodo actual. El siguiente parágrafo describía una frase todavía más concreta: «cuando la luz se convierta en oscuridad» podría hacer relación al eclipse solar de cuatro semanas atrás, fecha que coincidía con el primer supuesto ataque de *Nepenthes* a una pareja de adolescentes en un parque de Ottawa.

La parte del texto que reseñaba «los seres extraños que mutarán» era más relativa, aunque a *bicalcarata*, en su calidad de planta carnívora, resultaba factible considerarla como un ser especial. Lutemberg puso todo su empeño en descifrar la ubicación del territorio al que se refería la profecía, aunque no logró situarlo en el mapa, ya que «un lugar sagrado donde agua, fuego y roca conviven en armonía» eran términos demasiado relativos. Para no dejar esa incógnita sin resolver decidió situarla en el origen del primer ejemplar de *Nepenthes*, un cono volcánico perteneciente al mirador de los Roques, en una isla del Viejo Continente, llamada La Gomera.

El fragmento final de la profecía abarcaba un radio amplio de interpretaciones que el profesor no fue capaz de comprender, ya que las paradojas subjetivas eran complicadas de destripar para los científicos. «Las lágrimas tendrán el poder de provocar su ira y el amor de dos seres especiales detendrá el desastre».

Lutemberg presentía que el puzle que trataba de recomponer estaba a punto de concluir, aunque algunas piezas se empeñaban en no cuadrar. De sus setenta años, el profesor alemán dedicó medio siglo al estudio del comportamiento de las plantas carnívoras y, aun cuando constaban ataques directos a humanos, nunca se presentaron sin una alteración previa.

El científico se friccionó los ojos enrojecidos a causa del cansancio y retomó la ficha de Keira Reyk, la muchacha de quince años que logró un hecho inédito: transformar las garras asesinas de *Nepenthes* en coloridos tulipanes. Fue precisamente a causa de ese acontecimiento que los investigadores asociaron los asesinatos con aquella planta en concreto. Ahora faltaba descubrir los detonantes y contener la acción de la planta.

El profesor estudió con atención la ficha de la adolescente. La vida de Keira no ofrecía ningún dato trascendental antes de convertirse en pieza clave para la investigación policial. Lutemberg no creía posible

que fuese el ser especial que la profecía nombraba, pero hasta la fecha era la única candidata posible. Basándose en eso recomendó su envío inmediato a la base europea de observación científica de Las Rosas para someterla a un examen exhaustivo. Los informes decían que la composición de su información genética era compatible con la posesión de poderes sobrenaturales o, dicho de un modo más sencillo, la muchacha podría ostentar el poder de la conversión ajena.

Cuando aquel extremo quedó confirmado, la base científica mundial requirió los servicios del viejo profesor, solicitándole personarse con la mayor premura posible a la base CPS, ya que atacar a *Nepenthes* de forma indiscriminada no era posible; lo primordial y más importante era conocer su punto débil, la matriz a la que podrían atacar con el arma llamada Keira.

Capítulo 15

Tres más una

Lenoir tuvo la genial idea de que la primera asignatura en la que participaría Keira fuese Geografía y propuso realizar la clase al aire libre. Si de por sí el pequeño grupo de los tres estudiantes era atípico, ya que ni tenían la misma edad ni poseían los mismos poderes, con la entrada en escena de la joven canadiense, la fórmula se complicaba todavía más.

El cambio de rutina fue recibido con agrado por los chicos, que se esforzaban en explicarle a la recién llegada las particularidades de la isla, como su estructura rocosa, sus dimensiones, la densidad poblacional y la calidad del aire que la rodeaba.

—¿Sabes que el nombre de nuestra isla, Gomera, proviene de Gomer, nieto de Noé? —comentó Didac, intentando darse importancia ante Keira. La mirada un tanto confusa de ella dio pie a que Consta ridiculizara su intento de impresionarla.

—¡Como si el nieto de Noé fuese alguna eminencia! Además, lo acabas de decir, esa teoría no tiene valor ni fundamento, son viejas suposiciones sin contrastar. También hay quienes afirman que el nombre de Gomera viene de las tribus bereberes que habitaron la isla

en el pasado.

¡Serán cretinos! ¿Tribus bereberes y Noé? ¿En serio? Leo no salía de su asombro al advertir los intentos de Consta y Didac de impresionar a Keira.

La muchacha caminaba por el sendero flanqueada por los dos adolescentes y, aun cuando trataba de prestarles la máxima atención posible, no parecía demasiado interesada en las explicaciones de Consta y Didac, ya que ni había oído nunca hablar de las tribus bereberes y desconocía acerca de la existencia del nieto de Noé.

Leo recorría el camino en solitario unos pasos por detrás del grupo, liderado por el profesor Lenoir. Estaba enfadado por haber perdido la exclusividad sobre Keira, de repente la presencia de sus dos mejores amigos lo molestaba sobremanera. Y sus intentos de avasallarse entre sí para ganar puntos ante ella le parecían patéticos.

Basándose en estos sentimientos se mantuvo alejado del grupo durante toda la caminata y no encontró la oportunidad de intercambiar con Keira más de cuatro palabras seguidas, aunque ganas no le faltaron.

—Chicos, no es preciso alardear de todos vuestros conocimientos científicos al mismo tiempo, dejad a Keira que admire el paisaje, que recorra tranquila nuestra maravillosa isla para adaptarse al entorno —pidió Lenoir, al advertir que la discusión entre Consta y Didac se acaloraba.

Keira se detuvo un momento y, tras bajarse de los hombros la voluminosa mochila color azul turquesa, abrió la cremallera y extrajo del interior una botella de agua. El resto de los integrantes del grupo aprovecharon el parón y se sentaron cerca de una roca calcarosa que había en la zona. El profesor se refugió bajo la sombra de un árbol, decretando una pequeña pausa para descansar. Leo buscó su propio cobijo, sentándose en el suelo entre dos rocas de naturaleza sálica. Desde la distancia observaba aburrido cómo la lucha de Didac y Consta para conseguir el liderazgo seguía más activa y encendida que nunca. Cruzó alguna que otra mirada con Keira, quien le dio la impresión de estar un tanto agobiada por encontrarse en medio de sus dos admiradores.

—¿Sabes que La Gomera es una isla volcánica? —preguntó Didac, al tiempo que sacaba del bolsillo un paquete de chicles de menta y le

ofrecía uno a Keira con gesto ceremonioso—. ¿Te gustan los chicles de menta? Si no, puedo darte otro de limón. Lo siento, de fresa no me quedan.

Leo lanzó un largo suspiro. ¿Qué tenían en común el hecho de que La Gomera fuera hace miles de años una isla volcánica con los chicles de menta y limón? El lamentable espectáculo ofrecido por sus amigos lo sacaba de quicio. Era comprensible su comportamiento, ya que nunca habían intimado con chicas, pero no era razón suficiente para atosigar a Keira ni monopolizar su atención. En opinión de Leo, deberían haberle dado libertad para que eligiera a la persona que más cómoda la haría sentir.

O sea, yo.

—Gracias, de menta está bien —aceptó ella con educación—. No sabía lo de los volcanes, ¿siguen activos todavía?

—¡Qué va! —Entró Consta en la conversación, contento de encontrar un hueco para desplazar a Didac—. Las últimas erupciones se produjeron hace al menos dos millones de años. ¿Me das uno de limón? —se dirigió a Didac, con la mano extendida.

Este rebuscó en el bolsillo del pantalón y, sacando el paquete de cítricos, se metió una pastilla en la boca y le tendió otra a su amigo que, siguiendo su ejemplo, la engulló enseguida, saboreándola y poniendo cara de estar disfrutándolo. Unos segundos después comenzaron a inflar pompas que desinflaban de forma recíproca, provocando unos ruidos muy molestos y ruidosos.

—¿Tú no masticas el tuyo? —se interesó Consta, al advertir que la nueva no participaba en la fiesta improvisada con las golosinas.

¿Qué acaba de preguntar? Leo se tapó los ojos con la mano para no seguir presenciando cómo Consta incitaba a Keira a inflar pompas con el chicle. *Una vez que ella se haya marchado y recobremos la normalidad les tendré que dar un cursillo intensivo de «cómo hay que comportarse con las chicas». Una de las primeras prohibiciones será, sin duda, no masticar chicle ni invitarla a una* fiesta de *inflar pompas. Estúpidos.*

—No..., gracias. Estamos en clase... Quiero decir que, aun cuando nos encontremos al aire libre, no sería apropiado masticar chicle delante de un profesor. En mi instituto no se puede.

—Tranquila, nuestro profe está acostumbrado, no le molesta.

Para dar valor a su afirmación, Consta empujó el trozo de chicle

con la lengua e inflando sus pulmones formó un globo redondo que, tras alcanzar la forma de una manzana, comenzó a desinflarse, pegándose sobre la nariz del joven. El espectáculo no terminó ahí, ya que Consta no estaba dispuesto a desperdiciar su valiosa golosina, así que la despegó de su piel con el pulgar y el índice, y volvió a introducirla en la boca para seguir masticándola.

Ante ese desalentador panorama, Leo sintió el real deseo de no conocer de nada a su amigo.

—Pues claro que me molesta —replicó Lenoir a pesar de la distancia que los separaba—. Que esté acostumbrado no quita lo otro. ¿Cuántas veces os dije que vuestros poderes especiales no deberían ser incompatibles con el sentido común?

Didac y Consta intercambiaron una mirada divertida y, afanados en ofrecer una buena impresión a la chica canadiense, hicieron algo sin precedentes: tirar el chicle al suelo y taparlo con la suela de sus respectivas zapatillas.

—Lo sentimos, profe, no volverá a ocurrir —dijeron al unísono.

—Y hablando de poderes, ¿cuáles tenéis vosotros? —quiso saber ella, mirándolos con admiración, hecho que tensó a Leo, sabiendo que el poder de Didac era uno muy atrayente.

—Yo, el de la necropatía —se pavoneó Didac, consciente de lo atractiva que sonaba esta palabra. Keira entrecerró los ojos, concentrada; al parecer, buscaba en su memoria el significado de dicho término—. ¿Sabes en qué consiste?

—Me temo que no, ya sabéis yo soy... normal, quiero decir que eso de los poderes es algo nuevo para mí —se excusó, sintiéndose muy insignificante en comparación con ellos.

—Dicen que has convertido los afilados picos de una planta asesina en flores —la animó Didac, ganándose un importante punto en el *ranking* pro Keira—. Eso no lo puede hacer cualquiera, así que normal del todo no creo que seas. Necropatía es el poder que permite a quien lo ostenta comunicarse con las personas fallecidas.

Los ojos de la muchacha se agrandaron hasta formar dos círculos enormes. La voz le salió apenas un susurro, ante lo impresionada que le dejó el poder de Didac.

—¿Puedes hablar con los muertos? Así, ¿sin más?

El muchacho se sintió empoderado y respondió dándose un buen

baño de importancia:

—Necesito prepararme antes, pero, si me lo propongo, sí, puedo hacerlo.

Por primera vez en su existencia Leo sintió envidia de su amigo. Entre ellos jamás habían existido comparaciones ni rivalidad, aunque la presencia de Keira provocaba que cuestionasen sus respectivos atributos sobrenaturales. Observó desde la distancia cómo la admiración crecía a pasos agigantados en su mirada impresionada, que no tenía ojos nada más que para el gran Didac.

—¿Y cómo te preparas? —preguntó, colmada de curiosidad.

—A ver, no puedo hablar con quien a mí me dé la gana, son encargos especiales, digamos casos en los que tengo que trabajar.

—¿Trabajar? ¿Como si fueras un adulto? —Keira estaba asombrada en el sentido literal de la palabra. Sus ojos delataban admiración.

—Sí, somos algo parecido a unos agentes... secretos —entró Consta en la conversación, deseoso de alardear de su propio poder—. Yo puedo persuadir a alguien para que diga o haga lo que yo quiera.

—¿De verdad? —La joven puso cara de sorpresa, pero en menor medida que en el caso de Didac; como era previsible, su poder era difícil de superar.

De pronto, se giró hacia Leo, deseosa por descubrir, por fin, cuáles eran sus superatributos. Le sonrió con picardía mientras le lanzaba una pregunta de lo más desconcertante.

—¿Y tú, Leo? ¿Qué sabes hacer aparte de leer los ojos?

No, ¡no puedes ponerme en ese aprieto!

El muchacho enfrentó con valentía el escrutinio interrogante de sus dos amigos, que aguardaban expectantes una explicación por su parte.

—¿Qué va a saber leer los ojos? —se indignó Didac, al advertir que su minuto de gloria había quedado demasiado pronto en el olvido —. ¿Por qué piensas eso?

Keira comprendió que, al referirse a aquello en voz alta, cometió una indiscreción, así que intentó suavizar su metedura de pata.

—No sé, creo que alguien me lo comentó..., pero no recuerdo quién.

Leo se apartó el flequillo de la frente y, mirándola con fastidio,

desveló su poder.

—Yo puedo convertirme en quien a mí me dé la gana —declaró, vanidoso.

—¿En serio? —Keira no daba crédito a que algo así pudiera ser posible. Su expresión cargada de admiración hizo que la autoestima de Leo se ensalzase hasta límites muy elevados.

—En quien a ti te dé la gana, no —interrumpió Consta su momento de gloria, envidioso porque su poder no caló tan hondo en la nueva como los de sus amigos—. Te conviertes en los personajes que te asignan. Ni más ni menos.

La mirada de Leo se tornó fría como el hielo. Sintió deseo de agredir a Consta por decir aquello y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no propinarle un puñetazo en pleno rostro. Por su parte, Keira, percibiendo el malestar creado, dejó de prestarles atención y se centró en contemplar los horizontes.

—Chicos, ya basta de tanta charla. Acercaos a mí, os daré una pequeña clase relacionada con la flora insular —pidió Lenoir al advertir que se habían quedado sin tema de conversación.

Los jóvenes asintieron, de algún modo aliviados por no seguir competiendo entre ellos.

Leo, al levantarse, localizó en lo alto de un roque un ejemplar único de flor de Lotus, una hermosa planta conocida como «los picos de paloma». Separó con cuidado el pequeño tallo de la planta y recogió la flor formada por unos delicados pétalos anaranjados con reflejos dorados. Por un breve instante esa flor le recordó a Keira, delgada y frágil como ella, pero al mismo tiempo fuerte y cargada de magnetismo. Ese pensamiento le hizo reflexionar acerca de las similitudes entre flora y humanidad, porque, si eso fuese posible, sin duda que la flor de Lotus sería su alma gemela. Animado por esas reflexiones recogió la flor y la guardó con cuidado en un estuche que tenía en la mochila.

Capítulo 16

El diario de Keira

Querida mamá, siento la necesidad de contarte todas las cosas que me están sucediendo últimamente, que no son pocas, por cierto. Tú encontraste el modo de hablarme a través de un diario, así que seguiré tu ejemplo y comenzaré a escribir para ti. Supongo que desde allí arriba sabrás sin que yo te lo diga que tengo el poder de la conversión ajena. Es difícil de creer y más todavía de asimilar, así que entenderás que tenga verdadero pánico a enfrentarme a esta nueva realidad. ¿Cómo es posible que ostente dominios extraordinarios si hace poco no poseía ni una pizca de coraje para defenderme de los ataques de «los populares»? La vida es realmente extraña. Me cuesta no poner cara de asombro cuando escucho a los científicos afirmar que mi masa genética presenta las alteraciones compatibles exigidas.

He salido de Canadá por primera vez en mi vida y la experiencia es un tanto abrumadora. No he viajado a una isla europea para pasar unas vacaciones tranquilas y reparadoras (¿te acuerdas de las veces que lo soñamos?) sin más preocupación que darme un baño y pasear por las finas playas de arena que bordean el mar. Me encuentro en una base científica, rodeada de gente lista, rara, excéntrica y con poderes especiales. Siéntate para no caerte de espaldas cuando te cuente que uno de los chicos de la base, llamado Didac, ¡habla con los muertos! Muerta me he quedado yo al escucharlo. Consta, otro de los chicos,

dice que puede inducir a otra persona a que haga o diga lo que a él le da la gana, y el tercero declara con tranquilidad que sería capaz de convertirse en quien él quisiera. ¡Imagínate mi asombro ante esas revelaciones! Cuando los escucho hablar de cosas tan extraordinarias me cuesta mantener la barbilla en su sitio y no dejarla chocar contra el suelo que pisan mis pies. Sabes que soy el ratón gris allí donde la vida me lleva, aun cuando haya logrado convertir aquella planta asesina en hermosos tulipanes. Logré sobrevivir al primer día, supongo que a partir de ahora me acostumbraré. Aunque, ¿es posible que un ser humano débil y tímido como yo conviva entre gente tan poderosa? ¿Cómo gestionar las emociones que me invaden en todo momento? ¿Se imaginarán lo insegura y asustada que estoy?

Regresando al tema de mis nuevos compañeros, te diré que pasan con facilidad de un estado anímico a otro. Ahora alardean de poderes y hechos imposibles y al momento tienen comportamientos normales como cualquier otro adolescente. Es difícil de creer, pero mastican chicle delante de su profesor sin ningún ápice de remordimiento y se pican entre ellos con frecuencia, hasta hay cierta rivalidad, diría yo.

Y hay otra cosa de la que deseo hablarte. Se trata de Leo. Es un tanto especial para mí, ya que es el primer chico que ha tomado mi mano con delicadeza, con afecto, como si le importara. Creí desmayarme allí en la cama cuando sus dedos rodearon los míos y me infundieron los ánimos necesarios para enfrentarme a mi primer reconocimiento cromosómico. Estaba muerta de miedo, aterrada de verme en esa camilla, teniendo que escuchar palabras incomprensibles sobre sensores cerebrales, ondas magnéticas y cromosomas alterados.

Y en medio de toda esa locura apareció un ángel. Sus ojos me recuerdan el cielo de Ottawa en verano, son limpios, azules y completamente nítidos. Inspiran confianza. Te atrapan de un modo inexplicable, sus pupilas oscuras, bañadas en aguas marinas transparentes, se asemejan a un potente imán del que te cuesta apartarte; es como una invitación a ahogarte en sus profundidades o al menos así lo he sentido yo cuando nos miramos. Es una pena que su flequillo se los tape a menudo. Luego es muy gracioso. Dice cosas extrañas, pero al mismo tiempo divertidas. Nunca había conocido a nadie como él. Y por último y no menos importante, es bueno y protector, como una especie de superhéroe. Ha permanecido debajo de mi cama durante toda la intervención y no me ha soltado la mano, aunque eso le resultase de lo más incómodo. ¿Por qué lo habrá hecho, mamá? A mí los chicos nunca me han tratado bien, no soy ni guapa, ni exuberante ni derrocho simpatía. Y no quieres saber cómo me sentaba la redecilla que me colocaron en el pelo. Supongo que he debido de darle pena.

Sí, tuvo que ser eso, porque esta mañana, cuando el profesor me

llevó con ellos, la actitud de Leo fue muy diferente. Se mantuvo distante, mostrando hasta cierta frialdad. Me miraba con indiferencia aparentando no conocerme de nada. Sus ojos me rehuían, la calidez y comprensión de la noche anterior se esfumó por completo. Y, aun cuando nunca espero nada bueno de nadie, viniendo de él me dolió. Me prestó su ayuda sin pedírselo, creí que deseaba ser mi amigo. Imaginé que por una vez en la vida era alguien especial para otro ser humano. Hasta se me pasó por la cabeza que podría tratarse de esa chispa que se prende en el interior de las personas y se convierte en sentimiento. Tú dijiste en el diario que el amor aparece cuando uno menos lo espera, en el lugar que uno ni imagina. Le sucede a todo el mundo, ¿por qué no puede sucederme a mí?

Y, ya que ha surgido el tema del amor, estoy más que convencida de que no llegará jamás a tocar a las puertas de mi corazón. Me duele reconocerlo, pero Karl tenía razón al meterse conmigo. ¿Quién podría jamás querer a un palillo de los chinos? ¿A una chica tímida sin desparpajo, miedosa y poco valiente? Un superhéroe de ojos azules capaz de convertirse en quien él quisiera, desde luego, no. ¿Por qué me habré hecho ilusiones? En fin, si sigo hablando de él, no me haré ningún bien a mí misma, así que cierro el tema Leo, aun cuando me apetece seguir y seguir...

Cambiando de tema, mañana llegará a la base un científico alemán nombrado a encabezar la investigación de *Nepenthes*. Se dice que sabe todo lo que hay que saber sobre esta planta. Estudiará su comportamiento asesino y elaborará un plan para detenerla. Se presume que eso se haría con mi ayuda. No querrás ver la cara de asombro que pongo cada vez que los escucho referirse a mí como un arma letal. Me gustaría que papá estuviera aquí conmigo para animarme, pero ya sabes cómo es, introvertido y poco sociable. Como soy menor de edad, el profesor Lutemberg ha sido nombrado mi tutor de forma provisional, así que deséame suerte porque la necesitaré.

Y no quiero volver a hablar de Leo nunca más, pero entre tú y yo, ¿qué te parece? ¿Has visto alguna vez unos ojos más bonitos que los suyos?

Capítulo 17

La tormenta

Un manto de paz absoluto reinaba en la isla de La Gomera. Los rayos de luz atravesaban el horizonte iluminando los picos de las montañas, revirtiendo los reflejos refulgentes en las agitadas aguas del Atlántico. Se respiraba calma y tranquilidad aun cuando en el aire se apreciaba el olor típico de la lluvia.

Las tormentas emergían en La Gomera sin previo aviso y ese día no iba a ser menos. De pronto, multitud de nubes negras comenzaron a cubrir los cielos, moviéndose con furia de un lado a otro hasta formar un extraño y atrayente baile. Los nubarrones se vistieron de mantos oscuros que al chocarse entre sí sacudieron la tierra llenando el universo de sonidos atronadores.

Leo se acercó al gran ventanal que ocupaba la pared exterior de su cuarto y se dispuso a contemplar el espectáculo torrencial con la mirada perdida. Colocó ambas manos sobre el frío cristal absorto en sus pensamientos. Le gustaban las tormentas; más de una vez había abandonado la seguridad de su cuarto para dejarse empapar por la lluvia. En estas incursiones en solitario, se quitaba la ropa para sentir la furia del agua sobre su piel desnuda.

Llevaba todo el día soportando una molesta tensión sobre sus hombros provocada por la llegada de «la nueva» en su vida. Su pacífico mundo, y el de sus amigos, se alteró obligándolos a hacer cosas tan inimaginables como competir entre ellos tratando de superarse. Sin ir más lejos, esa misma noche cenaron en silencio, casi sin hablarse. Dieron cuenta de los filetes de carne acompañados por ensalada de rúcula en tiempo récord y se despidieron sin las típicas bromas y saludos fraternales de siempre. Al principio, sintió enfado en contra de Keira, ya que su mente la señalaba como responsable de aquella situación, pero tras una larga reflexión tuvo que admitir que era injusto atribuirle la culpa de haber provocado sentimientos de rivalidad entre ellos. ¿Quién lo hubiera imaginado?

Un intenso rayo de luz fragmentó el cielo oscuro en dos mitades desiguales, deslumbrándolo. Leo se sobresaltó y se alejó unos pasos del cristal, tocándose de forma instintiva la parte izquierda del pecho, a la altura del corazón. Los latidos de su músculo eran veloces, no porque tuviera miedo por sí mismo, sino por experimentar una repentina e incomprensible conexión con Keira, como si el refulgir de aquel rayo le hubiera enviado algún mensaje de su parte. Y sin que nadie se lo dijera supo que ella temía las tormentas, así que basándose en ese presentimiento abandonó su cuarto en silencio. Los pasillos del CPS estaban desiertos, así que los recorrió con rapidez pegado a la pared para que su presencia no fuera sorprendida por alguna cámara oculta. No le costó demasiado localizar la habitación de Keira, ya que era la única estancia reservada a las visitas. Echó un rápido vistazo al reloj y tocando con los nudillos la puerta esperó ansioso su respuesta. Tras unos instantes de aparente calma volvió a tocar, indicando en voz baja su nombre.

—Keira, ábreme, soy yo, el chico que lee los ojos.

¡Serás presumido! ¡Menuda gilipollez acabas de soltar, colega!

Al instante, escuchó que el pestillo interior se retiraba y la puerta se abría. Una fuerte corriente de aire provocó un estridente golpeteó de ventanas y Keira dio un salto atrás, asustada.

Leo aprovechó el momento y se coló con habilidad en su habitación cerrando con rapidez la puerta a sus espaldas. No quería ni imaginarse qué tipo de tormenta se desataría si alguien supiera de su incursión nocturna.

—¿Qué haces aquí? —le espetó ella en cuanto se recuperó del sobresalto.

Ostras, ¡tiene genio! ¿Qué fue lo de hola, buenas noches*?*

—¿Estamos enfadados? —contraatacó él tratando de distender el ambiente.

—¿Estamos? —Keira alzó sus cejas rubias en actitud interrogante —. Hace unas horas parecías no conocerme de nada.

—Eso no es cierto —se defendió él con énfasis. Una ráfaga de aire interrumpió la cortante tensión que se instaló entre ambos. Como el ventanal estaba abierto se acercó a él, lo cerró y bajó la persiana, cubriendo el cristal hasta la mitad para que la tormenta no resultase tan aterradora y los truenos perdieran en intensidad—. Deja la persiana así para que amortigüe la tempestad.

—¿Qué pasa? ¿Esta noche presumes de poderes nuevos? Tal vez... ¿puedas leer la mente? —La voz de Keira sonó sarcástica, pero su mirada adquirió algo de calidez ante la expresión inocente que ofrecía el rostro de Leo—. ¿Te contó la mía que estaba asustada y recorriste todo un pasillo para salvarme?

—Dicho así suena increíble, pero estás en lo cierto, vine porque sentí que me llamabas —declaró con sus penetrantes ojos azules puestos en los de ella.

La joven se echó a reír.

—Tu teoría ha sonado pretenciosa, hasta un poco prepotente diría yo.

—Solo he dicho la verdad.

—Ya sé lo que te pasa —declaró resuelta, apuntando el pecho de Leo con su índice—. Tu multitud de poderes especiales te vuelven engreído y, cuando las misiones escasean, te crees un superhéroe. Pero ojo, eso ocurre solo por las noches, imagino que la luz del sol te provoca algún tipo de amnesia y no recuerdas a los indefensos a los que los ayudaste de forma altruista y desinteresada.

Fue el turno de Leo para reírse. Los reproches de la canadiense no podían ser más acertados ni más inspiradores. Se metió las manos en los bolsillos traseros de su pantalón y, avanzando medio paso, invadió su espacio. Los ojos de Keira se abrieron con sorpresa y apartando la mano del pecho de Leo, retrocedió para restablecer una cierta distancia entre ambos. Él se apartó el flequillo liso de la frente y se

preparó para hacer algo que no se le daba demasiado bien: disculparse.

—Perdóname —le dijo con suavidad. Keira parpadeó asombrada, una disculpa era lo último que hubiera esperado. Sus ojos verdes lo fijaban sin pestañear y un fino velo de magia se posó sobre ambos. Otro trueno ensordecedor rompió el hechizo y como un acto reflejo se apilaron en el suelo impresionados ante el temblor de los cielos. Leo le cogió una mano entre las suyas y Keira se acercó a él, tanto que sus cuerpos casi se tocaban. Al instante las respiraciones se aceleraron y una sonrisa tímida se asomó en sus respectivos labios.

—Supongo que un poco de miedo sí que tenía —reconoció Keira con franqueza—. Gracias por ayudarme... una vez más. Imagino que un superhéroe nocturno es mejor que nada. Acepto tus disculpas, pero no son necesarias.

Toma ya. Mi cercanía apunta maneras. Un par de segundos a mi lado y ya está batiendo en retirada.

—¡Vaya! ¡Gracias! —exclamó, complacido—. Lo que acabas de decir... puede considerarse un cumplido viniendo de una persona tan desconfiada como tú.

Visiblemente relajado, Leo rebuscó en el bolsillo de su camisa vaquera y sacó una pequeña flor envuelta en papel de seda de color dorado. La contempló un segundo, como si no estuviera seguro de los pasos que daría a continuación y, tras un ligero titubeo, se la ofreció —: Es para ti, un pequeño obsequio de nuestra isla. Se trata de la flor de Lotus, una variedad muy rara que fue descubierta hace poco. Al encontrarla me recordó a ti, frágil, diferente, pero valiosa.

*Lo estás bordando, mírala, está impresionada. Si eso fuera Eurovisión, todos los países te darían puntuación máxima: «*twelve points*, colega».*

Tras el desconcierto inicial, Keira la aceptó con una expresión de confusión dibujada en el rostro. Nunca, nadie le había regalado una flor ni la había subido al nivel de valiosa. ¿Qué debería contestar? No se le ocurría ninguna genialidad. El silencio formado entre ambos se prolongaba demasiado y era consciente de que tenía que decir alguna chorrada para salir del aprieto. Mientras tanto, sus mejillas se incendiaron bajo el escrutinio atento de Leo, que aguardaba expectante su reacción. Finalmente, se decantó por la verdad y dijo algo emocionada:

—Tu regalo es tan inesperado que no sé qué decir. Gracias por esta hermosa flor y por llamarme valiosa, aunque no pienso ni por un instante que lo sea. Ni siquiera creo que tenga poderes de ningún tipo. Ya sabes, solo soy... una chica más, normal y corriente.

Apartó la vista de él y centró la atención en los pétalos aterciopelados de color naranja que se asemejaban un poco al tono de su pelo. Se la llevó a la nariz y, tras hacer una larga inspiración, volvió a mirarlo y le sonrió. Leo le devolvió la sonrisa, contento de haberse reconciliado.

—De nada. Veo que no llevas muy bien los cumplidos, en eso somos parecidos, a mí tampoco me emocionan.

—¿Amigos? —Keira alargó la mano para sellar aquel principio de amistad.

—Amigos —declaró él con una sonrisa de oreja a oreja. Se estrecharon las manos, con sinceridad, dando su primer bache por superado.

—Referente a lo de hoy... —Leo sintió la necesidad de explicarse, aun cuando ni él mismo comprendía sus actos—. Me gustaría que lo hablásemos. Tu presencia aquí en el centro es... una novedad, tanto para mí como para mis amigos. Me he sentido abrumado al darme cuenta de que no debí adelantarme y esperar a que los tres te conociésemos al mismo tiempo. Ellos no paraban de hablar de ti, ya sabes, no es muy habitual que una chica... una con poderes o sin ellos llegue a nuestro pequeño y opaco mundo. Al ver que estaban tan expectantes me supo mal haberles llevado la delantera.

—Lo entiendo, no pasa nada, no tienes por qué darme explicaciones —le aseguró ella.

—¿Seguro? De todos modos, me gustaría contarte... algunas cosas sobre mí, si te apetece escucharlas...

—Pues, claro. ¿Te parece que tomemos una taza de chocolate caliente mientras hablamos? Tengo el termo preparado. —Leo asintió y ella se levantó del suelo y se encaminó a una pequeña encimera de mármol que hacía función de mesa. Cogió dos vasos de cristal de una bandeja y los rellenó con un líquido color bombón que inundó la habitación con un delicioso sabor a chocolate. Colocó uno de los vasos sobre un plato y se lo entregó a Leo, quien lo aceptó de buena gana. Tenía por delante una larga explicación que dar, y un buen vaso de

chocolate le facilitaría la labor. Keira volvió a sentarse junto a él y, tras dar un sorbo generoso a su bebida, la colocó ante ella.

—Me escondo algunas veces en la sala cromosómica cuando mis amigos están sometidos a las pruebas —reanudó Leo la conversación, deseoso de liberarse de la culpa que todavía lo reconcomía por dentro —. Soy el mayor del grupo y de algún modo me siento responsable, quiero cuidarlos, protegerlos.

—Entonces, ¿te escondiste debajo de mi cama por lo mismo? — Keira frunció el ceño, intrigada—. ¿Sentiste que debías cuidarme? Es un poco... ilógico porque ni me conocías de nada ni formaba parte de tu grupo de amigos.

—Lo sé, es algo extraño. He actuado por impulso, llámalo indagación, impaciencia... Supongo que tenía curiosidad por conocerte. No me arrepiento de haberlo hecho.

—Ni yo de que lo hicieras. Estaba bastante asustada, todos esos aparatos impresionan, no sé lo que hubiera hecho... sin tu ayuda — sonrió con timidez—. Estaba muerta de miedo.

—Lo sé, el miedo siempre está ahí. Somos humanos, es normal — le aseguró con comprensión.

Las palabras de Leo eran reconfortantes y la seguridad que transmitía su voz hizo que Keira dudara de que él pudiera sentir los mismos temores que ella. Daba la impresión de ser un chico valiente que no le temía a nada ni a nadie.

—Tú pareces... no sé, muy seguro de ti mismo. ¿Uno se acostumbra a todo eso? Me refiero al hecho de tener poderes especiales, de ser... un ser humano diferente.

Leo reflexionó un breve instante y, encogiendo los hombros, respondió:

—Para mí, el ser humano tiene dos grandes cualidades: la primera es que se adapta con facilidad a todo.

—¿Y la segunda? —Quiso saber expectante.

—Que nunca se adapta del todo a nada.

En la frente de Keira se formaron unas ligeras ondulaciones, señal de que su respuesta la desconcertó.

—Pues, entonces, no lo entiendo —dijo, contrariada.

—Algún día lo entenderás. —Le guiñó el ojo, dejando que sus misteriosas palabras quedasen en eso, en un misterio.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —dijo Keira y, ante el asentimiento de Leo, continuó—: ¿Por qué les ocultaste a tus amigos el hecho de haberme ayudado? A mi forma de ver tu comportamiento fue contradictorio. Me echaste una mano y luego renegaste de haberlo hecho.

Leo se pasó los dedos por el pelo un tanto incómodo.

—Soy bastante impulsivo..., en general. De algún modo mis piernas son unos segundos más veloces que mi celebro; es decir, primero actúo y luego pienso. Cuando comenzamos a hablar de ti comprendí que el hecho de adelantarme podía ser visto por ellos como un atropello. Nosotros desde siempre lo compartimos todo. Además, estaba Lenoir; no podía reconocer, estando él presente, que me había colado en la sala de los test cromosómicos y me había metido debajo de tu cama. Así que una cosa llevó a la otra y...

—Entiendo. Gracias por aclararlo, te has disculpado y eso es más que suficiente.

Keira le sonrió con dulzura, una sonrisa sincera, abierta, atrayente, que provocó un revuelo importante en el interior de Leo. Era como si, de pronto, toda su felicidad dependiera de aquella radiante sonrisa. Desconcertado ante esas fuertes emociones, se levantó con brusquedad, deseoso de serenarse. El corazón le latía deprisa, sentía un dolor en las entrañas que no era dolor, unos nervios que subían lentamente por su columna vertebral y le provocaban escalofríos.

Una vez de pie, se quedó clavado en medio de la habitación, buscando una salida airosa de aquella situación en la que él mismo se había metido.

Hasta la fecha, las chicas nunca le interesaron, ¿por qué Keira llamaba tanto su atención? Además, ¿a qué imbécil se le ocurre regalar una Lotus? Si ella decidiera contarlo por allí, quedaría en ridículo. Para toda la eternidad sería recordado como Leo, el poseedor del poder de la metamorfosis que regala flores a la primera desconocida que se cruza en su camino.

Ella no es una desconocida, trató de infundirse ánimos.

Hace un par de días lo era, una vocecita maliciosa en su cabeza se empeñó en llevarle la contraria.

—Se acerca la ronda nocturna. —Hizo una rápida ojeada al reloj,

deseoso de marcharse—. Baja la persiana y acuéstate, las tormentas isleñas son pasajeras, tan rápido como vienen, se van.

—Vale —accedió Keira, sorprendida ante su repentino cambio de humor.

Ojalá fueras una tormenta para marcharte de mi vida cuanto antes, deseó él para sus adentros aun cuando no tenía la certeza de que eso solucionase su desorden emocional.

—Buenas noches, te veo mañana —Leo se despidió de un modo brusco, casi descortés. Abandonó el cuarto como una tempestad, sin darle la oportunidad a Keira de devolverle el saludo. La muchacha se quedó mirando la lluvia que golpeaba con fuerza el ventanal de su cuarto sin entender prácticamente nada de lo sucedido. De algún modo, parecía que aquel chico y ella daban un paso adelante y, sin ningún motivo, retrocedían cinco hacia atrás.

Capítulo 18

El karma

—¡Tú escondes algo! —lo acusó Didac agitando el índice en su dirección nada más verlo aparecer en clase.

¿Y ahora este tiene el poder de leer la mente? ¡Menudo fastidio!

Leo alzó los hombros con indiferencia y siguió caminando, dudando de si contarles la verdad sobre sus incursiones nocturnas y la incipiente amistad con Keira o ahondarse en las movedizas sendas de la mentira. Ignoró las miradas interrogantes de sus dos amigos, entreteniéndose en sacar de su mochila de cuero la libreta de apuntes, recogida con cuidado en un folio protector de plástico y sus lápices con las puntas perfectamente afiladas. Escuchó unos pasos acercándose y, alzando la vista, se topó con Consta, quien se posicionó delante de su pupitre taladrándole con una mirada severa cargada de silenciosos reproches. Cruzó los brazos alrededor del torso, pose que adquiría cuando se sentía ignorado.

—Nunca te habías comportado así —espetó irritado ante la impasibilidad de Leo.

—¿Así cómo? —contraatacó furioso, aunque no lograba entender los sentimientos de rabia y enfado en contra de sus amigos.

—Así —se limitó Consta a aclarar y le dio la espalda, alejándose de él.

—Anoche, al estallar la tormenta, nos pasamos por tu cuarto y no estabas —le recriminó Didac con un deje de amargura en la voz—. Sabemos que en noches así no hay exámenes cromosómicos ni nada parecido. Solo queremos saber si va todo bien.

¿Han pasado a verme? ¿De qué van? ¿Ahora se dedican a vigilarme? Son peores que mis padres. ¿Qué será lo siguiente? ¿Tendré que redactar un informe de cada movimiento que haga? ¡Dejadme en paz, pesados!

Ese último pensamiento le pareció demasiado borde e injusto. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo?

Si sigo comportándome como un capullo, perderé a mis amigos. Y qué digo amigos, Consta y Didac son mis hermanos. La única familia que tengo, aparte de mis padres, que siguen tan inmersos en sus trabajos y casi no les importo. Ellos son mi mundo entero.

A punto de lanzarse a la piscina y abrir el corazón ante ellos, escuchó al profesor Lenoir saludar desde la puerta.

—Buenos días. Recoged vuestras cosas, hoy nos vamos de excursión.

Genial. ¡Lo que faltaba!, reflexionó Leo, molesto.

—¿Otra? —se quejó Consta irritado. No era el día idóneo para patear las montañas estando enfadados entre ellos.

—¡Prestadme atención! ¡Todos! —pidió el profesor en tono imperativo acompañando su petición de un suave toque de palmas. Esperó unos instantes y, en cuanto hubo captado la completa atención de sus alumnos, continuó con jovialidad—: Tenemos una tarea. Es la primera misión conjunta que se os encomienda, así que os pido máxima colaboración.

¿Una misión conjunta, ahora? ¡Fantástico! ¿Qué más podría salir mal hoy?

—Antes de nada, me gustaría saber qué os ha parecido vuestra nueva compañera.

¿Qué tenía que ver la misión conjunta con «la nueva»? Leo estaba a punto de perder la poca paciencia que aún le quedaba.

—¡Es guapa! —exclamó Consta con una sonrisa pícara en los labios al tiempo que le propinaba un codazo a Didac, demandando su aprobación.

No, no lo es, pensó Leo fastidiado, ya que le molestaba que el guaperas del grupo la encontrase de su agrado. *O, puede que un poco*, rectificó al recordar el rostro cubierto de minúsculas pecas de Keira y sus intensos ojos verdes coronados por largas pestañas doradas.

—Es graciosa —añadió Didac, tras unos segundos de silencio. Se separó un paso de su compañero Consta, dando a entender que, por muchos codazos que recibiera, él tendría su propia opinión—: Y un poquito rara, también.

—Bueno, bueno, esperaba impresiones mejores, vamos a escuchar la opinión de Leo, que hoy está inusualmente callado. ¿Qué te parece a ti Keira?

Los tres pares de ojos se fijaron en el aludido, que se sintió acorralado, en el sentido literal de la palabra. Palabras como *serena*, *inteligente*, *divertida* se agolparon en la punta de su lengua, pero, en vez de pronunciarlos, se decantó por una respuesta que significaba todo lo contrario a lo que sentía.

—Poca cosa, la verdad.

En ese instante deseó que la tierra lo tragase, ya que reparó en el umbral de la clase cómo Keira lo miraba con el ceño fruncido y los labios apretados.

¡Esto no me puede estar pasando! ¿Qué ocurre hoy con el universo? ¿Ha alineado su maléfica energía para hacerme quedar mal con todo el mundo? No soy ningún cretino, ¿por qué me resisto tanto hablar de ella tal y como lo siento? No me volverá a dirigir la palabra en la vida. Y no puedo culparla. Esta vez la metedura de pata es monumental. Soy un absoluto cretino.

Tras superar los primeros instantes de su caída en desgracia se animó un poco esperando que el español básico de Keira fuera fácilmente sujeto a interpretaciones. Se le ocurriría algún paño caliente para salir del paso en caso de que ella hubiera escuchado su nefasta calificación. Inmerso en estas cavilaciones, observó junto a Keira a un hombre mayor de apariencia divertida. Era bajito, medía un palmo menos que ella y portaba sobre su cabeza un sombrero de fieltro de color claro que desentonaba del resto de su vestimenta compuesto por un colorido chaleco floreado, pantalones de rayas grises y azules, y zapatos de goma con una suela gruesa, con varias incrustaciones.

—Profesor Lutemberg, ¡bienvenido! —lo saludó Lenoir nada más reparar en su figura. A continuación, lo invitó a pasar con cortesía—. Chicos, acercaos, tengo el placer de presentaros a un científico de nivel mundial que ha venido desde Alemania para ayudar a Keira en su misión. El señor Lutemberg es especialista en *Nepenthes*, la planta carnívora que asesina personas alrededor del mundo y a la que vuestra compañera intentará derrotar.

Los alumnos saludaron con poco entusiasmo, ya que no eran muy receptivos a personas que no formaran parte de su círculo habitual por muy eminencias que fuesen.

—Dicho eso —zanjó Lenoir el tema juntando las palmas con determinación—, nos pondremos en marcha. Iremos a la montaña para buscar un ejemplar de *Nepenthes* en el mirador de los Roques.

Una risilla sonora escapó de los labios de Consta.

—Sin ofender, pero no creo que haya muchas plantas carnívoras y asesinas en el mirador de los Roques. Vamos, profesor, estamos en La Gomera, aquí nunca ocurre nada relevante.

—Hey, *vosotras*, silencio —intervino Lutemberg en la conversación de forma inesperada. Tenía un fuerte acento germánico y no dominaba precisamente bien el idioma, ya que se había referido a los tres alumnos en femenino. Aquel error hizo que los tres se contagiaran de buen humor y comenzaron a carcajearse de buena gana.

—Chicos, por favor —los amonestó Lenoir—. Nuestra misión conjunta consiste en ser los ayudantes de mi colega alemán y de vuestra compañera. Comportándoos así no conseguiréis hacer nada, aparte del ridículo. Además, a partir de ahora nos comunicaremos en inglés para que todas las partes entiendan bien lo que estamos hablando.

Los aludidos asintieron esforzándose por borrar las sonrisas de sus rostros. Ese silencio alentó al alemán, quién animado por Lenoir, utilizó la lengua de Shakespeare para explicar en qué consistía la misión que tenían por delante.

—Necesitamos encontrar la matriz de *Nepenthes*. Es una planta tropical, los primeros ejemplares fueron situados en Indonesia, pero he encontrado un documento antiguo que contradice este dato y lo sitúa aquí, en un cono volcánico perteneciente al mirador de los Roques.

—Que no se hable más. Estamos a su completa disposición,

profesor Lutemberg —declaró Lenoir en tono enérgico. Alternó su mirada de un alumno a otro, buscando su aprobación. Al no obtenerla, insistió—: ¿Verdad, *chicas*?

Les guiñó el ojo, haciéndoles ver que les había llamado *chicas* en broma. Los aludidos no sonrieron siquiera, clara señal de que no les había hecho ni media gracia aquello, pero asintieron con educación.

Mientras recogía sus cosas, Leo espió de reojo a Keira, que no había abierto la boca desde su llegada. Tenía el rostro serio, los labios apretados, la pequeña frente arrugada y rehuía su mirada. ¿Sabría ella el significado de *poca cosa*? Si es que sí, ¿qué iba a hacer? Caramba, por qué había tenido que referirse a ella de ese modo y, para el colmo de los colmos, Keira lo había escuchado. Tal vez podría suavizar la expresión haciéndola creer que se trataba de una frase local que significaba lo contrario a lo dicho...

Leo, para el carro. Te estás convirtiendo en un mentiroso compulsivo.

¿Por qué de repente la única salida que entreveía dependía de la mentira? Nunca la había tolerado ni había necesitado hacer uso de ella para salir airoso de ninguna situación. Seguro que encontraría el modo de redimirse con sus amigos y con Keira sin tener que faltar a la verdad. ¿Por qué, entonces, ninguna genialidad se cruzaba por su mente?

Capítulo 19

The little thing

El primer objetivo del profesor Lutemberg fue el de recorrer la isla para situar en su mapa particular las zonas de mayor utilidad científica. Fijó como punto de máximo interés el mirador de los Roques; *a priori*, parecía el lugar idóneo donde las coordenadas de su investigación tenían el punto de partida, aunque antes debía cerciorarse *in situ* y la única manera de hacerlo era a través del estudio personalizado de la zona.

Alrededor de las diez de la mañana el grupo al completo se montó en un monovolumen de ocho plazas perteneciente al CPS y, poniendo rumbo al Parque Nacional de Garajonay, comenzaron el viaje llenos de entusiasmo. Lenoir se colocó al volante siendo el único de los dos adultos que conocía la zona e invitó a su lado al alemán. Leo tenía previsto acomodarse en la fila de atrás con Keira, pero Consta se le adelantó, invitándola a realizar el viaje a su lado, por lo tanto, Leo y Didac se vieron obligados a ocupar la última fila, aun cuando ni al uno ni al otro le apetecía hacerlo.

Mientras el coche recorría el camino a velocidad media, el paisaje se desplegó ante ellos como una cascada interrumpida de hermosos

valles, montañas abruptas, barrancos espectaculares, roques, impresionantes acantilados, playas y sobre todo contrastes ofrecidos por las verdes palmeras, las playas doradas y el infinito azul del mar.

A mediodía el viaje en coche se dio por finalizado, ya que el camino se volvió inhóspito, exigiendo ser recorrido a pie. La belleza del paisaje embriagó a Lutemberg, quien contemplaba los valles cubiertos de multitud de palmeras, extasiado, deshaciéndose en exclamaciones ante cada maravilla que aparecía ante sus ojos. Keira, por su parte, observaba el panorama absorta en sus pensamientos y, a pesar de los esfuerzos de Consta, que se autoproclamó su guía oficial, entreteniéndola con leyendas y curiosidades del lugar, no participaba de forma activa en la excursión, sino más bien daba la impresión de estar con la mente puesta en otra cosa. Leo ardía en su propia salsa ansioso de aclarar el malentendido de esa mañana y saber, de una vez por todas, si la falta de interés de Keira hacia las maravillas de La Gomera se debía a que había entendido su valoración con respecto a ella.

Tras una ligera subida, el camino discurrió por un bosque y el grupo se dispersó. Leo aprovechó un descuido de Consta y le sustituyó en su calidad de guía de Keira. No sintió ni un ápice de culpabilidad ante la mirada cargada de reproches de su compañero en cuanto advirtió que había sido relevado de su puesto.

El paisaje era idílico, como andar por un cuento de hadas, elfos y enanos en un bosque mágico. La luz brillante del sol se abría paso a través del follaje denso de los árboles y dibujaba sobre la exuberante vegetación que cubría el suelo unas impresionantes formas con el contorno luminoso.

—¡Hola! —la saludó, tratando de aparentar una serenidad que distaba mucho de sentir—. Casi no hemos podido hablar, así que si no te importa me gustaría acompañarte.

—Hola —le devolvió Keira el saludo de forma muy poca efusiva —. Haz lo que quieras.

—No parece que te haga mucha ilusión. —Se hizo el inocente aun cuando intuía su respuesta.

«*Maldita sea, ha entendido lo que significa* poca cosa. *No me queda otra que arreglar el desastre a mi manera*».

—¿Qué pasa contigo? —le espetó, visiblemente enfadada. Se

detuvo en medio del camino con las manos en jarras y el rostro enfurruñado—. ¿Disfrutas jugando conmigo? Por las noches finges ser un amigo leal y de día pasas de mí y me llamas insignificante. Déjame en paz, yo no me meto ni contigo ni con nadie. No quiero que seas mi ángel salvador ni cualquier otra cosa que te hayas propuesto. —Parpadeaba agitada, a todas luces tratando de retener el torrente de lágrimas que inundaba sus ojos. Se limpió con desdén una que logró escaparse y humedecer su mejilla y añadió furiosa—: Pasa de mí si es lo que quieres, estoy acostumbrada a que me ignoren, lo llevan haciendo toda mi vida. ¿Por qué sería distinto en otra parte del mundo?

—Yo no te he llamado insignificante —se apresuró a justificarse. Y de algún modo no estaba mintiendo. Aquellas palabras salieron de sus labios, pero las había dicho por un miedo irracional de reconocer que pensaba justo lo contrario de ella, así que, basándose en ese razonamiento, no había cometido ninguna falta. Sintió un intenso rubor expandirse por su piel bajo su severo escrutinio—. Soy tu amigo y quiero seguir siéndolo. De verdad.

—Yo no soy amiga de alguien que habla así de mí. He mirado en el diccionario, dijiste que soy *poca cosa* y eso en inglés significa *little thing*.

Será la última mentira que le diga, lo juro.

—¡¿No?! ¿Estabas enfadada por eso? —Leo esbozó una de sus mejores sonrisas y puso cara de sorprendido, como si esa posibilidad jamás se le hubiese pasado por la cabeza.

—¿Te parece poco? —preguntó Keira, a todas luces confundida ante su comportamiento. Tenía que admitir que no se parecía en nada a los indeseables de su instituto que insultaban y alardeaban de haberlo hecho.

—A ver, cómo te lo explico, *poca cosa* es una expresión local, que no quiere decir de forma literal lo que dice. Ya sabes que las traducciones de los idiomas no son literales.

—¿Y qué significa, entonces?

La pausa que Leo se tomó antes de contestar fue significativa. Le iba a mentir, de nuevo, y ese pensamiento le provocó rechazo. A pesar de los remordimientos, siguió adelante con su plan, ya que su mejor deseo era reconfortarla y reconciliarse.

—Algo encantador, algo que te gusta mucho.

—¿De verdad? —Los hombros estrechos de la muchacha se relajaron y en su rostro plagado de minúsculas pecas se formó un atisbo de sonrisa—. No..., no lo sabía, perdóname, entonces, por haber sido tan borde contigo durante toda la mañana.

Leo se sintió poco más que un miserable ante su reacción. La había despreciado, le había mentido para que al final la que pidiera disculpas fuese ella. Tal vez reconocer un error y rectificar no era tan difícil después de todo. De haberlo hecho, no sentiría sobre su alma el peso de la culpa ni la sombra del miedo, ya que en cualquier momento Keira podría descubrir que la brillante interpretación de las malditas palabras que había dicho sobre ella no era más que puro humo.

—Vámonos, nos estamos quedando atrás —cambió él de tema esperando alejar de ellos los nubarrones negros que por poco ensombrecieron su incipiente amistad. La tomó de la mano y la instó a correr. Keira aceptó de buena gana, alucinando con el aspecto maravilloso, singular y misterioso del bosque. En un momento dado se detuvo y abriendo los brazos como una mariposa en pleno vuelo giró trescientos sesenta grados para apreciar la belleza de la naturaleza. Leo siguió su ejemplo y, con la vista pegada al cielo azul, comenzó a dar vueltas, poseído de una extraordinaria sensación de libertad.

Empezaron a reír y cuando se cansaron de dar cabriolas volvieron a correr para no perder de vista al resto del grupo.

Tras una breve pausa para almorzar llegaron al objetivo de ese día que era el mirador de Abrante. A primera vista, parecía un mirador corriente, sin embargo, en lo alto del peñón del norte de La Gomera en el que se ubicaba, los visitantes no se asomaban al precipicio, sino que flotaban sobre él. Del extremo del mirador salía un voladizo de siete metros de largo confeccionado de cristal, que mantenía a todo aquel que tenía el coraje de caminar sobre él como suspendido en el aire. Desde ese punto se observaban en todo su esplendor los bosques cubiertos de helechos y árboles forrados por musgo que crecían en las brumas del Parque Nacional de Garajonay.

Y allí, en ese pequeño rincón paradisiaco, llegó el karma para darle a Leo una lección que no olvidaría en toda su vida. Aprendió de golpe que mentir significaba lo mismo que caminar descalzo sobre brasas encendidas. Y que la confianza construida con esfuerzo y

paciencia requería de muy poco para quedar hecha cenizas, como era el caso.

Estaban suspendidos en el puente de cristal admirando el paisaje cuando el profesor Lenoir quiso conocer las impresiones de Keira sobre las extraordinarias vistas que se abrían ante ellos.

Ella sonrió embelesada y con toda la inocencia del mundo quiso alardear de la única expresión local que había aprendido hasta el momento.

—Todo eso me parece *poca cosa* —respondió con una sincera sonrisa de felicidad en los labios.

En ese instante, Leo hubiera preferido convertirse en bruma y posarse sobre las cimas abruptas de las montañas para toda la eternidad. Pero eso no sucedió, así que permaneció de pie, aguantando como un héroe la mirada dolida de Keira cuando el profesor Lenoir la sacó de su error.

—Querida Keira, no tenemos esta expresión en español, lo siento. Llamamos *poca cosa* a algo irrelevante, de muy poco interés, ya sabes, algo que no nos gusta.

La gente engaña constantemente y la mayoría sale airosa de sus mentiras, reflexionó Leo para sus adentros con amargura. *¿Por qué a mí me sucede todo lo contrario? Pensándolo bien, la vida no es justa.*

Capítulo 20

Mentes enfermas

Fabián llegó al pequeño bar donde trabajaba Nieves un poco antes de las ocho de la tarde. Entró con cautela y, al no encontrarse con ningún camarero, fue a sentarse a una mesa solitaria oculta bajo un panel decorativo. No avisó a Nieves de su presencia, deseaba mirarla trabajando sin que ella supiera de su presencia.

No había mucha gente en el local, por lo tanto, Fabián se permitió el lujo de observar a los clientes con atención, buscando indicios de que alguno de ellos estuviera interesado en Nieves. Ese pensamiento viperino le clavó un pinchazo en el pecho y el color púrpura de los celos se perfiló ante sus ojos. No tenía motivos para dudar de su fidelidad, pero Fabián estaba en guardia, ya que, en su opinión, el género femenino era desleal por naturaleza, necesitando buenos amarres para no perder el norte en cuanto a hombres se refiere.

En ese instante, el objeto de su interés salió de detrás de la barra sosteniendo en alto una bandeja llena de copas y botellas de cristal. Llevaba un vestido veraniego de tul, de color crema con minúsculas flores impresas en la tela. La prenda le favorecía resaltándole el moreno de su piel, aun cuando a Fabián le pareció demasiado corto.

No recordaba habérselo visto puesto aquella mañana, de haberlo hecho, con total seguridad le hubiera «aconsejado» cambiarlo por otro más apropiado. La siguió con la mirada tratando de mantener a raya la desconfianza que lo consumía por dentro.

Ella, ajena a su tumulto interior, se acercó a una mesa ocupada por una pareja de mediana edad. Colocó delante de la mujer una copa tipo tubo que llenó con un refresco. A continuación, sirvió al hombre, colocando ante él un vaso vacío y una cerveza fría a la que previamente le había quitado la tapa. En medio de la superficie de cristal de la mesa puso una bandeja con aceitunas. Una vez terminado su cometido, les sonrió y se marchó a otra mesa.

Los latidos del corazón de Fabián se normalizaron, ya que hasta el momento el comportamiento de su mujer no era reprochable, salvo el corte excesivo de la tela del vestido.

Siguió examinándola y esta vez la vio acercarse a una mesa ocupada por un hombre. Se inquietó y, tras analizarlo con detenimiento, se sintió de nuevo poseído por los celos, ya que se trataba de un hombre entrado en los treinta, rubio y atractivo. Nieves llegó a su lado y le sonrió. ¡La muy traidora! El cliente le echó un rápido repaso apreciativo y le devolvió la sonrisa. Ella comenzó a trajinar con las botellas, para rellenarle una copa y, cuando se agachó un poco para servirlo, el vestido se le subió por el muslo, dejando a la vista sus piernas bien torneadas y bronceadas.

La boca de Fabián se quedó reseca al instante y notó cómo el corazón bombeaba deprisa en su pecho a punto de explotar. Perdió el contacto con la realidad y visualizó cómo Nieves abandonaba la bandeja y se colocaba a horcajadas sobre el desconocido al que le había servido un *Martini*. Él la recibió de buena gana introduciendo la mano debajo de su vestido de tul. Sus cuerpos se apretaban con lascivia mientras que sus bocas se acariciaban con deseo. La pasión se fue desatando y los amantes comenzaron a besarse con pasión, visiblemente excitados. Nieves le acariciaba los hombros de forma apasionada y tras separarse un poco de él le ofreció su generoso escote para que su amante lo disfrutase.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Fabián no pudo aguantarlo y se levantó cegado por la ira. Dio grandes zancadas hacia ellos y en menos de un instante llegó a su lado. Con el puño levantado al aire y

listo para actuar, lanzó de su garganta un grito liberador.

Se sorprendió al advertir que la imagen distorsionada de su mente volvió a la normalidad y, en vez de encontrar a los amantes abrazados, solo halló a un hombre sentado en una silla disfrutando de su vermut y a Nieves con la bandeja en la mano a punto de marcharse.

Era tarde para rectificar, pero, de todos modos, Fabián lo intentó. Dejó el brazo en reposo y balbuceó una media disculpa hacia el hombre que se había apartado a un lado, claramente asustado.

Nieves se quedó petrificada en medio del bar y en sus hermosos ojos oscuros brillaba la incomprensión. Fabián sintió remordimiento y deseó borrar del rostro de su mujer aquella expresión de dolor y humillación. Toda la culpa era suya, si no se hubiera puesto ese vestido corto y no hubiera flirteado con un cliente bajo sus narices, él no hubiera reaccionado de ese modo.

Alargó la mano y le abrazó la cintura en un intento de disculparse. Ella se crispó rechazando su acercamiento. Con el forcejeo la bandeja le resbaló de la mano y un estruendo de cristales rotos llamó la atención sobre ellos.

Ese hecho enfureció sobremanera a Fabián, no le gustaba actuar con público y menos que la gente se fijara en sus modales hacia ella.

—Recoge tus cosas, nos vamos —le anunció con voz autoritaria, al tiempo que le apretaba la muñeca con intención.

—Mi turno no ha terminado —se defendió la mujer, sabiendo que era mejor posponer el momento de estar a solas con él. Cuando los fantasmas invadían su mente llegaba a ser muy violento—. Además, he de recoger todo eso... —dijo, señalando las copas esparcidas por el suelo.

—¿Qué parte de *nos vamos* no has entendido? —siseó entre dientes, mirándola de un modo frío y calculador. Ya estaba furioso, y solo había una cosa en el mundo que lograba calmarlo, agredir y pegar a Nieves.

Algunos comensales empezaron a hablar entre ellos, alarmados ante el escándalo que presenciaban.

Nieves se soltó con suavidad las manos del agarre de su marido. A continuación, se dirigió a la cocina para recoger sus cosas, pero el tiempo pasaba y ella no regresaba. En un primer instante, Fabián no se inquietó por su tardanza, pero al advertir que llevaba cinco minutos

desaparecida supo que lo había engañado saliendo por la puerta trasera. No era la primera vez que lo hacía.

Salió como un cohete hacia el aparcamiento trasero y la pilló a punto de entrar en su vehículo. La agarró por los pelos y le golpeó su hermoso rostro, enrojecido por el llanto, propinándole una sonora bofetada. Un hilo delgado de color rojo se deslizó por su nariz, bajándose con lentitud hacia sus labios hinchados. Esta visión reconfortó los tensados nervios de Fabián, ya que consideraba una pequeña parte del agravio saldada.

Pero Nieves, en vez de rectificar y pedirle disculpas por haberle provocado, le dedicó una mirada cargada de odio increpándole con unas palabras de lo más desconcertantes:

—Déjame en paz, no quiero verte más.

Fabián sufrió tal desconcierto ante sus palabras que no fue consciente de que escapaba de sus manos y se montaba en su coche. Recobró el sentido al advertir que había arrancado el motor y ponía el vehículo en marcha. La parte derecha de la carrocería le rozó y tuvo que apartarse para no verse atropellado. Ella aprovechó la oportunidad y con un estridente chirrido de ruedas se dirigió hacia la carretera que discurría en paralelo del lugar donde se encontraban.

Aquello hizo que Fabián se enfadase de verdad. Metió ambas manos en los bolsillos del pantalón buscando con frenesí las llaves de su moto. Una vez que las localizó se colocó sobre ella y salió disparado detrás del coche de Nieves.

Era todavía de día, así que le fue fácil seguirla aun cuando corría a gran velocidad. Sin embargo, muy pronto las cosas se fueron complicando, ya que Nieves abandonó la autovía para meterse en un camino secundario, dirigiéndose hacia la zona del Parque Nacional. El sol se retiró de repente dando paso a una claridad confusa que dificultó la tarea del persecutor. Trató de embestirla por detrás, pero su vehículo era grande y no consiguió que se detuviera.

Poco más de una hora duró el acoso. La luz se fue retirando lentamente dando paso a una noche en calma, plagada de miles de estrellas. Llegados a un punto de difícil acceso, Nieves abandonó su coche y comenzó a correr montaña arriba, perdiéndose entre los árboles. Fabián hizo lo propio abandonando la moto al lado del coche. La caza le resultaba fatigosa, pero de algún modo motivadora. Ella era

suya y no podía esconderse ni huir de él, la encontraría, aunque huyera a los confines de la tierra. Y Nieves lo sabía.

Y como toda persecución tiene un desenlace, esta no podía ser menos. Sofocada por el gran esfuerzo realizado, la mujer abandonó su propósito y se sentó a la sombra de una planta algo extraña, ya que desplegaba unas hojas en forma de lanzaderas y tenía el tallo algo torcido. Nieves no parecía darse cuenta de nada más que no fuera su desgracia, así que escondió la cara entre sus manos y comenzó a llorar desconsolada.

A Fabián le picaban los dedos y el deseo de desquitarse hormigueaba en su interior. Estaba decidido a darle una lección que no olvidaría jamás. Además, aquí en los confines del mundo podría hacer con ella lo que le viniese en gana, nadie escucharía sus lamentos. Le propinaría tal paliza que la dejaría como un trapo. De ese modo la muy traidora tendría motivos para llorar.

De pronto, un crujido de hojas secas llamó su atención. Apuntó con la linterna del móvil el lugar de proveniencia del ruido y se quedó con la boca abierta de asombro. Ante sus ojos, el talle de la planta bajo la cual estaba sentada su mujer comenzó a elevarse hacia el cielo y crecer con una rapidez impresionante. Parecía una serpiente alargada que daba varias volteretas en el aire, como preparándose para un propósito que solo ella conocía.

Nieves paró de llorar y fijó su vista en la espeluznante planta que se removía encima de ella. Al tratar de levantarse, unas lenguas de fibra verde, un tipo de lanzaderas que se abrían camino desde la boca de la planta, la rodearon en cuestión de segundos y comenzaron a dar sinuosas vueltas alrededor de su cuello, oprimiéndola.

Nieves trató de apartar la hiedra de su cuello, pero estaba tan adherida a su piel que le fue imposible liberarse. Fabián observó aturdido cómo su cara se tornaba cada vez más roja, sus ojos se agrandaban y el hilo de sangre que salía de su nariz se volvía más intenso.

Tras el estupor inicial hizo el ademán de acercarse y pudo ver cómo las lanzaderas comenzaron a retirarse y la espeluznante planta volvió a su forma y tamaño original. Fabián dio unos cuantos pasos hacia atrás y se friccionó los ojos con las manos, creyendo que sufría alguna alucinación. Cuando encontró el valor suficiente para regresar,

lo hizo con precaución. Observó el cuerpo de Nieves pegado al talle del árbol y su cabeza ladeada, como si estuviera dormida. Sus ojos oscuros seguían abiertos, pero no había en ellos ni pizca de miedo o temor. Simplemente, fijaban a su marido con una expresión de frialdad y recelo que solo la muerte puede otorgar.

Capítulo 21

El diario de Keira

Querida mamá, en tu diario me regalaste muchas enseñanzas de la vida, consejos y valiosas recomendaciones, pero te olvidaste de aleccionarme sobre algo primordial: los hombres. No logro comprenderlos. Antes de llegar a España el tema no me preocupaba en absoluto porque el género masculino no formaba parte de mis inquietudes. Para la mayoría de los chicos de mi instituto yo no existía más allá de las veces que deseaban meterse conmigo e insultarme. Karl me hacía llorar, aunque no eran sus crueldades las que provocaban mi sufrimiento, sino mi impotencia de plantarle cara. Aguantaba en silencio mi timidez y mi falta de valentía sin hacer el mínimo intento de defenderme.

No obstante, en La Gomera mi relación con los chicos parece distinta. Para los tres adolescentes con poderes especiales que viven en el CPS yo soy una más, me tratan con deferencia, es obvio que intentan ganarse mi confianza. Consta es muy agradable, se esfuerza en darme conversación y hacerme reír con sus historias de lo más divertidas. Didac es educado y bastante parlanchín, una nunca se aburre a su lado.

En cuanto a Leo..., la cosa es desconcertante. Sí, ya sé que prometí no volver a hablar de él, pero no puedo evitarlo. Su modo de actuar es como mínimo sorprendente. No paro de preguntarme cuáles

fueron sus motivos para ofrecerme ayuda cuando no me conocía de nada. ¿Por qué se habrá molestado en darme ánimos e infundirme coraje para enfrentarme a mis primeras pruebas cromosómicas? Es todo muy contradictorio, imagino que desde allí arriba habrás visto que no soltó mi mano en las tres horas que duró la intervención del profesor Clemente, tratándome con consideración y afecto. Su comportamiento me hizo creer que había ganado a un amigo. Sí, ya sé que los amigos no caen del cielo, pero en el caso de Leo así lo parecía.

Sin embargo, la segunda vez que coincidimos, se comportó de un modo diferente, como si nunca me hubiera visto. No me afectó demasiado porque no esperaba nada de él, es mi modo de autoprotegerme de toda la vida. Fin de la amistad caída del cielo.

Pero para mi sorpresa no lo fue. Leo volvió a acercarse a mí y yo acepté sus explicaciones y sus disculpas bajando la guardia. ¿Cómo no hacerlo? Abrió su corazón ante mí contándome intimidades sobre él y su vida de chico con poderes. La noche de la tormenta se presentó en mi cuarto con una hermosa flor de Lotus que había recogido para mí ese mismo día. Ahora desde la distancia dudo que esa flor fuera tan especial y única como él dice, lo más probable es que se trate de una plantita común que crece detrás del edificio. Fue su manera de disculparse, haciéndome saber que en el campo de las chicas le faltan tablas y cosas por aprender. Solucionamos nuestras diferencias y reanudamos la amistad en el mismo punto donde la dejamos. Fue una de las mejores noches de mi vida y, aun cuando se marchó de un modo un tanto precipitado, no pude borrarme la sonrisa durante mucho rato.

Casi no he pegado ojo en toda la noche de las ganas que tenía de volver a verlo. Estaba subida en una nube blanca y esponjosa, de donde me caí de bruces al día siguiente en cuanto escuché que me calificaba ante sus amigos y su profesor como algo insignificante. «Poca cosa», dijo; esas fueron sus palabras, mamá.

Me sentí como si hubiera recibido una bofetada en pleno rostro, no por considerarme despreciada, sino por llevarme la impresión de regresar a mi estatus de siempre, ya sabes, el palillo de los chinos que no vale ni un pimiento. La *little thing* de toda la vida.

Pensé que mi amistad con Leo había llegado al final. Pero de nuevo me equivoqué. Mientras hacíamos el recorrido a pie en el Parque Nacional, que por cierto es una maravilla, él volvió a acercarse a mí como si nada hubiera acontecido. Y elevó mi autoestima a los cielos al explicarme que en realidad lo que había escuchado significaba todo lo contrario en dialecto local. No le era indiferente, mamá.

Me invadió una buena dosis de euforia y toda la tristeza de mi corazón se volatilizó en un abrir y cerrar de ojos. Regresé a mi particular nube blanca y esponjosa desde donde volví a caerme tan solo poco tiempo después.

Esta vez el derrumbe fue absoluto. No se trató solo de la decepción propia de saberme engañada, sino algo mucho más dañino. Me sentí humillada, como parte de un siniestro juego que no logro entender. Un dolor lacerante se apoderó de mí y mi corazón se ha fragmentado en mil pedazos.

He sobrevivido a ese último atropello, pero desde entonces noto una garra instalada en mi pecho que me comprime una y otra vez, y una sensación de amargura no para de extenderse por mi cuerpo.

No he vuelto a dirigirle la palabra ni pienso hacerlo nunca más. Hasta contemplé deshacerme de la flor de Lotus que me regaló, pero me contuve, puesto que ella no tiene la culpa de la bipolaridad de Leo.

Y ahora yo te pregunto, mamá, ¿por qué una persona se esfuerza en agradar, caerte bien, fingir cariño, para terminar mintiéndote y pisotear tu dignidad? ¿La vida trata de darme alguna lección?

Bueno, ya está, como te prometí en mi carta anterior no pienso volver a hablarte de Leo, ¿y sabes por qué? Porque a partir de ahora ese vanidoso, creído, mentiroso y falso ha dejado de existir para mí. Ya conoces el dicho: «La primera vez que me mientas, será culpa tuya; la segunda, la culpa será mía». Nadie dice nada de una tercera vez. ¿Seré la única persona en el mundo que da varias oportunidades seguidas?

Capítulo 22

Las múltiples caras de la mentira

A los lugareños de la tranquila isla de La Gomera les costaba creer que en el mirador de Los Roques un hombre había asesinado a sangre fría a su mujer. Al parecer, la pareja no pasaba por su mejor momento; varios testigos que se hallaban en el bar donde trabajaba Nieves confirmaron haber presenciado una discusión entre ambos unas horas antes del fatal desenlace. Sin embargo, el punto más inquietante de esa historia era la propia versión del asesino, que no reconocía haber estrangulado a su mujer, sino que alegaba que lo había hecho una planta. Esa confesión inaudita fue recibida como una tomadura de pelo por los policías encargados del caso y por todos los lugareños que no creían en tal acontecimiento. Hasta el abogado designado de oficio renunció a defender a su cliente, considerando que sostenía una versión indefendible delante de un tribunal. La única persona dispuesta a dar una oportunidad a aquel disparate fue el profesor Lutemberg, quien se las ingenió para hablar con el detenido y obtuvo un permiso especial para investigar el lugar del crimen.

Una vez finalizadas todas las indagaciones pertinentes, el científico alemán llegó a las siguientes conclusiones: el hombre

acusado de matar a su mujer era un maltratador, de eso no había duda, pero no era un asesino. El cuerpo de la mujer se encontró justo al lado de una planta de la variedad de *Nepenthes*, un ejemplar que, por apariencia y antigüedad, encajaba con la matriz que Lutemberg estaba buscando. Una vez expuesta su teoría, los investigadores comprobaron la textura y las medidas de las hojas de la planta y tuvieron que aceptar que encajaban con las marcas que presentaba el cuello de la joven. Todavía estaba por determinar si el juez instructor del caso daría crédito a una teoría tan poco común e increíble.

El hecho de haber descubierto la matriz de *Nepenthes* aceleró los acontecimientos en el CPS. El profesor Lutemberg recomendó a los científicos preparar a Keira para su primera intervención, ya que faltaban tan solo dos días hasta que tuviera lugar un importante eclipse solar, momento idóneo para actuar, justo cuando la oscuridad atrapase a la luz.

Keira ponía todo su empeño para dominar su poder, pero el miedo al fracaso no le permitía avanzar. Respetaba al pie de la letra los consejos recibidos, tomaba con precisión la medicación que le administraban, trataba de dormir las quince horas recomendadas, pero a pesar de sus esfuerzos, casi no encontraba la voz cuando debía dar las órdenes pertinentes en la misión. Por el momento no hacían más que simulacros, pero en ninguno de ellos había logrado llevar a buen puerto su objetivo.

En el último intento, el profesor Lutemberg la había reñido con dureza, refiriéndose a ella como un ser débil y poco colaborador.

—Keira, no estamos jugando, el asunto es muy serio. La naturaleza ha puesto en tus manos un gran poder, por favor, úsalo para el bien de la humanidad, pon algo de energía de tu parte.

—Lo intento, profesor —se defendió la muchacha con los ojos llenos de lágrimas—. De verdad que lo intento, pero tengo miedo, las rodillas me tiemblan y la voz me falla...

Lutemberg la escudriñó con una mirada gélida y sacudió la cabeza con decepción, señal de que su paciencia estaba en sus horas más bajas.

—¿Sabes cuál es tu problema? —le preguntó con voz pausada tras levantarle la barbilla para obtener su completa atención. La muchacha negó débilmente con la cabeza, esperando resignada la valoración del

profesor—. Que no permites que la energía fluya en tu interior. Cortas de forma consciente el contacto con la naturaleza divina. Zanjas la unión con el mundo.

—Yo..., yo no lo hago, al menos no de forma consciente —se defendió entre suspiros la señalada.

—Mira, cariño —cambió de táctica el alemán, al advertir que sus modales no hacían más que empeorar la situación. Colocó un brazo por encima de los hombros delgados de la muchacha y le dio un apretón consolador—, mañana tendrá lugar un eclipse solar; según mis investigaciones, es nuestra única oportunidad para vencer a la matriz. Sé que no tienes experiencia, que crees que no puedes hacerlo y que piensas que somos un puñado de locos que te piden cosas imposibles.

A pesar del disgusto que sentía, las palabras sinceras y llenas de calor del alemán consiguieron sacarle una sonrisilla a Keira.

—Es cierto, a veces lo pienso.

—Pues claro que lo piensas. Pero... ¿sabes qué? Eres mi pupila, confío en ti, estoy seguro de que, si te dieras un respiro y te permitieses el lujo de relajarte, lo lograrías.

—¿De verdad? —preguntó más animada, ya que, por primera vez en muchos días, se veía capaz de visualizarse a sí misma como una chica con poderes.

—De verdad —le aseguró el hombre, mirándola con sinceridad—. Ahora vete a descansar, mañana será el gran día.

Ella asintió y a punto de marcharse se dio la vuelta para hacerle una pregunta. El alemán era una eminencia, un experto, además de ser un hombre con una vida entera a sus espaldas; con seguridad sabría cuáles eran las razones que empujaban a los varones a mentir.

—Profesor, le puedo hacer una pregunta... Eh..., no tiene nada que ver con el caso, pero es algo que me inquieta y quizás me absorba la energía que tanta falta me hace ahora mismo. —La muchacha se sonrojó, pero encontró el valor de alzar la mirada para ver que el alemán asentía, curioso—. ¿Por qué mienten los hombres?

—Las mentiras tienen muchas caras —le respondió al instante.

—¿Cuáles, por ejemplo? —quiso saber intrigada.

—A veces, se miente por diversión, otras tantas por necesidad y otras muchas por enfermedad. —El profesor se friccionó la ceja

derecha, pensativo—: Ah, también existen las mentiras piadosas. Y las falsas mentiras, además.

—¿Falsas mentiras? —Eso Keira nunca lo había escuchado. Una mentira era una mentira, no podía tener el subgénero de falsa o verdadera—. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, dependiendo de la situación en la que nos hallemos, podemos decir lo contrario de lo que sentimos.

La cara de la canadiense se quedó perpleja. Nunca hubiera sospechado que la familia de la mentira fuera tan extensa.

—¿Y por qué una persona diría lo contrario a lo que siente? Sería como renegar de sí mismo.

—Ay, querida niña, con el paso de los años aprenderás que para el ser humano lo más complicado es ser fiel a sí mismo y a sus ideales. Es mucho más fácil hacer uso de la mentira y huir que reconocer y enfrentar verdades. Ahora tienes que irte a descansar, se ha hecho tarde y mañana...

—Lo sé —accedió Keira de buena gana—. Mañana debo enfrentarme a la matriz y acabar con ella. Gracias, profesor Lutemberg, por esta charla tan interesante.

—Esa es la actitud —la felicitó el alemán, al tiempo que se despedía de ella con un breve toquecito en el brazo—. Acuérdate, deja la energía fluir.

La joven asintió sonriente y encaminó sus pasos hacia su dormitorio con los pensamientos puestos en los acontecimientos que la esperaban al día siguiente. De pronto, recordó la explicación del profesor acerca de la mentira y no pudo no preguntarse qué subtipo de mentira habría utilizado Leo con ella. Cabía la posibilidad de que fuesen mentiras falsas que se debían a que no estaba dispuesto a reconocer lo que sentía. Si ese fuera el caso, ¿cuáles eran sus verdaderos sentimientos? Emociones entremezcladas bullían en su cabeza llevándola a la conclusión de que Leo era un embustero al que no debía darle más importancia de la que se merecía.

Capítulo 23

El perdón

Al final, el grandioso día del que tanto alardeaba Lutemberg tuvo que posponerse, ya que un error había situado el eclipse de forma equivocada y, basándose en los nuevos informes, el día señalado sería el quince de agosto en vez del trece, por lo tanto, Keira disponía de algo más de tiempo para prepararse.

No sabía qué tipo de mentiras le contó Leo, ya que en las pocas veces que coincidieron no intercambiaron más palabras o gestos que los obligados por las circunstancias. Una de las noches se formó otra ruidosa tormenta y, aun cuando Keira no esperó que él viniera para hacerle compañía, en el fondo de su ser, sí que lo pensó. Pero Leo no tocó a su puerta ni esa noche en concreto ni ninguna otra.

Aquella mañana el profesor Lenoir organizó otra excursión para visitar la costa. El peculiar grupo, formado por los dos profesores y los cuatro adolescentes, recorrió el litoral contemplando cómo las imponentes aguas del océano Atlántico bañaban toda la costa, haciéndola poseedora de numerosas playas para todos los gustos. Algunas de ellas eran de difícil acceso, ocultas tras agrupaciones de rocas afiladas; otras, tranquilas, de luminosa arena dorada y brisa

suave; cada una encerrando su propio encanto. Tras realizar parte del recorrido hicieron una parada para almorzar en la playa de La Cueva, un lugar de ensueño, en donde los contrastes ofrecidos por la arena negra y el azul trasparente atrapaban la vista. La playa estaba protegida por un acantilado situado en un paraje aislado, prácticamente virgen. Una vez instalados, comenzaron a recorrer los alrededores en busca de hallazgos únicos e irrepetibles.

—¡Venid aquí! —gritó Consta animado desde una empinada, haciendo señas con el brazo para llamar la atención del grupo—. Tenéis que ver esto.

Keira se afanó en llegar al lugar donde estaba su compañero y tuvo que aguardar a que llegase el resto de la tropa para poder admirar el gran descubrimiento de Consta, quien estaba protegiendo su hallazgo con las palmas de las manos. En cuanto obtuvo la atención de los componentes del grupo, las apartó, dejando a la vista una preciosa flor de Lotus.

—¡Es la flor de Lotus! —exclamó Lenoir entusiasmado en cuanto la reconoció—. Es una planta muy rara y valiosa, apenas hay unos pocos ejemplares en el mundo.

Y mientras todos trataban de inmortalizarla con los teléfonos móviles para obtener la mejor versión de sus espectaculares pétalos anaranjados, los ojos de Keira se encontraron con los de Leo por primera vez en muchos días e intercambiaron un mensaje del tipo: «No todo fue mentira». Aquel pensamiento benévolo derribó las barreras impuestas y de forma inconsciente abrió las puertas de su corazón.

Cuando el entusiasmo provocado por la Lotus disminuyó, el grupo se fue dispersando, cada uno en busca de su propio descubrimiento. Fue entonces cuando Leo se acercó a Keira y le pidió que lo acompañara a dar un paseo por la orilla. Se quitaron las zapatillas y con los pies descalzos comenzaron a andar por la arena húmeda bordeada por unas pocas olas que se rompían al besar el filo de la costa. Durante un tiempo no hablaron, cada uno sumido en sus propias reflexiones, pero la energía positiva se reanudó de forma natural entre ellos y los dos la sentían.

Los cuerpos de los dos jóvenes se fueron acercando, sus brazos se tocaban con el movimiento y de forma inconsciente sus manos se

buscaron. La sensación que Keira sintió cuando los dedos de Leo se entrelazaron con los suyos fue indescriptible. Fue como una liberación, sus pensamientos confusos y su cuerpo tensado se fueron relajando, sumiéndola en un mundo nuevo, en donde solo había paz, serenidad y esperanza. Esperanza ante un mundo mejor, en donde no cabían las mentiras, los engaños, las confusiones ni el dolor.

De pronto, él se detuvo, resuelto a poner voz a esa silenciosa reconciliación. Le dedicó una sonrisa auténtica, de esas que acompañan los ojos que miraban a Keira de frente, con franqueza. Le apartó un mechón rebelde de color dorado de la cara y, tras colocárselo detrás de la oreja, dijo las palabras mágicas que tanto se le resistieron en el pasado.

—Lo siento.

No acompañó su «lo siento» de otras explicaciones que a estas alturas del camino le parecían innecesarias. ¿Qué podría añadir? ¿Que fue un completo idiota que no supo hacer frente al sentimiento de cercanía que nació en su interior nada más conocerla? ¿Que se sintió corrompido por un estúpido orgullo que lo empujó a referirse a ella en términos opuestos a los que realmente pensaba? Si lo hiciera, sería como arrojar una piedra en un gran ventanal acristalado y luego explicarles a los añicos de cristal que la piedra pesaba demasiado... De su pequeña incursión en la mentira aprendió que, para reparar un daño, era necesario aguantar el vendaval sin esconderse ni resguardarse detrás de un telón. Así que basándose en esas reflexiones se quedó expectante, esperando el perdón con todas sus consecuencias. Todo dependía de la capacidad de Keira de olvidar y ser generosa. Estaba dispuesto a asumir la responsabilidad y respetar su decisión, fuera cual fuera, porque lo que más ansiaba su corazón era liberarse de la culpa que la mentira arrojó en su interior. Sentirse de nuevo con derecho de mirar de frente, sin reservas, de ser la persona honesta de siempre.

Keira se tomó su tiempo en contestar, siendo asaltada por decenas de preguntas que hormigueaban la punta de su lengua. Deseaba hacer las paces con él, no era una persona rencorosa y la tensión formada entre ambos no la beneficiaba en absoluto. Tenía que admitir que el detalle de la flor de Lotus le demostró que Leo no era cruel y despiadado como los chicos de su pasado.

Ensimismada en estas reflexiones, inspiró hondo con la mirada puesta en él, buscando ver más allá del nítido azul de sus ojos, que le cortaban la respiración al estar tan cerca de ella. Exhaló. Varias veces. Sentía aquel momento como uno crucial en su vida, porque, si superaban ese bache, escalarían otro peldaño en su incipiente relación que, por desgracia, se acercaba al final, fuera cual fuera el resultado. A Keira le quedaban tan solo un par de días de estancia en La Gomera antes de regresar a su país. Sabía, sin necesidad de que nadie se lo dijese, que lo haría con el corazón roto. La gran incógnita era si quería un corazón roto bañado en los brillantes colores de la esperanza, abierto a posibilidades, o deseaba encerrarse en sí misma, como lo había hecho siempre.

—Si vas a permanecer callada harás que me sienta como un idiota —rompió Leo el silencio, cuando la espera se le hizo insoportable—. Me dan ganas de abofetearme a mí mismo porque sé que no tenía ningún derecho a mentirte y luego pretender que borrases todo de un plumazo.

Ella le puso una mano en el pecho, justo a la altura del corazón con la intención de detener sus reproches. No quería castigarlo, ni rehogarse en sus remordimientos, solo deseaba protegerse.

—A lo largo de los días pensé muchas cosas de ti, pero nunca que fueras un idiota. —Leo respiró aliviado, ya que el tono de voz de Keira invitaba al optimismo—. Si me quedé callada fue porque... trataba de buscar las palabras correctas para responderte. Me has hecho daño y no solo por haberme mentido, es más complicado que eso. En mi instituto, la gente no me suele tratar demasiado bien... Ya sabes, hay burlas, vejaciones..., en fin... Lo que quiero decir es que tus actos me hicieron creer que la historia se repetía aquí... también.

Unas sombras oscuras devoraron el nítido azul de los ojos de Leo. Le costaba imaginar que una criatura tan encantadora como ella pudiera ser objeto de burlas. Y que él había acentuado su drama sin querer.

—No fue nada de eso por mi parte, te lo prometo.

—Lo sé. —Aquellas dos simples palabras relajaron al instante el rostro tensado de Leo—. Si necesitas mi perdón, pues claro que lo tienes. Te agradezco que te disculparas, significa mucho para mí. ¿Amigos? —preguntó con calidez ofreciéndole la mano.

—¡Amigos! —convino Leo con una amplia sonrisa en los labios.

En cuanto sus manos se estrecharon, oleadas de felicidad se apoderaron del corazón de Keira, que aprendió una valiosa lección sobre la tolerancia. El perdón tenía un efecto doble en las personas, ya que reconfortaba a quien lo recibía y también al que lo otorgaba. Sintió que, una vez tomada la decisión de perdonar, un gran peso la abandonó y una sensación de bienestar comenzó a expandirse en su interior. Experimentó el deseo de culminar aquel instante con un beso, que sería el primero de toda su vida. Recordó haber leído en alguna parte que el primer beso no se daba con los labios, sino con la mirada. Comprobó en primera persona esa teoría porque en ese instante su imaginación la hacía visualizar cómo su boca se unía a la de Leo.

Él debió de compartir sus anhelos porque invadió por completo su espacio. Pegó su torso juvenil al de ella y, tras encastrar su cara entre sus manos, hizo realidad el sueño de Keira y la besó.

Capítulo 24

Confesiones entre colegas

Esa noche Leo decidió hacer las paces con Didac y Consta. De su reciente reconciliación con Keira aprendió que el único modo de hacerlo era empleando la verdad. Citó a sus amigos en su lugar favorito situado en lo alto del acantilado desde donde realizaban sus habituales saltos al agua. Sus dos amigos llegaron puntuales a la hora acordada y como era costumbre venían con los bañadores puestos y las gafas de buceo colocadas sobre sus cabezas. Lo único que delataba tensión entre ellos eran sus caras serías y sus gestos contenidos.

—¡Hola, tropa! —saludó Leo, tratando de chocar las manos, pero solo llegó a tocar el aire, ya que Consta y Didac no dieron sus respectivos brazos a torcer con tanta facilidad. Y con toda la razón del mundo, ya que fue el poseedor del poder de la metamorfosis quien se alejó de ellos tratándolos de un modo distante y frío—. Sois la alegría de la huerta, colegas —añadió ante las caras crispadas de sus amigos.

—Estamos aquí y eso ya es mucho —replicó con sequedad Didac, que, aun cuando traía cara de enfado, se mostró dispuesto a entablar conversación—: Llevas días en tu mundo, evitándonos y hablando a medias verdades. No esperarás, supongo, que toquemos la flauta en tu

honor solo porque hoy tienes ganas de charlar.

Consta se limitó a presenciar la conversación con indiferencia y, al advertir que la situación se calentaba por momentos, se apartó del grupo y se quitó la camiseta, señal de que la charla de Leo lo traía sin cuidado. Era su modo de protestar y castigar los cambios de humor de su amigo. Dejó las chanclas al lado de la camiseta y, tras colocarse las gafas sobre los ojos, se puso de puntillas, levantó los brazos e hizo un pequeño gesto de elevarse al aire para terminar cayendo en el agua. Su cuerpo penetró en las furiosas olas del Atlántico, provocando una cresta inmensa que se deshizo en varias ondas encargadas de rodear el cuerpo del adolescente cuando salió a la superficie.

—¿Qué ha sido eso? —se extrañó Didac al advertir que su amigo se había pasado por el forro una de las reglas más sagradas de aquella amistad, que era la de saltar al mismo tiempo al agua—. Creo que Consta está enfadado de verdad.

—Eso parece —aceptó Leo con cara seria. La amistad con sus colegas estaba en un punto crítico y su deber constaba en arreglar la situación. Si hubiera ido de frente con ellos, reconociendo sus sentimientos en relación con Keira, ahora estarían habituados a su nueva realidad—: ¿Qué te parece si saltamos nosotros también y os cuento lo que tengo que contaros en el agua?

¿No se decía que el poder del agua era sagrado y lo purificaba todo? Tal vez había llegado el momento de averiguarlo.

Sin esperar respuesta, Leo se quitó la camiseta de algodón que llevaba puesta y, siguiendo el ejemplo de Consta, se lanzó al agua con la misma velocidad que su amigo. Una vez que hubo aterrizado en las agitadas aguas del océano volvió a salir a la superficie y observó el cuerpo de Didac descendiendo hasta ellos.

Inspiró hondo y se preparó para la gran confesión del año, aun cuando no tenía muy claro por dónde empezar.

—He besado a Keira —dijo de repente. Sin un guion preparado, su mente lo traicionó y comenzó con la parte final de lo que debía de haber sido su discurso. De haber podido, se hubiera tragado sus palabras con gusto. Sus dos amigos quedaron impactados, como si hubieran sido alcanzados por un perdigón en la cabeza.

Mierda, ¿por qué habré empezado por ahí? Era lo último que debía contarles, se lamentó Leo al advertir las caras de sorpresa de sus

colegas.

—¿Cuándo? —se interesó Didac cuando se recuperó de la sorpresa. Ese era su amigo, no le importaba el porqué de las cosas, sino el cuándo. El poseedor del poder de la necropatía nadó unos metros hasta que encontró tierra firme bajo sus pies y se plantó allí ansioso por recibir respuestas.

—¿Y qué más da? —gruñó Consta, tras seguir el ejemplo de Didac y situarse en tierra firme—. Si la besó significa que hay muchas otras cosas que nos ha ocultado.

Leo braceó hacia ellos y, tras situarse a su lado, soltó de un tirón todo lo ocurrido con la canadiense y los motivos de su silencio. Una vez superada la sorpresa inicial se disculpó, alegando que ni él mismo había entendido lo sucedido hasta mucho tiempo después.

—Entonces, ¿Keira y tú sois novios? —se interesó Consta, incrédulo—. Me... parece muy extraño. No sé... como que no pegáis.

La palabra *novios* le sentó a Leo como una puñalada en pleno pecho. Nunca la había contemplado ni en relación con Keira ni con ninguna otra chica. No, en definitiva, esa palabra significaba algo muy serio que no se correspondía con lo que había entre él y la canadiense.

—No, no lo somos —Leo negó con vehemencia dejando claro a sus colegas que no había contemplado esa posibilidad—. De hecho, estuvimos enfadados hasta hoy por..., ya sabéis, las mentiras que le dije y demás. Además, en cuanto Keira cumpla con la misión, volverá a casa. No puedo ser el novio de una chica que vive al otro lado del océano.

—¡Genial! La habrás besado tan mal que se va despavorida —se carcajeó Didac, de buen humor—. Yo también besé a una chica esta primavera. No recuerdo si os los he contado.

—Sí, claro —ironizó Consta, con un deje de diversión en la voz—. Habrá sido en tus sueños, colega. Se ven muchas chicas por aquí dispuestas a morrearse contigo.

Consta recogió una buena cantidad de agua con las manos y salpicó la cara de su compañero. Leo le devolvió el gesto y en cuestión de segundos los tres comenzaron a jugar y a reírse como en los viejos tiempos.

Pronto se hizo de noche y tuvieron que abandonar el agua. Ascendieron a través de las rocas hasta lo alto del acantilado, donde se

vistieron y emprendieron el camino de vuelta al centro.

—¿Colegas de nuevo? —preguntó Leo con la mano extendida hacia sus amigos, ya que ansiaba escuchar de sus labios el perdón. Consta fue el primero en sumarse y depositó su mano sobre la de él y, cuando Didac hizo lo propio, los tres amigos lanzaron un grito de guerra que selló su amistad.

—Pero que sepas que no jugaste limpio —le advirtió Consta señalándole con el índice una vez que la efusión inicial hubo bajado en intensidad—. A mí me gustaba también y, de no haberte hecho el héroe en la sala cromosómica, Keira podría haberse fijado en mí, perfectamente, y no en ti.

—Lo hecho hecho está —intervino Didac al advertir que la paz recién alcanzada parecía hacer aguas de nuevo—. Si quieres conocer a chicas guays, puedes venir conmigo a la feria. Allí fue donde conocí a Maira, la chica que os he dicho que besé.

—¡Sí, claro! —Consta le dio una palmadita consoladora en el hombro, señal de que no se tragaba su cuento. Leo se interpuso entre ambos y rodeándoles los hombros con camaradería hicieron el camino de vuelta, entre risas y guasas.

De regreso a su dormitorio Leo se tumbó sobre el colchón y con la vista puesta en el techo de su cuarto sonrió satisfecho. Había conseguido ese día el perdón de Keira y el de sus amigos. Había alejado de él el peso de la mentira y los malentendidos. Se sentía feliz, feliz, feliz. ¿Qué más podría desear de la vida?

Capítulo 25

El diario de Keira

Querida mamá:

Hoy más que nunca quisiera tener entre mis manos tu diario para releer todo lo que me escribiste referente al amor. Es posible que lo hayas visto —aunque este pensamiento comienza a ser un tanto incómodo—. Hoy he experimentado mi primer beso. Ha sido maravilloso con letras grandes, subrayadas y coloreadas en fosforescente. Desde entonces vivo en una agitación constante y me muevo de un lado para otro, completamente incapaz de permanecer sentada. Cierro los ojos y revivo el momento, y, cada vez que lo hago, la sangre se acelera en mis venas y la respiración se me entrecorta. Si tuviera que describir lo que sentí, sería imposible hacerlo, ya que concienticé el beso mucho después de que hubo ocurrido. Mi primera impresión es que sabe a dulce, es como un esponjoso bizcocho de vainilla coronado con una generosa ración de nata montada que se deshace en la boca, lento y delicioso y te hace desear más y más...

Ojalá me hubiera llevado tu diario conmigo para medir la palma de mi mano con la tuya. Ya sé que aún es imposible que encaje, solo tengo curiosidad por ver el espacio sobrante entre las dos, será mi manera de saber si estoy preparada para enfrentarme a la atracción que siento.

En cuanto a Leo, puedo imaginarme tu ceño fruncido

acompañado de tu mirada algo seria y, para ser justa, no faltan razones para desconfiar de él. Yo también lo hago, ya que es de todos sabido que quien miente una vez miente la segunda. Es un misterio para mí y me cuesta descifrar su personalidad, a veces tan cercano, tierno, detallista y sensible, y otras tantas, distante, contradictorio y desleal. A pesar de eso debo reconocer que supo cómo abrir las puertas de mi corazón y conseguir el perdón. Y, aun cuando mi lado racional me pide a gritos que ponga un candado a mis sentimientos, me resisto a hacerlo. ¿Y sabes por qué? Porque en unos días me iré y Leo quedará atrás. Quedarán atrás sus hermosos ojos azules que me han cautivado hasta dejarme embelesada, sus bromas divertidas, su risa fácil y contagiosa, sus besos dulces y apasionados. Me llevaré el recuerdo de mi primer amor junto a la preciosa y única flor de Lotus que me regaló.

Mañana hay eclipse solar y estoy muy asustada. El profesor Lutemberg y el resto de los profesionales que sostienen la teoría de la *Nepenthes* asesina creen que seré capaz de derrotar a la matriz y restablecer la paz en el mundo. Imagínate la presión que siento cuando esta gente afirma su plena confianza en mis poderes. No creo que sea capaz de hacerlo, mamá. Sinceramente. Lo que ocurrió en Ottawa... puede que fuera un espejismo... Lo de la información cromosómica... tampoco lo veo tan claro. Los científicos ven información genética distinta en cada rincón de ese centro. No conseguiré hacer otra cosa aparte del ridículo. Aunque, eso sí, no pienso ni por un instante rendirme sin luchar. Enfrentaré a *Nepenthes* y pondré todo el empeño del que soy capaz para cumplir las expectativas. Deséame suerte y, si puedes, ayúdame.

Ahora debería descansar, es una de las normas primordiales de un humano con poderes extraordinarios. Descansar y dejar la energía fluir. Me entra a veces la risa tonta porque lo único que saben decir estas eminencias científicas son necedades relacionadas con la energía y el reposo. Espero conseguirlo, porque desde que Leo me besó he perdido las ganas de dormir. Es poner la cabeza sobre la almohada y sonreír como una boba. Revivo una y otra vez el primer y único beso que me han dado en la vida. Disfruto en silencio de la felicidad que ha invadido mi ser.

Te quiero, mamá. Deséame suerte mañana.

Capítulo 26

Keira contra *Nepenthes*

Llegado el gran día, despertaron a Keira al alba y la llevaron a la sala cromosómica para prepararla. La sedaron, por lo que la muchacha solo fue consciente de que la tumbaron sobre la camilla y le pusieron los cascos con sensores para monitorizarla. Esta vez no tuvo la valiosa ayuda de Leo ni pudo cogerle la mano durante el reconocimiento, teniendo que enfrentarse al mundo científico en soledad. Intentó ser valiente, aunque en el fondo de su alma había mucho miedo. Lo último que recordó antes de perder el conocimiento fue el rostro serio y preocupado del profesor Clemente y su boca fina, tensada en un rictus, ordenándole que dejara la energía fluir. ¡Como si fuera tan fácil!

Al despertar, Keira se llevó la impresión de que un tren de mercancías de varias toneladas le había pasado por encima. Sus parpados parecían de plomo, la boca le resultaba tan seca que apenas podía tragar y sentía el estómago tan contraído que le costaba respirar. No supo qué hicieron con su cuerpo en las siete horas que duró la «preparación cromosómica» y lo más probable es que nunca lo sabría.

En cuanto cayó la tarde le dieron una comida ligera, compuesta por pescado a la plancha, ensalada y un yogur de piña, y le ordenaron ponerse un brillante traje de hojalata, que era algo así como un compuesto de cuero y metal, ligero al peso, pero de apariencia impenetrable.

—Eso te ayudará en el caso de que las lanzaderas de *Nepenthes* te ataquen sin previo aviso —le explicó el alemán, con toda la tranquilidad del mundo, como si le hubiese dicho cualquier trivialidad acerca de un pacífico paseo por el parque.

Aquel comentario inquietó a la pobre Keira, que una vez enfundada en el terrorífico traje de hojalata sentía que su cuerpo había dejado de pertenecerle. Se veía a sí misma como una mera espectadora en una película de terror, en donde le había tocado —aún no se explicaba cómo— el rol de intérprete principal.

—Recuerda, en cuanto la planta te apriete en sus garras —¿Una planta tenía garras?—, debes lanzar las órdenes con firmeza. Concéntrate, reúne toda la energía que hay en tu interior y déjala fluir. Será entonces —los inexpresivos ojos de Lutemberg se llenaron de fuerza y pasión— cuando convertirás a la matriz en unos simples y banales tulipanes.

—¿Y si no pue...?

La pregunta murió en sus labios, ya que el alemán no estaba dispuesto ni siquiera a contemplar el fracaso, por lo tanto, le cortó las dudas poniendo un dedo en sus labios.

—Podrás. Cierra los ojos —le ordenó—. ¿Qué ves?

Keira veía el beso que le dio Leo en la tarde anterior, pero no pensaba contárselo al profesor, así que se limitó a describirle el panorama que había detrás del hombre que agitaba su corazón.

—Veo la playa... Es hermosa, en calma y silencio. Huele a salado y a sueños cumplidos.

Y también a él.

Lutemberg le sacudió los hombros para obligarla a abrir los ojos. En cuanto lo hizo tuvo que enfrentarse a la mirada dubitativa del profesor que la escudriñaba de cerca.

—Keira, querida —la amonestó con un falso timbre paternal en la voz—, te hemos administrado unos fuertes complejos vitamínicos, deberías visualizar el cielo bajo una intensa tormenta, no una playa en

calma.

¿Será que se había enamorado? ¿Que todo lo tormentoso de su vida se presentaba ahora como relajantes olas del mar? En el caso de que fuera cierto, ¿eso sería bueno o malo para la misión?

—Vamos, vuelve a cerrar los ojos.

Keira le hizo caso. Esta vez un nítido y atrayente color azul monopolizó sus pensamientos. En voz alta dijo que veía el cielo, aunque en su fuero interno sabía que eran los ojos de Leo.

De pronto, una pregunta hiriente comenzó a golpear las paredes de su cabeza. Desde el beso de la playa no había vuelto a saber nada de Leo. ¿Dónde se habría metido? ¿No debería aparecer en algún momento para insuflarle ánimos? ¿Para darle algún consejo, ya que era un chico con poderes experimentado? ¿Por qué de pronto ante sus ojos la playa en calma se había convertido en una tormenta en toda regla?

Capítulo 27

Todo por la ciencia

Leo abrió un ojo lentamente e hizo el esfuerzo de ubicarse. Se encontraba en su cama y la cortina a medio cerrar lanzaba una luz suave, blanquecina sobre su rostro. ¿Era todavía de noche? Una breve ojeada al reloj de pared le indicó que eran las seis. ¿Seis de la tarde? ¿Había dormido todo el día? Sentía su cuerpo cansado, como si llevara uno tonelada de peso encima. Parpadeó un par de veces y se despejó. De pronto, se acordó de Keira. Se levantó de la cama de un salto, sintiendo los brazos doloridos. Se analizó las muñecas y unas marcas de color oscuro le confirmaron lo que ya sospechaba. Le habían administrado alguna medicina para quedarse dormido. ¿Pero por qué? Si no tenía prevista ninguna misión. Y Keira estaba ante su primer reto como chica con poderes especiales y él no se encontraba a su lado.

Se afanó en vestirse, se puso lo primero que encontró, un vaquero oscuro y una camiseta de mangas cortas con el logotipo de Nike impreso en la parte dorsal y unas zapatillas de la misma marca. Se lavó la cara con abundante agua fría, utilizó pasta de dientes de menta y un enjuague bucal, y por último se peinó con los dedos, recogiéndose su flequillo en un moño alto al que sujetó con una goma

elástica.

Cogió una botella de agua del frigorífico y una barrita energética, a las que introdujo en la mochila junto al móvil y a su cartera. Una vez preparado abandonó su cuarto, dando un sonoro portazo. Algo había ocurrido y estaba dispuesto a averiguarlo.

Con paso enérgico recorrió los pasillos del CPS que estaban, como de costumbre, desiertos. Cuando pasó por delante de la habitación de Keira tocó con los nudillos, aunque lo hizo por pura rutina, sabía que ella no estaría. Y, en efecto, nadie le contestó. Siguió caminado hasta llegar a la zona de los ascensores. Pulsó el botón de llamada y se elevó a la quinta planta, donde vivían sus padres. ¿Cuánto hacía que no les visitaba? Demasiado para recordarlo.

El señor Roca le abrió la puerta un tanto contrariado, al parecer no era de su agrado que lo distrajeran. Regresó a su mesa de trabajo sin decir ni una palabra y, cerrando el portátil, le lanzó a su hijo una mirada circunspecta, aunque nada sorprendida.

Algo sabe, constató Leo. ¿Cuántas cosas habrá hecho en mi nombre?

—Leo, hijo. ¿Qué haces aquí?

Llevaba un par de días sin verle, ¿qué tipo de familia era aquella?

¿Que qué hago aquí? Vaya mierda de pregunta.

—Hola, papá —lo saludó, haciendo caso omiso a la mirada interrogante de su progenitor—. ¿Y mamá? —preguntó para ganar algo de tiempo y pillar a su padre con la guardia baja.

—¿Qué necesitas de tu madre?

Típica conversación masculina, responder a una pregunta con otra pregunta. *¿Será que me parezco a mi padre?*

—Nada, verla —respondió con un fingido aire de indiferencia. Y justo cuando Cristian Roca se relajó, su hijo le tomó la delantera—. Y preguntaros de paso por qué me administrasteis compuestos cromosómicos sin yo saberlo.

Su padre puso cara de sorprendido, pero no le salió demasiado bien. Leo sabía que, al ser menor de edad, cualquier cosa o decisión que se tomara acerca de él debía tener el beneplácito de sus progenitores. No le dio la oportunidad de inventarse una mentira y alzó las manos para enseñarle las marcas que tenían sus muñecas.

—La verdad, papá —le pidió con voz decidida—. ¡Ahora!

Cristian Roca arrugó el entrecejo, clara señal de que la situación no le agradaba en absoluto. Se rascó la barba y, con un gesto, instó a su único hijo a que tomara asiento.

—Hijo, supimos algunas cosas de ti... que nos tiene muy preocupados. Hace unos días las cámaras de seguridad te grabaron entrando de noche en la habitación de la chica esa..., la canadiense.

Leo palideció, pero no perdió la compostura.

—Somos amigos, casi de la misma edad. ¿Qué tiene de malo?

—¿Amigos? —El rostro del señor Roca se contrajo—. Has entrado en su habitación a las once y cuatro minutos de la noche. En plena tormenta. Y has permanecido allí casi una hora.

—¿Y? ¿Cuál es el drama?

—La chica... tiene quince años y es bastante mona. Tú eres un chico atractivo. No es... aconsejable.

—¿Y por eso me habéis drogado? He perdido un día de mi vida y quiero el porqué. Keira tiene la misión esta noche y habéis impedido que le mande un triste mensaje de ánimo. —Miró a su padre con enfado—. ¿Quién sabe qué opinión tendrá de mí ahora?

—No es necesario que te lo diga, ya que te contestaste tú mismo. Esa chica, en vez de pensar en la misión, estaba con la mente puesta en ti —le reprochó su padre, alzando la voz.

Una agradable sensación de bienestar comenzó a expandirse por el cuerpo de Leo y no pudo evitar reprimir la sonrisa que floreció de la nada en sus labios. El gesto severo de su padre lo devolvió a la realidad.

—¡No teníais ningún derecho de hacerme eso! Ni de tomar decisiones así en mi nombre —gritó furioso, ya que comprendía que muchas de las cosas que le sucedieron hasta el momento fueron ajenas a su voluntad.

—Cuando se trata de la ciencia hay derecho a todo, Leonardo.

Intercambiaron una mirada enfrentada, señal de que aquella discusión traería cola en el futuro. Además, el hecho de haberse dirigido a él como Leonardo era toda una declaración de intenciones. Su padre se refería a él con su nombre completo cuando la situación era extremadamente seria. Leo se levantó de la silla y, antes de salir como una tromba de agua de la habitación, escuchó el último consejo de su padre:

—No te acerques más a esa chica. ¿Me has oído? Si tienes un calentón de adolescente, baja al pueblo y búscate una muchacha normal y corriente, no una que sea un peligro para ti y tu carrera.

Leo pensaba hacer justo lo contrario y así se lo hizo saber a su padre, saliendo con un sonoro portazo. Una rápida ojeada al reloj le indicó que debía darse prisa, eran casi las siete de la tarde y muy pronto tendría lugar el eclipse. Como fuera, debía acudir al mirador y ver a Keira antes de que se enfrentase a la gran *Nepenthes*.

Le has fallado muchas veces, muchacho, hoy no puedes hacerlo.

Con esos pensamientos rondándoles por la cabeza se apresuró a bajar las escaleras, ya que estaba demasiado sobreexcitado para esperar el ascensor. En la segunda planta, justo cuando cruzaba el pasillo se chocó de frente con el vigilante de seguridad. Leo no se detuvo, limitándose a saludarlo con la cabeza. Se extrañó al advertir que sus dedos le agarraron el lateral de la camiseta, deteniéndole la marcha. Contrariado, se paró en seco, expectante:

—Hey, Leo, justo contigo quería hablar.

—¿Conmigo? —No atinaba a comprender su petición, ya que el vigilante y él no habían intercambiado jamás más de unas cuantas palabras seguidas. De pronto, la noche que conoció a Keira acudió a su memoria.

No, que no me pida que le devuelva el favor ahora.

—¿Te acuerdas de la noche en la que te cubrí las espaldas?

Mierda.

Se acordaba, por supuesto, pero no lo iba a reconocer. Otra ojeada al reloj deportivo que abrazaba su muñeca le hizo poner cara de apurado.

—Señor… —rebuscó en su memoria el nombre del vigilante, pero no lo encontró—. ¿Podríamos hablar de eso en otro momento?

—Andrés —le sacó el aludido de dudas con una extraña sonrisa de suficiencia dibujada en el rostro.

—Señor Andrés —convino Leo, que ya estaba perdiendo toda la paciencia que le quedaba.

—Ha llegado la hora de que me devuelvas el favor —le exigió el vigilante en tono bajo, casi rozando el misterio.

Leo rebuscó a toda prisa en las redecillas de su memoria y lo que encontró le provocó un inmenso dolor de cabeza.

—Te lo devolveré, tranquilo, pero tiene que ser otro día. Hoy tengo mucha prisa. En serio.

El fornido vigilante se plantó ante él y, mirándolo con intención a los ojos, negó con la cabeza.

—Otro día no. ¡Tiene que ser hoy!

Las siete cuarenta. No llegaré, y este estúpido piensa que puedo comunicarme con los muertos. ¿Cómo saldré de esta?

Los acontecimientos se precipitaron. Andrés tomó a su presa por el codo y la condujo al despacho de vigilancia. Dejaron de lado el cuarto principal desde donde la vida interna del centro se veía reflejada en decenas de pantallas que monitorizaban las partes principales del edificio y se pararon en un despacho sencillo, que albergaba una mesa cuadrada, dos sillas de madera, un expendedor de agua natural y una pequeña nevera.

—Aquí nadie nos molestará —le explicó Andrés a modo de confidencia.

Ya te digo, se burló Leo para sus adentros. *Ni los vivos ni los muertos.*

Un gran dicho acudió entonces a su retina. Si no puedes con tu enemigo, únete a él. ¿Quiere hablar con alguna persona fallecida? Pues, habrá que complacerlo. Inspiró con lentitud tratando de poner buena cara y abriendo los brazos, entró en el juego del vigilante.

—¿Qué necesitas de mí?

Los labios carnosos del vigilante se estiraron en una sonrisa satisfecha y sus ojos grandes, de un incierto color castaño, brillaron excitados.

—Quiero hablar con Marisa, mi abuela.

Mierda.

Leo asintió y cerró los parpados un momento. Trató de hacer memoria y recordar lo que Didac le contaba acerca de sus incursiones necropáticas.

Primero hay que cerrar los ojos, desconectarte de la luz. «Bien, ya estaba hecho, tenía los ojos cerrados». Después, se tiene que abrir el canal oscuro y esperar. «Canal abierto»*, en teoría, claro.* Luego dejar la energía hacer el resto del trabajo, reproducir el mensaje que llega en pequeños fragmentos. Las personas fallecidas no se comunican del mismo modo que nosotros. Solo envían frases, palabras sueltas, a

veces sin sentido.

Pues allá vamos, me inventaré algo compatible con una abuela... ¿Qué diablos cuenta una abuela a su nieto?

Leo no tenía ni idea, ya que sus padres cortaron los lazos familiares cuando se casaron con la ciencia. Nunca pudo ser un nieto consentido. Pensándolo bien, comenzaba a cuestionar muchas cosas relativas a CPS. No tenía prácticamente padres, ni abuelos, ni se le permitía frecuentar un colegio normal, no podía tener una amiga especial, ya que era peligroso para su carrera. ¿Qué carrera si no había llegado ni a la mayoría de edad?

Alargó la mano simulando una pose de trance. La respiración del vigilante se volvió acelerada.

—Dice... que deberías comer más saludable —fue lo primero que inventó, ya que el corpulento vigilante parecía tener algo de sobrepeso.

—¡Ay, abuela! Hasta desde el más allá me das la lata con eso —se lamentó Andrés, plenamente convencido de que su amada abuela le estaba hablando.

—Que... dejes a la luna descansar. —Leo apenas pudo reprimir la sonrisa que trataba de expandirse por su rostro, al imaginarse la cara de póker que debió de poner el pobre vigilante.

—¿Qué... qué quiere decir con eso? —lo escuchó preguntar en un susurro.

Leo no tenía ni idea, por lo tanto, se limitó a detener la pregunta con un gesto y poniendo cara de concentración.

—¡Sin preguntas! —*Si entablamos una conversación, eso no acabará jamás*—.

—Vale, abuela, veo que conservas el mismo genio de siempre —accedió el pobre Andrés en voz baja, casi asustada.

—Y por último... dice... Espera —Leo hizo una pausa, para dar más valor al cierre de aquella farsa—. Que no le gusta la persona por la que tu corazón se agita.

—Ay, abuela, ¡sabía que no aprobarías mi condición sexual! Mira que lo sabía.

Leo abrió los ojos con sorpresa. Menos mal que había sido inteligente y no había puesto género a los amores del vigilante; de lo contrario, hubiera metido la pata hasta el fondo. Se levantó de la silla

aparentando cansancio y preparando su retirada de escena, se despidió:

—Eso es todo, a los muertos hay que dejarlos descansar.

—Claro, claro —Andrés le invitó a marcharse abriéndole la puerta del despacho de par en par—. Gracias, Leo, eres un gran profesional. ¡Te admiro mucho! Aunque, ¿qué habrá querido decir mi abuela con que deje a la luna descansar? Puede que se refiera al hecho de trasnochar...

—Ni idea, lo siento. Me tengo que ir. Nos vemos.

Y, dicho esto, abandonó la zona de la vigilancia, no antes de echar un breve vistazo a los monitores, que enseñaban los pasillos del centro despejados.

Capítulo 28

Si puedes soñarlo, puedes hacerlo

El monovolumen conducido por el profesor Lenoir avanzaba desde San Sebastián por la carretera TF-713 rumbo al mirador de Alfac, que, debido a su posición, era de fácil acceso. Una vez llegado a ese punto, el coche quedó inmovilizado, ya que el resto del camino se debía realizar a pie. La comitiva estaba formada por Lutemberg, que caminaba con paso apresurado al lado de Keira y Lenoir, seguidos por un séquito de científicos que debían velar por el éxito de la operación. Cerraba la comitiva un grupo de militares armados con cizallas afiladas, de las que deberían hacer uso en caso de que el ataque de *Nepenthes* no pudiera ser detenido por la potente arma llamada Keira.

Keira no recordaba haber estado más insegura y asustada en toda su vida. En cada curva del angosto camino le parecía divisar las lanzaderas magnas y puntiagudas de la planta, amenazándola. A través del movimiento del viento, entre las hojas de los robledales que había en esta parte de la isla, escuchaba un susurro extraño, que ante sus ojos aterrorizados tomaban forma de advertencias.

«No vayas, no rompas el equilibrio de la naturaleza».

Había todavía algo de luz, aunque difusa y bastante opaca. Los

picos rocosos sobresalían del techo forestal de la isla y una agrupación de nubes bajas las envolvía como un manto protector.

Un poco antes de las ocho de la tarde, el grupo llegó al punto establecido, situado en el Mirador de los Roques, que no era otro que el lugar donde encontraron a la mujer asesinada pocas semanas atrás.

Keira trataba de mantener la calma y no dejarse influenciar por la cantidad de imágenes que producía su mente aterrada. Veía en cada rincón a Nieves en sus últimos minutos de vida, con la cara desencajada, los ojos ensangrentados y la garganta oprimida. El viento, que comenzó a soplar con algo más de fuerza, le traía el eco de su voz que parecía aconsejarla:

«Huye, corre, lo que piensas hacer es peligroso. A mí me quitó la vida en un abrir y cerrar de ojos. ¿Quién dice que no hará lo mismo con la tuya? Este puñado de locos presumen de saberlo todo, pero... ¿esperan que el trabajo sucio lo realice una niña?».

—Faltan cuatro minutos —anunció Lutemberg con emoción—. Todos preparados. El eclipse es total, así que nos quedaremos a oscuras. ¿Dónde está el técnico de luz?

—Aquí, señor —Un hombre bajito y calvo dio un paso al frente—. En posición, esperando órdenes.

—¡Maravilloso! —le felicitó Lutemberg—. Prepara dos focos potentes, uno que enfoque a Keira y otro a *Nepenthes*. No podemos quedarnos a oscuras de ninguna manera, esto peligraría el plan.

—Entendido, señor.

—¡Dos minutos! —gritó, y esta vez un murmullo de voces comenzó a elevarse por encima de sus cabezas. El gran momento estaba a punto de llegar y los nervios se expandían entre los presentes —. Keira, ¡en posición! —ordenó.

De pronto la poca luz que aún se apreciaba fue engullida por una oscuridad densa y espeluznante. El técnico fue tomado por sorpresa, ya que el eclipse no respetó los dos minutos restantes que anunció el alemán. Los pocos segundos que tardó en encender el primer foco se hicieron eternos para Keira, que sentía el corazón salirse por la boca. Las piernas le temblaban y no se veía capaz de mantenerse en pie, así que se desplomó al lado del tallo de *Nepenthes.* La luz artificial se posó sobre ella y la deslumbró. Alargó el brazo para proteger sus ojos del potente resplandor que le dañaba la vista.

—¡No hagáis eso! Si la enfocáis en pleno rostro, la vais a asustar. —Se escuchó una voz salir de entre los árboles. Un segundo foco se posó en esa dirección iluminando a Leo que apareció ante ellos con las manos en alto—. Dejadme hablar con ella en privado, ¡por favor!

Dos militares se apresuraron a detener el avance del intruso. Le tomaron por los hombros con intención de alejarlo de allí.

—Por favor —volvió a implorar, luchado por liberarse de las manos de los militares.

—De acuerdo —accedió Lutemberg, tras un intercambio rápido de impresiones con su colega, el profesor Lenoir—. Sesenta segundos, no disponemos de más.

Leo salió corriendo en dirección a Keira y nada más llegar junto a ella supo que lo necesitaba. Temblaba como una hoja arrancada de un árbol y su voz sonaba débil y bajita, como si toda la energía de su cuerpo se hubiera esparcido a los cuatro vientos.

—Estoy convencida de que tienes el poder de leer la mente —confesó agradecida, esbozando una sonrisa de puro alivio cuando los brazos vigorosos del joven la estrecharon contra él.

—Perdona el retraso... Es algo largo de contar y no tenemos tiempo. —Se apresuró a darle un beso dulce en los labios. En cuanto apreció calma en sus ojos prosiguió—: Te daré algunos consejos exprés, así que préstame atención. Regla número uno: desconéctate de todo lo que te rodea. No pienses en nada, concéntrate solo en la misión. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, puedo intentarlo... —asintió con un hilo de voz.

—Regla número dos —Leo le elevó un poco la barbilla para obtener su completa atención—: si puedes soñarlo, puedes hacerlo.

—¡Veinte segundos! —el grito del alemán sonó como un ultimátum. Se acercaba la hora.

—Regla número tres: cada poder tiene sus propias reglas; cuando llegue el momento, sabrás lo que debes hacer.

—No... No lo entiendo —Keira comenzó a tiritar al tiempo que agarraba la camiseta de Leo para impedir su marcha.

—Llegado el momento lo entenderás, confía en mí, ¿vale? Estaré aquí, ayudándote desde la sombra.

—Leo, debes irte. ¡Keira, en posición!

Con pesar, le apartó los dedos de su camiseta y comenzó a dar

pequeños pasos hacia atrás sin desconectar la vista de ella.

Keira, al advertir que se alejaba, se sintió como el pétalo solitario de una flor que flotaba en el aire, a merced del viento. Y, cuando pensó que tocaba fondo, una energía renovada resurgió de su interior. Dejó de tener miedo, derribando todas las barreras que se había autoimpuesto. Abandonó cualquier forma de autocontrol y permitió que el torrente de lágrimas que escocía sus ojos se derramase sobre sus mejillas.

Fue entonces cuando el crujido de la planta anunció que *Nepenthes* entraba en acción.

Capítulo 29

La lluvia de tulipanes

Keira sintió cómo una sombra se abalanzaba sobre ella. Levantó la vista y se quedó con la boca abierta al observar, a contraluz del foco, cómo el tallo de planta aumentaba y se alzaba de forma fulminante hacia la oscuridad, las hojas se agitaban en distintas direcciones con un movimiento sinuoso parecido al de un reptil. En un acto reflejo se puso de pie, flexionó las rodillas, giró las caderas y proyectó ambas manos hacia arriba.

Se encontraba en un momento crucial. Inspiró hondo. Decenas de serpientes espeluznantes comenzaban a dar vueltas a su alrededor. Sabía que, de un momento a otro, la atacarían. Exhaló varias veces. Calma. Aisló su mente de todo lo que la rodeaba. El rumor de las conversaciones, el sonido del viento al penetrar entre las hojas de los árboles, el olor del miedo, todo desapareció.

No, no sería capaz de hacerlo. La primera serpiente le dio un azote rápido en la parte dorsal de la espalda. El dolor fue inesperado e intenso, pero no logró derribarla. Se giró provocando con su movimiento su primer error. La planta aprovechó que había dejado de estar en guardia y envió el primer ataque que, por muy poco, le dio de

lleno y le inmovilizó el cuello. Keira fue rápida y se apartó, por lo tanto, la planta erró en su intención de rodearle el pescuezo y le encorsetó los hombros.

Con un rápido movimiento de manos el cuerpo delgado de la muchacha se liberó, posicionándose de nuevo en situación de ataque. Cuando se sintió preparada alzó la vista y se quedó perpleja al observar decenas de lanzaderas aterrizar sobre ella.

Mente en blanco. Si puedes soñarlo, puedes hacerlo. Soy la princesa de los tulipanes, ha llegado el momento de demostrarlo al mundo. Lo hice una vez en Ottawa, sin ser consciente de que poseía ese poder, volveré a hacerlo.

Respiración. Concentración. Energía. Junta todo y agítalo, como si de un cóctel caribeño se tratase. Respira más hondo. Más lento.

Y fue entonces cuando el miedo desapareció y un inmenso poderío la dominó. Sin proponérselo adquirió el control sobre sí misma.

La matriz de *Nepenthes* pareció intuir que estaba perdiendo puntos. Lanzó al mismo instante un múltiple ataque sobre la muchacha, que observaba perpleja cómo los hombros, las manos, las piernas y el cuello se le llenaban de multitud de lenguas en movimiento que la encorsetaban limitándole el movimiento.

El grito desgarrador que salió de su pecho ahuyentó la sombra de la muerte que planeaba sobre ella. Hizo un esfuerzo sobrehumano y apartó las lanzaderas de sus manos. Acto seguido las alzó por encima de su cabeza y exclamó con voz clara y decidida un mensaje que ni sabía lo que significaba ni por qué lo decía.

—*Alariba mena soja.*

La planta quedó rígida como si las palabras que brotaron de sus labios tuvieran el poder de detener su avance. Se formó un silencio absoluto, la expectación era máxima. A la luz de los focos, los asistentes presenciaron con claridad cómo la muchacha había detenido el ataque, pero no se había liberado del encorsetamiento de la planta ni la convirtió, como se presumía, en unos cuantos tulipanes inocentes.

El murmullo grupal de los soldados era cada vez más intenso. Se preparaban para intervenir, ya que la vida de la menor estaba peligrando. Lutemberg hizo una seña, pidiendo unos segundos. Si querían acabar con los ataques asesinos de *Nepenthes* debían

arriesgarse.

Y fue entonces cuando Keira recordó la regla número tres de Leo. Necesitaba encontrar su propio dominio. Había parado el ataque de *Nepenthes,* iba en la dirección correcta, ahora faltaba imponer su autoridad y enviarle una orden clara y directa.

—¡Que tus brazos asesinos se conviertan en hermosos tulipanes!

Su grito sonó con eco, varias veces seguidas, después fue secundado por el más denso de los silencios.

—¡Ahora! —ordenó—. ¡Ahora! —repitió canalizando toda la energía que sentía bullir en sus venas hacia su objetivo.

Y, de pronto, el mirador de Los Roques se convirtió en un espectáculo nunca visto. A la luz difusa de los focos, los asistentes pudieron observar boquiabiertos cómo las garras aterradoras de la planta se elevaban hacia el cielo y desde allí se desplomaban al suelo, convertidas en una lluvia de tulipanes. Algunas se mantenían en el aire formando un baile sinuoso y atrayente, otras se estrellaban contra el suelo rocoso y otras tantas envolvían el cuerpo de Keira, que permanecía paralizado como en una especie de trance.

Aquella sinfonía floral sin igual duró menos de un minuto. Cuando los últimos pétalos cayeron sobre el suelo, la imponente *Nepenthes* comenzó a reducir su tamaño hasta tomar forma de un arbusto débil, con un tallo frágil, que fue seccionado en dos por una repentina ráfaga de viento.

Y así fue cómo la matriz de la planta quedó reducida a un puñado de ramas y hojas sin vida.

Un sonoro aplauso resonó entre las rocas y multitud de focos se encendieron para celebrar la gran victoria humana sobre *Nepenthes*. Vencida la matriz, los ataques asesinos de la planta quedarían en el olvido. Al menos por un tiempo.

Keira lo contemplaba todo con asombro. Ya era oficial, se había convertido en la princesa de los tulipanes.

Al levantarse del suelo sintió una leve presión y observó que entre los pliegues duros de su traje se había enganchado una pequeña plantita, frágil y delicada. No supo lo que era, pero le dio pena deshacerse de ella sin más, así que la recogió con cuidado y la metió en el bolillo superior del traje.

Será un recuerdo de ese grandioso día, pensó.

Fue el último momento de estar a solas consigo misma antes de dejarse arrastrar por la euforia colectiva de los allí presentes.

La primera misión de su vida había terminado con éxito. Ahora, que había concluido el trabajo, estaba eufórica. El poder y la debilidad se encontraban en el interior del ser humano. No era cuestión de que unos fuesen fuertes y otros débiles, la verdad radicaba en las ganas que le ponía cada individuo en encontrar su poder y utilizarlo en su beneficio.

Capítulo 30

Un ángel caído del cielo

A esas horas de la noche, el edificio CPS reposaba en silencio como un sepulcro. El grupo de cinco personas penetró en el vestíbulo y, desde allí, se separó cada uno tomando rumbo a su propia habitación. El profesor Lutemberg insistió en llevar a Keira a la sala de reconocimiento cromosómico para realizarle las pruebas pertinentes, pero el rostro cansado y soñoliento de la chica lo hizo desistir. Esa muchacha de tan solo quince años había sido extremadamente valiente, a pesar de toda la presión a la que fue sometida. El alemán no tenía sus genes predispuestos a la compasión, pero supo rectificar y le permitió descansar, con la advertencia de someterla a los exámenes rutinarios al día siguiente.

Una vez que se libraron de la molesta presencia de Lutemberg, Keira y Leo sintieron un inmenso alivio. Les quedaba el resto de la noche para ellos solos. Leo la condujo hasta su habitación y, tras abrir la puerta electrónica con la tarjeta lectora, entraron.

—No tuve la oportunidad de decirte lo extraordinaria que estuviste, enfrentándote tú sola a aquel monstruo de cien serpientes —la felicitó él, al tiempo que la miraba con orgullo y admiración—.

Debes de estar agotada, quítate el traje y date una buena ducha. Eso hará que la presión que sientes vaya desapareciendo de tu cuerpo. Si quieres, me quedaré contigo hasta que te hayas dormido.

De forma instintiva los dos se fijaron la cama sencilla de la habitación de Keira.

—Imagino que debajo de ese colosal aposento, encontraré un sitio para mí.

—Regla número uno de Keira —aclaró ella con un brillo de diversión en los ojos—: nunca confíes en las palabras de un chico que aparece sin más de debajo de tu cama. Porque una cosa te cuenta por la noche y otra muy distinta hace por la mañana...

—Vale, tienes razón. —Levantó él los brazos por encima de su cabeza, en señal de rendición—. Tal vez, lo de acomodarme debajo de tu cama no sea una muy buena idea. ¿Qué tal si me siento en una silla?

—No sería igual de romántico —convino ella, sonriente.

—No, no lo sería. ¿Qué hacemos, entonces? ¿Me voy?

—No quiero que te vayas. Ahora que todo ha terminado me gustaría pasar más tiempo contigo, pero me temo que nos queda muy poco. El señor Lutemberg me dijo que pasado mañana me llevará de vuelta a Canadá.

—¿Tan pronto? —La desilusión brillaba en todo su esplendor en la mirada de Leo—. Entonces, ¿solo nos queda un día?

Keira sonrió intentado mantener el tipo, pero una intensa sensación de tristeza se apoderó de ella. Trató de retener el torrente lagrimal que le inundaba los ojos, enfundando su cara en la camiseta de Leo, que olía a limpio y a flores de cedro. Él la acogió entre sus brazos y ese gesto dulce y afectuoso la hizo vaciar la tensión acumulada.

—¿Quién dijo que ser una persona con poderes especiales fuera fácil? —preguntó Leo de forma retórica mientras le acariciaba el pelo con suavidad—. Regla número cuatro: tras una intervención sobrenatural hay que permitirse el lujo de llorar y liberar las emociones.

—Tú... ¿Tú también has pasado alguna vez por esto? —quiso saber ella cuando se hubo tranquilizado un poco. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y se quedó abrazada a él, ya que

sabía que sus brazos fuertes y consoladores estarían fuera de su alcance muy pronto—. No te imagino llorando, la verdad.

—La adrenalina, la tensión, la preparación cromosómica, todo influye, y sí, los héroes también lloran. He llorado muchas veces.

Le dio un beso suave en la sien y al observar que se había serenado la animó a cambiarse. Mientras ella se deshacía del pesado traje de heroína en el cuarto de baño contiguo a la habitación, él le preparó la cama y puso agua a hervir para llenar su termo. A continuación, preparó dos tazas de chocolate caliente y se quedó esperando en la cama a que terminara.

Un tiempo después, Keira regresó con un adorable pijama de color amarillo con unos corazones rojos impresos en la tela. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y los pies descalzos. Parecía agotada.

—Ven, siéntate en la cama, me quedaré contigo hasta que te duermas —propuso, al tiempo que apartaba la sábana blanca, almidonada y la animaba a tumbarse. Ella obedeció, en parte por sentirse mimada y querida, y en parte por estar agotada—. He preparado chocolate caliente, ¿quieres un sorbo?

Keira negó con un gesto y se abrazó a su torso, obligándole a que se acomodara mejor a su lado. Él obedeció y le hizo de almohada, acariciándole la cara hasta que vio su rostro distendido.

—Sabes, Leo, nunca he conocido a nadie como tú.

—Ni yo como tú —le devolvió el cumplido en voz baja. Se encontraba poseído por un sentimiento nuevo que no había experimentado antes, como una mezcla de paz, de dicha, de felicidad.

Cuando su respiración pausada le confirmó que se había dormido; se levantó con suavidad, le acomodó la cabeza sobre la almohada, la tapó con la sábana hasta la altura de los hombros y, por último, le rozó la sien con los labios.

Permaneció un rato de pie, mirándola cómo dormía, un ángel caído del cielo que muy pronto desaparecería de su vida para siempre.

Capítulo 31

La despedida

Al día siguiente, en cuanto Keira pasó los exámenes cromosómicos, se encontró con Leo en el jardín que bordeaba la parte trasera del edificio. Desde allí tomaron el camino que los llevaba a la playa, puesto que Leo deseaba mostrarle su lugar secreto, desde donde él y sus amigos realizaban unos increíbles saltos al océano.

—¿Llevas el bañador? —se interesó, ya que el holgado vestido veraniego de ella no daba ninguna pista en ese sentido—. No puedes marcharte de La Gomera sin experimentar un salto desde el acantilado.

—Llevo el bañador —le aseguró, sonriente. Se colocó sobre los ojos unas gafas con cristales morados y se arregló el sombrero de paja que la protegía del sol. Dos largas coletas de un incierto color rubio anaranjado se extendían sobre sus pechos, balanceándose sobre sus costados de un modo encantador.

—Tienes pinta de extranjera —comentó Leo cogiéndola de la mano, emocionado.

—Será, tal vez, ¿porque soy extranjera? —rio ella, tratando de mantener el ritmo a su lado.

—Regla número cinco —bromeó Leo con los cinco dedos de su mano izquierda en alto—: nunca te enamores de una chica extranjera. Porque algún día se irá y te dejará el corazón partido.

La regla número cinco sorprendió al propio Leo más que a ella. Se detuvo en medio del camino como si esa frase le hubiera paralizado las terminaciones vitales de su cuerpo. Keira trató de decir alguna tontería para restar importancia al hecho de que se le había declarado, pero nada relevante acudía a su cerebro. De pronto, Leo le encastró la cara entre sus manos, mirándola directamente a los ojos. Su actitud la confundió, ya que era superior a sus fuerzas razonar con aquellos impresionantes ojos observarla tan de cerca. La iba a besar. Y ella deseaba que lo hiciera.

Tal y como había supuesto, la cabeza de Leo se giró buscando encontrar sus labios. Sus bocas se unieron, primero con lentitud y con algo de torpeza, pero conforme el beso avanzaba la pasión se encendió en sus respectivos pechos. Se dejaron llevar acercando sus cuerpos y fundiéndose en un ardiente abrazo. A Keira le parecía increíble que estuviera disfrutando de las sensaciones que le proporcionaba aquel beso suave y dulce, en compañía de un chico tan increíble como él.

Por un momento, el dibujo de la palma de su madre se perfiló ante sus ojos y no pudo no preguntarse si estaría preparada para dar los primeros pasos en el maravilloso universo que era el amor. Estaba allí, en lo alto del acantilado, con todo un océano a sus pies y abrazada a un chico que, con su simple cercanía, le hacía vibrar el corazón. Se sentía demasiado feliz para creer que aquello duraría. Quizás los intensos sentimientos que experimentaban no eran más que una simple cortina de humo que se desvanecería al marcharse.

Él pareció notar sus dudas y puso fin al beso, pero sin dejar de mirarla. Aquellos increíbles ojos azules, tapados casi siempre por un mechón de pelo liso y oscuro, claros, hipnóticos..., que se clavaban en ella tan hondo como el afilado filo de un cuchillo.

—La regla número cinco me la acabo de inventar; si no te sientes cómoda con ella, entonces queda retirada. —Leo le acarició la mejilla y le guiñó el ojo, sonriente.

Ella asintió, experimentando una mezcla a medio camino entre alivio y decepción. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Estaba acostumbrada a los cambios de parecer de Leo, al que no acababa de

entender, por mucho que se esforzaba. Su madre le había hablado del amor, le había dicho que era algo extremadamente valioso y raro de encontrar. ¿Cómo pretender dar con él a la primera? Leo era su primera experiencia en ese terreno y así se lo iba a tomar, como una experiencia que la ayudaría en el futuro a comprender mejor a los hombres.

Reanudaron el camino y llegaron al punto más alto de aquella superficie rocosa, donde colocaron las toallas y se quitaron la ropa. En un primer momento sintió reparo en mostrarse ante él en bañador, los apodos de «palillo de los chinos» y «flaca sin tetas» acudieron a su mente para restarle confianza en sí misma, pero se fue relajando, ya que no encontró en la mirada de Leo reproche alguno a su aspecto. La tomó con naturalidad de la mano y la condujo hasta el borde rocoso desde donde se suponía que saltarían.

—Ni en mis sueños me atrevería a saltar desde aquí —declaró ella, echándose para atrás en cuanto vio abrirse antes sus pies un gran abismo que terminaba en las agitadas aguas de Atlántico.

—Por favor, merece la pena hacerlo.

—¡No! —se negó con contundencia—. No soy tan valiente como tú crees, es más, no soy nada valiente. Si tú supieras...

—Eres la chica más extraordinaria que puede existir. Has acabado con las garras de *Nepenthes*... ¿Qué son cinco metros de nada? Confía en mí, la experiencia es alucinante. No quiero que te marches de La Gomera sin probarla.

—¡¿Cinco metros?! ¡Es un suicidio! No, ni lo sueñes —Retrocedió otro paso.

Leo se acercó despacio y le quitó las gafas de sol para conectar mejor con ella. Se había dado cuenta de que, en cuanto la miraba, terminaba por ceder. Le acogió las manos entre las suyas acortando la distancia entre ambos.

—Creo que eres una chica valiente, pero, por alguna razón que desconozco, dudas de tus capacidades, tienes muy poca fe en ti misma. ¿Por qué?

—Por... porque me han hecho daño... en mi instituto. —De pronto su rostro se ensombreció. «Soy la pringada de mi cole», reflexionó para sus adentros, aunque eso no pensaba reconocerlo en voz alta. Volvería en breve a su estatus de siempre, por ahora debía disfrutar de

las pocas horas de felicidad que le quedaban en compañía de un chico atractivo, bueno y generoso, que creía en ella y en sus cualidades. No había necesidad de que supiera cuánta razón había tenido al llamarla *little thing*—. Si no te importa, no quiero hablar de eso.

—¿Quién se mete contigo? —El tono de voz de Leo era pausado pero serio, se notaba que aquella posibilidad le provocaba enfado.

—Karl y los «populares». Molestan a mis dos mejores amigos y a mí con bastante frecuencia. Somos un blanco fácil —sonrió con amargura—. Yo soy la flaca, mi amiga Megan es la empollona de gafas y Lukas, el gordito. He intentado rebelarme..., aunque... no he conseguido cambiar nada, la verdad. Supongo que es algo con lo que tendré que convivir hasta terminar el instituto. Pero no importa, ya estoy acostumbrada.

—¡De eso nada! Algún día Karl y los «populares» recibirán su merecido. Te lo prometo —le aseguró él, apretando las mandíbulas.

Ella esbozó una sonrisa cargada de tristeza, dando a entender que esa posibilidad le parecía muy remota.

—Ahora, escúchame —Leo le encajó la cara entre sus manos hasta obtener su completa atención—: no quiero volver a ver en tus ojos resignación o miedo. Vas a probar el salto al agua y lo vas a hacer conmigo. Nos tiraremos abrazados. Te juro que no te soltaré. Será la experiencia más alucinante de nuestras vidas. Confía en mí.

La palabra *confianza*, como la *mentira*, tiene muchas ramificaciones. En el día a día nos encontramos con situaciones que requieren confianza mutua; otras, confianza ciega y, en otras tantas, las personas acaban con la confianza traicionada... En ese instante Keira eligió tener confianza ciega en el hombre que le hacía creer que todo era posible.

Te juro que no te soltaré. ¿Qué chica no soñaría escuchar estas palabras alguna vez en su vida?

Al ver aceptación en su mirada Leo se sintió colmado de felicidad. Aquello representaba una prueba, un paso más en la fina línea que los había unido desde que se conocieron.

—Contaré hasta tres y nos dejaremos caer. Haremos un salto hacia la libertad. Aunque no lo creas en mi vida también hay imposiciones. Desde que llegaste me cuestiono muchas cosas... El hecho de estar aquí encerrado, de no tener una vida normal, de que otros decidan la

senda de mi existencia...

Ella lo miró con sorpresa.

—Pero tú eres tan autosuficiente. Eres el dueño de tu propio destino.

—Eso creía yo también. Pero ya no estoy tan seguro.

—Entonces, ¡vamos a saltar! —se envalentonó Keira, convencida de que a su lado todo era posible.

Ante su arrebato, Leo se echó a reír y asintió.

—Es importante sincronizarnos bien, ¿vale?

Se acercaron al filo de la roca y tras abrazarse fuertemente contaron hasta tres y se lanzaron al vacío. Fue un vuelo rápido, fulminante y cargado de impresión. Keira vio pasar por delante de sus ojos una combinación de colores que la dejaron mareada de pura emoción. El color dorado cargado de brillo de los rayos de sol, el azul infinito del océano, la inmensidad del cielo, el verde de las arboledas que cubrían las montañas. El aire penetró con rapidez en sus pulmones, la garganta la tenía seca y los ojos anhelantes. El cuerpo de Leo pegado al suyo se asemejaba a un gran escudo guerrero que la tenía protegida, haciéndola sentirse invencible. Aterrizaron en el agua y la sensación que la recorrió de arriba abajo fue alucinante. Descendieron unos metros, deslumbrados por los rayos del sol que penetraban a través de las olas formando arterias luminosas aquí y allá. Había peces, pequeñas plantas que flotaban y un inmenso universo marino a su alrededor. Tocaron el fondo, tan fino y suave como el terciopelo y después comenzaron a ascender.

—¿Te ha gustado? —le preguntó él cuando volvieron a la superficie. La agarró por una mano dándole la oportunidad de acercarse de nuevo a su cuerpo, acogiéndola entre sus brazos.

—¡Ha sido impresionante! —exclamó ella, con el corazón rebosante de excitación y felicidad. No fue necesario explicar con palabras lo que había sentido, ya que sus ojos chispeantes, su rostro sonrojado y los latidos acelerados de su corazón hablaron por ella. Todas esas sensaciones juntas, el calor del sol, la velocidad de la caída, la brisa en su pelo, el frescor del agua, los brazos acogedores de Leo invitaban a pensar que acababa de pasar, sin duda, por la experiencia más asombrosa de su vida.

—¿Ves? ¡Y te lo ibas a perder! —la regañó dulcemente, encantado

de que su propuesta hubiera tenido éxito—. ¿Sabes nadar? —le preguntó, mientras dudaba de si soltarla en el agua o continuar con ella, agarrada a su torso.

—Sé nadar —Keira liberó su cuello, sintiendo que de algún modo estaba invadiendo todo su espacio. Cabía la posibilidad de que él solo fuera un tipo atento y ella interpretase sus intenciones de un modo erróneo. No era la primera vez que entre los actos de Leo y sus palabras había incógnitas. Tanteó con los pies y, al notar tierra firme debajo de ellos, se relajó. Acarició con los dedos la superficie ondulada del agua y añadió—: Aunque el agua me da mucho respeto.

—¿Qué piensas de mí? —La pregunta de Leo la tomó desprevenida.

—¿Qué eres muy directo? —tanteó rehuir de la responsabilidad que se le venía encima. El buen humor de segundos atrás parecía haberse esfumado en el horizonte y se encontró con un Leo serio y franco que había decidido, de repente y de la nada, someterla a un interrogatorio en toda regla.

—Aparte de eso —insistió él, acercándose un paso. Ahora el que invadía su espacio era él. Y eso, en general, le encantaba, pero en ese instante hubiera preferido algo de distancia.

—¿La verdad? —Leo asintió dando medio paso más. Estaban tan cerca que sus cuerpos casi se tocaban—. Que conste que no soy ninguna eminencia en perfiles humanos y no tengo experiencia de nada... con las personas.

—Uff..., tantas justificaciones me hacen pensar lo peor. —Sonrió de un modo seductor y se acercó aún más a ella. Lo tenía casi encima. Ya no se acordaba ni de lo que le había preguntado. Ah, bueno, sí. ¿Qué opinaba de él? Sus ojos le cortaban la respiración, casi siempre, pero eso no pensaba decírselo.

—Creo que eres un chico desconcertante —las palabras comenzaron a brotar de su interior como un torrente. Iba a ser sincera y sin filtros—. Que dices una cosa y luego haces otra totalmente distinta. Estás cerca en los momentos malos, pero desapareces en los fáciles, cosa que es extraña, porque, por lo general, la gente hace justo lo contrario, se arrima a las personas cuando lo pasan bien y desaparecen cuando hay problemas... Así que en resumen eres alguien... un tanto especial y diferente.

—¿Qué más?

—Qué luchas por ganarte la confianza de la gente y luego la destrozas con mucha facilidad.

—¿Y eso es todo? —La rodeó con los brazos y le agrupó el pelo que se había soltado de las trenzas en un mechón, al que enrolló en sus dedos, acercándola a su boca, pero sin llegar a tocarla. Keira sintió un escalofrío recorriéndola de arriba abajo y la mente nublarse.

—Y que tus ojos tienen algún poder sobrenatural —reconoció con timidez. Los labios de Leo se posaron sobre los suyos, húmedos, fríos, exigentes y dulces. Ella juntó los párpados dispuesta a disfrutar de la maravillosa sensación que sentía cuando sus bocas se acariciaban como lo estaban haciendo en ese momento. Sintió decepción al advertir que él detenía el beso alejándose unos pasos y poniendo distancia entre ambos.

—Han faltado unos cuantos calificativos que esperaba recibir, la verdad —apuntó en tono divertido.

—¿Cómo cuáles? —entró Keira en su juego de buena gana.

—Olvidaste hacer referencia a mi atractivo, al hecho de que beso bien, y a mi poder de convicción. Te recuerdo que hace tan solo unos minutos saltaste desde una altura de cinco metros cuando pensabas que no lo harías ni en tus sueños.

Keira puso los ojos en blanco y le salpicó la cara con una buena cantidad de agua. Leo desapareció de su campo visual al sumergirse e instantes después regresó a la superficie.

—Ahora me toca a mí... hacerte un retrato —dijo, tras secarse la cara con las manos y de apartarse el pelo empapado de la frente—. En primer lugar..., creo que eres muy guapa.

—No, no lo soy —sacudió ella de inmediato la cabeza.

—Me encanta tu forma de vestir, los cordones fosforitos que llevabas el primer día que te conocí son lo más.

Keira se tapó la cara con las manos, riendo.

—Tu presencia me confunde —siguió él, y en esta ocasión no había ni rastro de diversión en su voz. Keira, al advertir el cambio de rumbo de sus confesiones, lo escuchó atenta—. Cuando estás cerca siento cosas dentro de mí que nunca he sentido antes. No pienso con claridad. Por eso has detectado diferencias entre lo que digo y lo que hago. Lamento si te hice daño de algún modo. No fue intencionado.

—Lo sé, un chico tan protector como tú nunca podría hacer daño con intención.

Otro abrazo, otro beso y después risas. Y más confidencias. La tarde pasó en un suspiro y toda la exaltación y felicidad comenzó a dar paso a la aflicción. Aquello tenía la fecha de caducidad fijada para ese mismo día. Y los dos lo sabían. Con pesar abandonaron el agua y regresaron al acantilado.

A punto de marcharse, Leo le pidió el cordón fosforito que ataba una de sus zapatillas. Ella accedió, intrigada.

El joven rompió el cordón con los dientes en dos partes iguales, una la conservó y otra se la entregó a ella. Se colocó la suya alrededor de su muñeca como si fuera una pulsera y la animó a seguir su ejemplo.

—Será nuestro talismán. Mientras lo llevemos puesto, seremos invencibles.

A ella el gesto le pareció precioso y tuvo que esforzarse para disimular el revoltijo de emociones que se agitaba en su interior.

Reanudaron la marcha en silencio. El sol estaba en el ocaso y la luz había perdido intensidad. Con cada paso que daban se acercaban al momento del adiós.

—Keira, quiero que nos despidamos aquí —propuso él en cuanto accedieron al jardín trasero del edificio—. Mañana cuando te vayas, yo no estaré presente. No me gustan las despedidas y más estando rodeados de gente. Prefiero hacerlo ahora, en privado.

—Vale —accedió manteniendo el tipo aun cuando sentía toneladas de lágrimas acechando los contornos de sus ojos. Apretó las mandíbulas todo lo fuerte que pudo, conteniendo la respiración para no venirse abajo. Esa repentina despedida le sentó como una puñalada en pleno corazón. No había pasado ni media hora desde que Leo se colocó su cordón en la muñeca a modo de talismán y ahora parecía deseoso de librarse de ella. Estaba devastada, pero no pensaba permitir que él lo supiera, así que disimuló esbozando una sonrisa amistosa—. Gracias, por lo que hiciste por mí. Ya sabes, sin ti no hubiera sido capaz...

—¡No! —se apresuró a contradecirla—. Yo te he enredado más que ayudado. Todo lo que has conseguido ha sido por ti misma. Ha sido un placer pasar el tiempo contigo. Algún día volveremos a

vernos. Te lo prometo.

Aquella promesa fue como un rayo de esperanza que iluminó la negrura que oprimía su corazón.

—Volveremos a vernos —dijo, intentado mostrarse animada. Leo apoyó su frente en la de ella un instante, como si necesitara recuperar fuerzas. Le costaba dejarla, le costaba respirar, de hecho, apenas era capaz de mirarla a los ojos mientras pronunciaba las últimas palabras de despedida antes de alejarse.

Keira se quedó parada en el mismo lugar con la mirada puesta en la figura atlética, familiar, que se alejaba sin voltear la cabeza ni una sola vez.

Capítulo 32

El mensaje de Casanova

—Ha sido un placer conocerte —declaró el señor Lenoir, emocionado al tiempo que le daba un abrazo paternal. Keira se encontraba junto al profesor Lutemberg en el patio del edificio esperando el taxi que los llevaría al aeropuerto—. Vuelve cuando quieras, aún te queda mucho por conocer de La Gomera.

—Lo haré, gracias. Me ha encantado estar aquí —declaró agradecida por todo el cariño recibido.

—Hey, Keira, tengo un regalo para ti.

Consta apareció de la nada, con Didac pisándole los talones. El corazón de Keira comenzó a latir muy deprisa porque esperaba ver también a Leo. Se habían despedido en la tarde anterior, y ella se autoconvenció de que no le importaba que no estuviera allí en el momento de su partida, pero, por la forma de mirar en todas partes y sobresaltar ante cada puerta que se abría, se dio cuenta de que se mentía a sí misma. Se moría de ganas por darle un último abrazo, leer algún mensaje de esperanza en sus ojos, que le permitiese llevar con ella una pizca de ilusión, por muy pequeña que fuera.

Consta se acercó y le entregó una caracola enorme del tamaño de

una manzana, de un precioso color blanco perla. Ella la aceptó con una gran sonrisa, convencida de que ese regalo la ayudaría en sus horas bajas, cuando los recuerdos de lo vivido en La Gomera la asaltaran.

—Si la pegas al oído, escucharás el sonido del mar. Espero que te guste. ¡Buen viaje! —le deseó cariñoso al tiempo que le daba un abrazo espontáneo.

La joven sintió un nudo en la garganta cuando se despidió de Didac. Él la estrechó entre sus brazos al tiempo que le decía en voz baja al oído:

—Mi regalo para ti es un mensaje.

¿Un mensaje? Su corazón dio un vuelco brusco. Con seguridad, Leo...

—Sé que tu madre ha fallecido... y he tratado de contactar con ella.

La cara de Keira se paralizó. Los ojos se le llenaron de lágrimas y las rodillas le temblaron, y, de no haber sido por los brazos de Didac que todavía la sujetaban, hubiera desfallecido.

—¿Mi... ma... dre? —la voz se le quebró y no fue capaz de articular otras palabras.

—No suelo hacer estas cosas fuera de las misiones..., pero he pensado que te haría ilusión. —Una sonrisa cargada de satisfacción apareció en su rostro juvenil.

—¿Y ha... ha dicho algo?

—¡Ajá! —Didac se rascó la mejilla en actitud reflexiva—: Que mates algo que por ahora es muy pequeño y que pertenece a La Gomera.

Keira parpadeó confundida. Ese no era para nada el mensaje que creía que recibiría.

—¿Que mate el qué, exactamente?

Didac sacudió los hombros.

—Ni idea, yo solo transmito lo que escucho; las interpretaciones..., ya sabes, no son cosa mía.

—Entiendo... —musitó aun cuando no entendía nada—. ¿Ha dicho algo más?

—Algo como que posees mucha fuerza. Y creo que ha dicho la palabra *love*. Al final, pero se escuchó muy flojito y no puedo estar

seguro.

Keira se quedó atónita contemplando el rostro inocente de Didac. Aquel muchacho jovial y sonriente no era para nada consciente del alcance de su poderío. Para él parecía un simple juego enviar un mensaje del más allá. Su juventud unida a la despreocupación propia de su edad le impedían darse cuenta de la importancia de su poder.

—Muchas gracias, Didac. ¡Es el regalo más bonito que me han hecho nunca! —exclamó, emocionada. Lo apretó con tanta fuerza contra ella que el chico la tuvo que contener, algo intimidado ante su efusión.

—¿Te puedo contar un secreto? —le preguntó una vez liberado de su encorsetamiento.

—Claro —accedió, al tiempo que se limpiaba las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Si Leo no te hubiera besado, lo hubiera hecho yo —declaró sonriente—. Solo tengo quince años, pero he besado a otras chicas.

—¿Será posible? —Keira se echó a reír y le plantó un efusivo beso en las mejillas—. Adiós, *Casanova*.

Didac se llevó dos dedos a la frente simulando un saludo militar.

El chirrido de unas ruedas le indicó que el taxi acababa de llegar. Lanzó una última mirada hacia los pisos superiores del edificio, pero los cristales tintados no permitían entrever nada en su interior.

—Keira, ha llegado la hora de irnos —anunció el profesor Lutemberg al advertir que el conductor del taxi había bajado del vehículo. Se despidió de su colega Lenoir y chocó la mano con los dos adolescentes, a los que despidió con una de sus palabras favoritas en español:

—Adiós, *chicas*.

Keira echó una última mirada al edificio, le costaba todavía creer que aquello era el final. No obstante, la puerta de entrada seguía sin abrirse y Leo sin aparecer. Su madre le «había transmitido» que debía matar algo que pertenecía a La Gomera y que por ahora era muy pequeño. ¿Se refería a su amor por Leo?

No encontró más motivos para retrasar su partida, así que recogió su maleta de un alegre color morado y la llevó hasta el coche. El conductor la colocó en el maletero junto a la bolsa de viaje del alemán y los invitó a montarse en el vehículo.

Ensimismada, comenzó a reflexionar acerca del comportamiento de Leo. ¿Por qué había tenido que ser tan jodidamente bueno, atento, protector, amable y cercano con ella para acabar tratándola con esa dosis de indiferencia y frialdad? ¿Por qué le había dicho que se había enamorado de ella para luego dejar toda esperanza de futuro en el aire?

En definitiva, se alejaba de aquel mundo lleno de poderes especiales, cromosomas y científicos sin comprender nada en absoluto.

El taxi arrancó y comenzó a deslizarse con lentitud por la acera ancha que discurría en paralelo a la zona trasera del centro. Desde su asiento, no despegó la mirada en ningún momento de la fachada acristalada del edificio hasta que el vehículo se incorporó a la carretera y lo perdió de vista.

Mientras las calles de la ciudad se sucedían ante ella, Keira se colocó las gafas de sol para que nadie pudiera divisar el torrente lagrimal que inundaba sus ojos.

Lo único que detuvo un poco su aflicción fue el cordón fosforito que parecía recordarle los buenos momentos vividos a su lado.

«Será nuestro talismán. Mientras lo llevemos puesto, seremos invencibles».

Capítulo 33

«Rey Misterio»

Aquel miércoles de finales de octubre amaneció como otro día cualquiera. Nada hacía presagiar que sería un día diferente. Keira se levantó de la cama en cuanto la alarma del despertador dio las siete de la mañana. Se puso sus vaqueros favoritos de talle alto y tela desgastada, una sudadera básica, de cuello redondo y mangas largas, y por último calzó sus cómodas Converse. Acudió al cuarto de baño, se peinó y recogió el cabello en una cola de caballo y, por último, se lavó la cara con abundante agua, convencida de que no había nada mejor en el mundo para despertar los sentidos que un chorro de agua fría.

Antes de recoger su mochila, se acercó a la simpática planta que había recogido en la noche que venció a *Nepenthes* en La Gomera. Recordó lo extrañada que había quedado al llegar a casa y encontrarla todavía con vida. Había salido corriendo para comprar una maceta y un saco de tierra con abono, después con la ayuda de su amiga Megan la plantó, la regó con mimo y en cuanto estuvo segura de que saldría adelante la bautizó con el nombre de «Gomera».

Cogió el vaso de agua que había en su mesita de noche y salpicó un poco las hojas de Gomera que lucían un saludable color verde,

comenzando a tomar forma de lanzaderas.

—Buenos días, preciosa. Te ves muy alegre hoy —la saludó Keira de buen humor.

La planta no le contestó, pero un ligero temblor en uno de sus lóbulos dejó a su ama más que feliz, ya que, en ausencia de un padre que se marchaba a trabajar al alba y regresaba al ocaso, era la única «personita» con quien podía conversar.

A continuación, la joven acudió a la cocina y se calentó un vaso de leche, que mezcló con una generosa cuchara de cacao. Dio cuenta del desayuno, ya que el autobús escolar estaba a punto de llegar.

Mientras se dirigía al colegio, sentada como siempre sola en su butaca, cogió el móvil y pulsó el icono de su red social favorita. Una vez cargada la aplicación de Instagram, comenzó su rutina de todos los días, entrando en la cuenta de Leo.

Mientras contemplaba la última foto que había subido un par de días atrás, donde aparecía posando a bordo de un avión con un tablero en sus manos, donde ponía la cifra 18, pensaba en lo mucho que había influido en ella. Lo echaba de menos. Habían pasado dos largos meses desde que se había marchado de La Gomera y, aun cuando tenía su número de teléfono, nunca se atrevió a llamarlo. Tampoco lo había hecho él, y no por no poder contactarla, ya que el día que estuvieron en la playa habían intercambiado los teléfonos. No la llamaba porque no le apetecía hablar con ella. Porque no la echaba de menos. Porque era la *little thing* de siempre. Había sido una ilusa al creer que lejos de casa las cosas serían diferentes.

Aumentó la foto y se quedó prendada ante el azul hipnótico de sus ojos, que parecían hablarle desde la distancia.

¿Será que todavía…? No, para de hacerte daño.

Aumentó sus manos en búsqueda de una señal que la hiciera mantener la esperanza intacta. Las mangas largas de su camiseta le impidieron ver si conservaba todavía el cordón fosforito. Lo más seguro era que no.

Apagó el móvil, entristecida, ya que ver a Leo no le hacía ningún bien, sino todo lo contrario. Cada vez que husmeaba en sus redes sociales se prometía a sí misma que sería la última. Tenía que olvidarlo, dejar de seguir soñando con algo que no podría ser. Con la mirada perdida a través del ventanal del autobús, se dejó arrastrar por

un torrente de recuerdos. En vez de desvanecerse con el paso del tiempo, se volvían más nítidos cada día. Rememoraba cada gesto, cada palabra, cada detalle de cada momento que habían compartido.

Cuando se dejaba enredar por el pasado le entraban ganas de abofetearse. Se consideraba una muchacha racional, demasiado consciente y demasiado joven para creer que lo había sucedido en La Gomera fuera algo trascendental o mágico.

El autobús paró en la entrada del colegio y Keira bajó, tratando de alejar de su mente aquello que tanto daño le hacía. Buscó con la mirada a su amiga Megan y cuando la localizó se acercó a ella. Los estudiantes del instituto no conocían su condición de chica con poderes especiales. La operación se había hecho en verano, cuando estaba de vacaciones y nadie, aparte de su amiga íntima y Lukas, se había enterado de lo que allí había acontecido.

Al principio estuvo tentada de alardear de lo ocurrido en La Gomera y de haber conocido a otros jóvenes con poderes más asombrosos que los suyos, pero se contuvo. Si alguna vez se llegaba a ganar el respeto de los populares, lo haría por sus propios méritos, no por los poderes que ostentaba.

Karl y compañía seguían metiéndose con ella y con el resto de los «estudiantes débiles», que eran la gran mayoría, pero parecía que con algo menos de frecuencia. La situación no era la más deseada, aunque sí más llevadera y soportable.

***

Al acabar las clases los estudiantes se juntaron en el patio a la espera de la apertura de la cafetería, donde se juntaban para comer. Y allí, en medio de aquel espacio abierto atestado de estudiantes, una silueta familiar llamó su atención.

Se dirigió hacia él con el corazón enloquecido. Le costaba respirar y se sentía tan agitada como el día que se enfrentó a *Nepenthes*. Cada paso que daba provocaba estragos en su interior. Leo advirtió su presencia y se giró hacia ella, dándole la bienvenida con una luminosa sonrisa. Estaba tranquilo y sosegado, como si se hubieran visto la

tarde anterior. Alargó las manos y la recibió con un abrazo efusivo. Keira se apretó a su torso y escondió la cara en su chaqueta de cuero para no estallar en llanto allí mismo. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Volátil, cambiante y distinto? Un día desprendía fuego y calor, como en ese instante, y otro se convertía en hielo, silencio e indiferencia.

—Hola, preciosa, ¡te he echado de menos! —exclamó Leo efusivo, apretándola contra su pecho con afecto. A continuación, se separó de ella para mirarla a la cara. Parecía contento de verla. Keira trató de disimular los reproches silenciosos que bullían en su interior, pero sin conseguirlo del todo. Leo leyó entre líneas y apartándose la manga de su chaqueta le enseñó la pulsera fosforita, un tanto desgastada, bien sujeta a su muñeca izquierda. Era su modo de decir: «Mi parte de trato se ha cumplido».

—Hola, Leo... ¡Qué sorpresa! —Keira remangó su propia sudadera, mostrándole su talismán. La cara de él se iluminó como si esa prueba fuese lo único que necesitaba para ser feliz.

De pronto, unas caras familiares llamaron su atención. Keira se sintió poseída por una felicidad sincera al encontrarse con los rostros sonrientes de Didac y Consta.

—Me encanta tu cole, hay mogollón de chicas guapas —declaró Didac, alias Casanova, mientras le daba un abrazo efusivo—. Besaré a alguna, fijo, antes de marcharme.

—Serás ligón —le regañó Consta, cuando llegó su turno para saludarla.

A continuación, Keira llamó a Megan y a Lukas e hizo las presentaciones pertinentes. Después entraron todos en la cafetería para almorzar.

—Contádmelo todo, con lujo de detalles. ¿Qué hacéis aquí? ¿Con quién habéis venido? —los acribilló a preguntas mientras daban cuenta del estofado de ternera con champiñones que se servía ese día como plato principal.

—Hemos venido con Leo —aclaró Consta, señalando a su amigo —. Acaba de cumplir los dieciocho, ya es mayor de edad, puede hacer lo que quiera, incluso actuar como adulto para nosotros. ¿A qué es flipante?

—¡Felicidades! —Keira le dio la enhorabuena un poco cohibida ante su ascensión en la escala social. Aunque ella casi tenía dieciséis y

seguían separándolos los mismos años de antes, al saber que ahora él era mayor de edad hizo que se sintiera inferior y algo intimidada. Leo tenía edad para viajar, comprarse un coche, montar solo en un avión... y ella todavía se asustaba cuando Karl pasaba por su lado y no tenía un buen día. Si su relación no tuvo futuro en el pasado cuando los dos eran menores, ¿cómo pretenderlo ahora? Aclarado ese punto quedaba una incógnita por resolver: ¿por qué había venido?

Mientras se fue a por el postre, Leo la siguió y le desveló el misterio de su inesperada visita.

—Se me quedó clavado en la memoria que un chico de tu instituto te estaba molestando. Me gustaría darle una lección.

La mano de Keira se tensó aplastando sin querer el trozo de tarta de zanahoria cubierta de chocolate que había cortado. Dejó el cuchillo sobre la mesa de los postres, ya que la revelación de Leo le hizo perder las ganas de comer.

Así que lo que le había empujado a venir... fue la necesidad de protegerla. Era consciente de que debería sentir alegría; al fin y al cabo, si él se preocupaba por sus problemas, era buena señal..., pero también decepción, porque no compartía sus mismas ilusiones románticas.

—Tengo un plan buenísimo —anunció Leo, desbordando energía —. ¿Cuándo podría actuar? Me refiero a que no haya profesores ni monitores por el medio.

—A las cuatro de la tarde sería un buen momento. Entre la llegada y la salida de los autobuses, hay un tiempo muerto de unos quince minutos, más o menos.

—¡Perfecto! —convino ansioso—. Quince minutos son más de los que necesito para poner en su sitio a esos populares. —Acto seguido abrió la pantalla de su móvil, desde donde una foto de Keira, que ella no recordaba haberla visto, sonreía despreocupada.

Se quedó conmocionada mirándose a sí misma en la pantalla y sin comprender nada en absoluto.

—Te la saqué el día que te marchaste —le aclaró al advertir la trayectoria de su mirada. Ese día... lo pasé bastante mal. No pude despegarme de la ventana de mi cuarto hasta que perdí el taxi de vista, y antes de que eso pasara disparé algunas fotos.

—¿Por... por qué? —preguntó con un hilo de voz, recordando lo

mucho que había deseado verle ese día.

—Porque eres la chica que amo —respondió resuelto, como si aquello fuese lo más obvio del mundo.

Los ojos de Keira comenzaron a arder. Leo estaba jugando con ella y con sus sentimientos.

—¡Basta ya, Leo! —le recriminó dolida—. Vete de aquí, no me confundas más. ¿Que lo pasaste mal ese día? Pues mira qué fácil lo tenías, solo debías bajar dos puñeteros pisos y tu angustia hubiera terminado. —Chocó las palmas de sus manos simulando un gesto de enfado—. Recuerdo mi partida como si fuera ayer; cada vez que la maldita puerta del edificio se abría, mi corazón se agitaba en mi pecho. Y eso no es todo. Esperé dos largos meses un mensaje tuyo, algo que me diera esperanza. Y no he recibido nada. Así que no te atrevas a presentarte aquí alardeando de lo importante que soy para ti porque no me lo creo.

Leo palideció, como si no esperara para nada sus reproches. Guardó el móvil en el bolsillo de su chaqueta abstraído.

—Ya nos habíamos despedido la tarde anterior; si no aparecí cuando te fuiste, fue porque no quería alargar... ni tu sufrimiento ni el mío. ¿Hubiera cambiado en algo nuestra situación si hubiera bajado aquel día?

—Puede que no —reconoció, dolida—. La situación hubiera sido la misma, lo que hubiera cambiado, desde luego, hubiera sido mi autoestima. Me fui creyendo que para ti era la... *little thing* de turno. Que no hubo nada entre nosotros, más allá de un simple juego.

—Pues no fue para nada así. Además, ¿por qué siempre piensas lo peor de mí?

Ella arqueó una ceja y sus ojos encendidos hablaron por ella, enviándole un mensaje en mayúsculas del tipo: ¿Por qué será?

Leo apartó los ojos de ella un instante y los clavó en el suelo, en actitud reflexiva. Tras unos segundos de silencio, su voz sonó derrotada, triste y cargada de culpa.

—No te llamé porque pensaba que necesitabas tiempo para procesar tus experiencias, los poderes, nuestro amor...

—¡¿Nuestro amor?! —Su cara perpleja se volvió roja como un tomate maduro en un abrir y cerrar de ojos—. ¡¿Nuestro amor?! —repitió incrédula—. Llévate tu amor y márchate por dónde has venido,

yo no quiero saber nada de ti ni de tus malditos cambios de humor. Eres cruel, más incluso que «los populares» de mi instituto. Ellos me lastiman, pero al menos van de frente, con sinceridad. Son así y punto. Tú, en cambio, vas provocando cortes letales, dolorosos, que tratas de ocultar poniendo cara de niño bueno que nunca ha roto un plato en su vida.

Leo abrió la boca para defenderse, pero no llegó a decir ni una sola palabra, puesto que ella se dio la vuelta y se alejó furiosa. En un exceso de ira rompió el cordón fosforito que llevaba a modo de pulsera y lo tiró. Sin embargo, tras dar unos pasos se arrepintió. Regresó y recogió el cordón roto del suelo. Buscó con la mirada a Leo, pero ya no pudo localizarlo.

Se ha marchado. Pues mucho mejor.

Con los nervios tensados al máximo, entró en la zona de los servicios para lavarse la cara y serenarse. De regreso al patio, una agrupación humana llamó su atención. Sus ojos se abrieron como platos al observar, en medio de un círculo de estudiantes, al gran luchador de lucha libre Rey Misterio, con su altura imponente de casi dos metros, su torso desnudo, cincelado en multitud de músculos bien perfilados y sus pectorales duros como el acero. Unos pantalones negros de cuero envolvían sus piernas largas y esbeltas, y unos zapatos de montaña con cuñas de metal completaban su vestimenta. Sonreía con malicia al tiempo que se sujetaba el pelo, negro como una noche sin luna, en un moño alto. Dio unas cuantas vueltas en círculo, analizando de cerca a los estudiantes más valientes que no lo perdían de vista, desde la primera fila. De pronto, sus brazos recios, rodeados por decenas de correas de cuero rematadas con pinzas de acero apuntaron al cielo con soberbia, gesto que arrancó un murmullo generalizado de admiración entre los allí presentes.

¿Qué hacía Rey Misterio en el patio del instituto?

—¿Quién es Karl? —ladró enfadado a modo de saludo.

El aludido dio un paso al frente mirando al resto con superioridad. Era su modo de pavonearse ante ellos: «Hey, ¡este gigante sabe mi nombre!».

Rey Misterio lo localizó y lo señaló con la mano para que se apresurara. Su cara de pocos amigos hizo que se formase un silencio sepulcral a su alrededor.

Karl avanzaba, aunque su confianza comenzaba a diluirse en su rostro. Rey Misterio sabía su nombre, pero no parecía demasiado contento con él.

En cuanto lo tuvo enfrente, el luchador le dio una orden de lo más desconcertante:

—¡De rodillas!

Karl parpadeó confundido y esbozó una sonrisa nerviosa, pensando que se trataba de una broma. Al momento, con un rápido movimiento de pies, el luchador le propinó un golpe en la parte interna de los muslos traseros y Karl se vio proyectado al suelo, con las rodillas dobladas.

—El grupo de los populares. ¡Todos aquí! —pidió Rey Misterio, acompañando su voz fría y decidida de un movimiento de mano que no admitía negativa—. Y que vengan también, Keira, Megan y Lukas.

Keira comenzaba a intuir de qué iba aquello, pero le costaba creer que fuera posible. Sabía que Leo tenía ese poder, el de la metamorfosis, pero le parecía increíble verlo en vivo y en directo.

Unos quince chavales con chupas de cuero y pelo cortado en pinchos se acercaron al gran luchador.

—De rodillas, ¡todos! —les ordenó.

Los quince lo obedecieron sin rechistar.

Keira y sus dos amigos se acercaron también. Megan apenas podía contener el llanto; a causa de la impresión, sus gafas de cristal doble se le cayeron sobre el puente de su nariz. Lukas seguía los pasos de Keira de cerca, mirando confundido a Karl y a los demás «populares» arrodillados a los pies del luchador.

—Han llegado a mis oídos —comenzó Rey Misterio su discurso con voz pausada en cuanto los tuvo a todos cerca— unos rumores muy muy feos. Como que... ¡vosotros! —señaló a los populares con Karl a la cabeza— hacéis la vida imposible a los demás, y en concreto a Keira —le dedicó una mirada fugaz, pero intensa—, a Megan y a Lukas.

Se acercó con lentitud a uno de los chicos y le pisó las manos con sus pesados zapatos de montaña hasta escucharlo aullar de dolor.

—¿Es cierto? —Su mirada oscura, rodeada por unos círculos pintados con carbón negro, impresionaba.

—N... n... no —respondió Karl, tartamudeando.

—¡Levántate! —le pidió Rey Misterio, acercándose a él con paso

lento—. Si eres hombre para pegar a tus compañeras, si les robas y te gusta mentir, lucha conmigo. Así vas a tener la oportunidad de demostrar tu gran hombría. Ante todos.

Keira comenzaba a inquietarse. Habían pasado unos cuatro minutos desde el comienzo de aquello y sabía que Leo —porque estaba convencida de que había empleado su poder para suplantar la identidad del luchador— perdería energía, además de poner su vida en peligro. Se preguntó por qué ese chico hacía tantos disparates por ella para luego terminar olvidándose de su existencia.

—Señor Rey Misterio, es suficiente. —Levantó un brazo para llamar su atención.

Él le hizo una seña tranquilizante y continuó jugando con su víctima, quien se había puesto de pie con las manos colocadas en guardia. El luchador le propinó un empujón en pleno pecho, provocando que Karl perdiera el equilibrio y se cayera de espaldas.

—Lucha, he dicho —le gritó con voz gélida que no admitía negativa.

El bullido de voces de los estudiantes se intensificó, ya que se debatían entre el deseo de seguir presenciando al gran Rey Misterio en acción o acercarse a los autobuses escolares que se perfilaban ya en la zona de *parking*.

Otros cuarenta segundos. Keira deseaba que aquello terminase, ya que, en caso contrario, serían pillados y no habría explicación en el mundo para justificar el castigo del Rey Misterio hacia los malotes del instituto.

Karl se puso en pie con dificultad y dubitativo lanzó un puñetazo en el torso desnudo del luchador. No había contado con que este le había permitido, a propósito, tensándose el pecho para que el puño del estudiante se estrellase contra un muro de acero. El ataque de Karl finalizó con un gran aullido de dolor que fue esparciéndose a los cuatro vientos.

—¡De rodillas! —le volvió a ordenar y el aludido no tardó ni un segundo en obedecer—. Escuchadme todos. A partir de ahora, las cosas cambiarán. Se acabaron las burlas, los apodos y las chulerías. No pegaremos a nadie y menos a alguien que no sea capaz de defenderse. No tocaremos ni un pelo de la cabeza de Keira, Megan o Lukas. ¿Estamos?

—Sí, sí, sí —repitieron los populares, aterrorizados.

—Os estaré vigilando —añadió el luchador y tras amenazarle con el índice se alejó de ellos con paso apresurado, desapareciendo detrás de una arboleda que crecía a unos metros del patio escolar.

En ese instante los monitores comenzaron a llamar a la orden a los estudiantes. Se formó mucho revuelo, ya que el alumnado del instituto había presenciado la caída en desgracia de los populares. Karl andaba desconcertado hacia el autobús que le tocaba, intentando en vano ocultar su pantalón mojado; al parecer, por el estrés sufrido se había meado encima.

En cuanto unos alumnos se percataron de la situación comenzaron a carcajearse y a correr la voz. Karl vivió por primera vez en su vida algo que no se había cansado de hacer a los demás: humillación.

Keira se abrió espacio entre sus compañeros y corrió entre los matorrales para ver cómo se encontraba el gran Rey Misterio, alias Leo, alias el amor de su vida. Un amor que demostraba poco, pero cuando lo hacía, salía a hombros y por la puerta grande.

Capítulo 34

El pimpollo de *Nepenthes*

Leo estaba tumbado boca arriba en el césped con los ojos cerrados. Didac se quitó la chaqueta y se la colocó a modo de almohada debajo de su cabeza. Le palmeó el rostro al tiempo que lo llamaba por su nombre. Mientras tanto, Consta sacó de la mochila una botella de agua y, tras desenroscar el tapón, le humedeció las mejillas tratando de despertarlo.

Keira corría con Megan y Lukas pisándole los talones.

—¿Tú conoces a Rey Misterio? ¿De qué? —quiso saber Megan, intrigada. La seguía con la respiración entrecortada y las gafas caídas a causa del esfuerzo.

Keira le dedicó una mirada fugaz y siguió avanzando. Lukas se había quedado atrás con el cuerpo doblado por el esfuerzo.

—Sí, es algo parecido a mi novio... No sé, dice que está enamorado de mí.

Al escuchar aquello, Megan tropezó y se dio de bruces contra el suelo, provocando que las gafas se desprendieran de sus ojos y aterrizaran a unos pasos de ella. El ruido de cristal roto no presagiaba nada bueno.

—¿Y a ti te gusta? —Su mirada no podía ser más ojiplática ni su voz más asombrada.

—Claro. Es muy guapo.

—¡¿Guapo?! —Megan estaba tan desconcertada que no daba señas de querer levantarse del suelo. Keira se apeó junto a ella y la ayudó a ponerse de pie. A continuación, le recogió las gafas que, por desgracia, se habían roto—. Vamos, tenemos que ayudarlo. Su vida corre peligro.

Justo en ese instante Lukas las alcanzó. Tenía las mejillas sonrosadas y la frente perlada de sudor.

—¿Quién corre peligro?

—Rey Misterio, el novio de Keira.

—¡¿Cómo?!

—Vamos, que lo habéis entendido todo mal, daros prisa —les pidió Keira, ya que no había tiempo para aclaraciones.

En cuanto divisó el cuerpo de Leo tendido en el suelo y sin moverse, sintió que el corazón se le marchitaba en el pecho, como si fuera una flor frágil bajo el caluroso sol de agosto. Se acercó a él y le tocó las mejillas con suavidad. Trató de retener el llanto que oprimía su garganta, aguantando la respiración.

—Leo —le llamó con voz cálida—. Abre los ojos, por favor.

Ni un solo músculo se movía en el rostro dormido del que segundos atrás había sido Rey Misterio.

—Pero este no es el luchador, es el chico que vino de España —se extrañó Lukas, tras acercarse.

—Yo no entiendo nada —se rindió Megan. Entre que no llevo las gafas, la carrera que hice y toda la confusión de mi cabeza, estoy hecha un flan—. ¿Qué le pasa a tu amigo? —se dirigió a Didac, quien en ese momento le daba unas fuertes palmadas en la cara—. ¿Por qué le pegas?

—Megan, ahora te lo explicaremos, ¿vale? —la tranquilizó Keira, sin despegar la vista del rostro dormido de Leo, que justo en ese instante abría los ojos con lentitud.

—Leo, ¿estás bien? —le preguntó angustiada—. Por favor, di algo.

Él esbozó una leve sonrisa y la tranquilizó con un gesto.

—Agua —pidió en tono apagado.

Consta acercó la botella a sus labios, ofreciéndole un trago generoso. Después, entre todos, le ayudaron a incorporarse y lo

llevaron a un banco. Diez minutos más tarde, Leo recuperó la energía perdida y fue capaz de ponerse en pie sin el menor problema.

***

Esa misma noche los seis amigos quedaron para cenar en casa de Keira. Habían pedido pizzas y refrescos, y como no hacía mucho frío colocaron la mesa en el jardín. El padre de Keira pasó para saludarles y se refugió en su cuarto, así que los jóvenes tenían prácticamente la casa para ellos.

Compartieron una divertida cena, ya que Megan y Lukas salían de un asombro para entrar en otro en cuanto se enteraron de quiénes eran sus nuevas amistades y todas las maravillas que eran capaces de hacer. No les entraba en la cabeza que el impresionante Rey Misterio fuera la misma persona que Leo, un chaval que pesaba un cuarto de su personaje. ¿Cómo era posible?

Leo ayudó a Keira a recoger los restos de la cena y la acompañó a la cocina para llevar los platos. Una vez que colocaron todo en el lavavajillas quiso ver su cuarto.

—¿Cuándo os marcharéis?—preguntó con el corazón encogido. Se regañaba a sí misma por sentir tanta felicidad cuando era consciente de que el final se acercaba con tanta celeridad.

—Didac y Consta se van mañana. Yo... no lo sé, depende de ti.

—¿De mí? —¿Alguna vez había dependido algo de ella? Abrió la puerta de su habitación, aguantando la respiración. Quería grabar la imagen de Leo al lado de su escritorio para alimentarse de ella en las horas bajas que con seguridad vendrían después de su partida.

Él observó el gran ventanal abierto de par en par y la cortina de seda que ondeaba al son de la brisa.

—Te gustan las ventanas abiertas —observó—. ¿Y esta planta? —preguntó con una buena dosis de preocupación en la voz cuando descubrió a *Nepenthes*, colocada cerca de la cama de Keira. Se acercó a ella y la miró con atención.

—La traje de La Gomera, es un recuerdo.

—Tienes que deshacerte de ella, no es ningún recuerdo, es un

pimpollo de *Nepenthes*. Es peligroso y totalmente inapropiado tenerlo aquí contigo.

—Me hace compañía. Mira lo preciosa que es, nada que ver con la planta asesina de...

Leo sacó el móvil del bolsillo del pantalón y buscó en Google imágenes de *Nepenthes*. Encontraron a la plantita sin mayor complicación.

—Es una parte de la matriz. Debes destrozarla, Keira, de lo contrario crecerá y despertará. ¡Por favor!

Leo tenía la cara desencajada, era obvio que aquel asunto le alarmaba de verdad. Keira asintió aun cuando saltaba a la vista que no quería desprenderse de su «amiga». Era consciente de que tener a *Nepenthes* a un metro de su cama podría ser peligroso, pero alargaba el momento de actuar contra ella. Por muy ilógico que fuese, entre ella y aquella especie había una conexión. Sin embargo, la preocupación de Leo fue determinante y accedió.

Se juntaron en el jardín y Keira, haciendo uso de sus poderes especiales, trasformó el resto de la matriz de *Nepenthes* en unos hermosos tulipanes.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba Megan a Didac mientras los chicos aplaudían—. Veo borroso sin las gafas.

Didac le tomó la mano, como si el hecho de no ver bien influyera en su equilibrio, y le describió cómo las hojas verdes de la plantita se habían convertido en multitud de pétalos coloridos.

Megan se sumó a los aplausos, orgullosa de ser la mejor amiga de la protagonista.

—Entonces, ¿tú puedes hablar con los muertos? —Megan no daba crédito al gran acompañante que le había caído del cielo.

—¡Ajá! —exclamó él, orgulloso—. Hace unos meses hablé con la madre de Keira y le trasmití un mensaje de su parte.

—¡¿De verdad?!

El rostro de Megan no podía reflejar más admiración ni más asombro que en aquel instante.

—Si tienes abuelos fallecidos, podemos hablar con ellos.

—Mis abuelos viven..., pero muchas gracias —respondió de inmediato—. ¿Qué otras cosas sabes hacer?

—Sé besar, he besado a muchas chicas, si estás interesada...

Megan tragó saliva y parpadeó intentando aclararse la vista.

—Te veo borroso. Mañana en cuanto me arregle las gafas te digo... lo del beso.

—Mañana me habré marchado —anunció él, un tanto decepcionado.

—Pues, entonces, a la próxima —sentenció Megan, porque no era el plan de darse el primer beso con alguien a quien no veía con claridad por muy poseedor de poderes sobrenaturales que fuera.

Capítulo 35

Quiero una chica como tú

En cuanto fueron las once de la noche, Consta y Didac se marcharon a descansar a la casa que Leo había alquilado y Megan y Lukas a sus respectivos domicilios.

Leo se quedó con Keira para despedirse. Se sentaron en el jardín, ya que la noche era cálida y el viento apenas soplaba.

—Gracias por lo de hoy, no he tenido oportunidad de decírtelo. Ha sido impresionante lo que has hecho con Karl y compañía.

—No hay de qué. Se lo merecían —apuntó él con modestia—. Les tenía ganas desde el día que me contaste sus hazañas en la playa.

—Eres un chico de hechos, ¿eh? —Keira le miró con admiración indisimulada. El tiempo apremiaba y las medias verdades sobraban. Abriría su corazón ante él aun cuando se lo dejara hecho pedazos.

—De palabras, también —se defendió él, guiñándole un ojo—. Solo han pasado unas horas desde que te confesé mis sentimientos. Te dije que te quería, aunque no sé si repetirlo, la verdad, ya que en vez de alegrarte me has pedido que me marche.

—Leo..., yo... soy como un libro abierto. No creo que sea necesario decirte nada más. Tú ya lo sabes.

—De todos modos, quiero escucharlo. Quiero saber lo que sientes por mí.

—Lo que yo siento... —Keira tomó una pausa buscando las palabras adecuadas. Quizás no tendría otra oportunidad de abrir su corazón y, aun cuando él la tenía subida en una montaña rusa de emociones encontradas, merecía saber la verdad—. Estás en mi mente, a todas horas. Y cuando estoy contigo la vida es maravillosa. Me haces sentir fuerte y... feliz. Mi corazón late más deprisa y mis pies no tocan el suelo al andar... Es como si estuviera en una nube. Luego... suceden cosas, me abandonas y me desespero. Y pienso que toda la historia que he montado en mi cabeza existe solo en mi mente.

—Nunca dudes de lo que hay entre nosotros. —Leo se acercó a ella y rodeándole el hombro con su brazo la atrajo hacia él. Le dio un beso afectuoso en la sien y se sinceró—: He necesitado tiempo para poner mi vida en orden y no fue nada fácil lograrlo. No quería darte falsas esperanzas hasta no estar seguro.

—Seguro... ¿de lo que sientes por mí?

—No, seguro de poder estar contigo. Ya sabes, dos menores de edad con todo un océano de por medio... Lo tuvimos un tanto complicado.

—Creo que algo se me escapa. Hablas como si no te fueras a ir mañana.

—Y no pienso irme, a menos que tú me lo pidas.

—¿Te vas a quedar... aquí?

—Aquí... En tu casa, no. —Leo se echó a reír—. Pero podría quedarme a vivir en Ottawa.

El corazón de Keira comenzó a agitarse. Sus ojos se posaron en los de Leo y lo que encontró allí la hizo elevarse un par de metros sobre el suelo. Faltaban detalles, faltaban datos, aunque, si Leo se quedaba, era todo lo que necesitaba saber.

—Ya soy mayor de edad. Al cumplir dieciocho años he dejado de ser «propiedad de mis padres». —Hizo la señal de entrecomillado con los dedos—. Es decir, que todas las decisiones con respecto a mí las tomaré yo a partir de ahora. Basándome en eso, he elegido realizar mi formación de agente especial en Quebec, a menos de una hora de aquí. Haré algunas misiones como hasta ahora y por cada una de ellas el Gobierno me pagará, así que puedo permitirme un alquiler y

sufragar mis gastos. También me han aceptado en la universidad estatal, donde haré los cursos a distancia, como lo hice siempre.

—Estoy... tan sorprendida que no sé qué decir.

—Pues no digas nada. Solo que quieres que me quede.

—Quiero que te quedes.

—Me lo imaginaba. Ya tengo una casa alquilada a unos quince minutos de la tuya. ¿Quieres verla?

—¿Ahora?

—Ahora. Ya sabes, soy un chico de hechos.

—¿Podemos ver la casa mañana? No es por nada, pero solo tengo quince años y si mi padre se entera de que salgo a estas horas...

—Mañana, entonces —convino él y le dio un beso largo en los labios.

***

—Papá, quiero presentarte a Leo, mi... novio.

La frente del señor Reyk sufrió unas leves ondulaciones y el gesto de su cara se tensó. Se colocó la montura de sus gafas de pasta y paseó su mirada con lentitud por su hija, quien se retorcía los dedos con nerviosismo. Después, se centró en el chico que estaba a su lado, un muchacho alto y presentable, que le tendió la mano con afabilidad.

—Encantado, Leo. —Se estrecharon las manos, aunque el radar del padre de Keira seguía en activo, escaneándolo con minucia—. Y dime, ¿cuántos años tienes?

El típico interrogatorio paternal estaba en plena marcha.

—Dieciocho, señor.

—Y qué haces, ¿estudias, trabajas?

—Las dos cosas, señor. Estudiante en la universidad estatal de primer curso y, de forma esporádica, realizo algún trabajo para el Gobierno.

—¿Es una broma?

—Para nada, señor.

—¿Algo más que quieras contarme?

—Quiero mucho a su hija, señor. Y tengo el poder de la

metamorfosis.

—¿Y eso qué diantres significa?

—Que puedo convertirme en el personaje que yo quiera. Con supervisión, por supuesto.

Los ojos del señor Reyk se abrieron tanto que parecían dos pelotas de *ping-pong*. En su rostro desconcertado se apreciaba con claridad la pregunta que rondaba por su mente.

¿Cómo podrían ser los jóvenes actuales tantas cosas a la vez?

***

Un cuarto de hora más tarde, Keira y Leo comían un delicioso helado de chocolate en una cafetería céntrica de Ottawa.

—A tu padre casi le da un ataque cuando me has presentado como tu novio.

Ella se echó a reír.

—¡El pobre! Desde la muerte de mamá no levanta cabeza. Creo que para él me quedé estancada en la misma edad de entonces. Como si no fuera suficiente que su hija tenga novio, encima este resultó ser toda una eminencia: estudia, trabaja, tiene poderes...

—Tenía que impresionarlo.

—Ya... se te da bien impresionar —aceptó con una amplia sonrisa —. Demasiado, diría yo.

—¿Lo dices por ti?

—Pues, claro que lo digo por mí. A los veinte segundos de conocerte me dijiste que leías los ojos. ¿Cómo no caer en tus redes? Y como si eso no fuera suficiente me remataste por completo al sostenerme la mano durante tres horas seguidas.

—Así que estás atrapada en mis redes... —El rostro de Leo mostraba satisfacción—. Eso me gusta... mucho.

—No seas presumido, debes reconocer que yo también dispongo de mis métodos para impresionar.

—Y tanto que los tienes. Has conseguido que deje toda mi vida atrás para estar contigo. Si eso no es un chico impresionado, ya me dirás.

Compartieron una mirada cargada de complicidad y se sonrieron felices.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —le preguntó, tras lamer una generosa ración de helado.

—Estar contigo —respondió él.

—Aparte de eso —insistió Keira, ya que se sentía anfitriona y quería enseñarle las zonas turísticas de la ciudad.

—Estar contigo —repitió Leo, sonriente.

—Si es un sueño, que alguien me dé dos bofetadas para que me despierte, por favor —pidió Keira con un estado de humor inmejorable.

Leo se inclinó hacia adelante y le dio un beso dulce en los labios.

—No es un sueño.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Nos falta una cosa para ser novios de verdad —reflexionó ella tras unos instantes.

—¿Y qué es? —quiso saber intrigado—. ¿Darnos un beso en condiciones, tal vez?

Keira negó con la cabeza.

—No, eso se lo dejaremos a Didac, que es su especialidad. Tener nuestra propia canción. Mi madre dice que, sin eso, no hay amor de verdad.

Leo cogió el móvil y entró en una aplicación. Unos instantes después los acordes de la canción *Girls Like You*, de Maroon 5, comenzó a sonar.

—¿Qué te parece esta? —le preguntó con emoción en la voz.

—¡Me parece perfecta! —exclamó Keira encantada.

—Porque chicas como tú andan por ahí con chicos como yo... Necesito una chica como tú —comenzó Leo a tararear la canción, con una inconfundible expresión de felicidad.

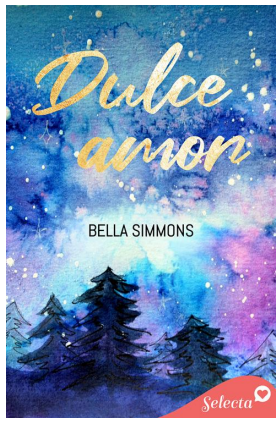
—Y yo, un chico como tú —se unió ella a la canción, sonriente.

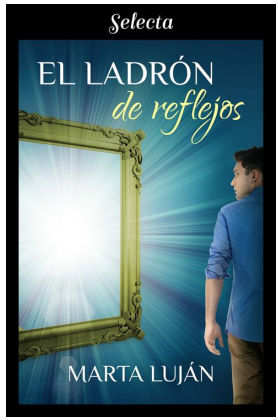
Fin

Si te ha gustado

El despertar de Nepenthes

puedes disfrutar de estas





Libre elección
BEGOÑA GAMBÍN
SELECCIÓN
Ciencia ficción juvenil

Selección RNR
Memorias del corazón
Secretos del alma III
Victoria Magno
Juvenil Paranormal

Selección RNR
Espíritus del pasado
Secretos del alma II
Victoria Magno
Juvenil Paranormal

Selección RNR
Misterios del alma
Secretos del alma I
Victoria Magno
Juvenil Paranormal

Un primer amor, un poder sobrenatural y una misión

La vida de Keira sufre un cambio radical al descubrir por casualidad que tiene el poder de frenar los ataques asesinos de Nepenthes Bicalcarata, una planta carnívora que ha mutado y se ha convertido en una amenaza para la humanidad.

Las autoridades canadienses la envían a una base científica situada en La Gomera, donde conocerá a Leo Roca, un adolescente de diecisiete años, poseedor del poder de la metamorfosis, quien la ayudará a adaptarse a su nueva vida.

Entre ambos se formará un vínculo muy especial, aunque frágil y lleno de inseguridades.

¿Conseguirá Keira frenar a Nepenthes? ¿Regresará a su antigua vida una vez finalice la misión?

Helen Stone es el pseudónimo de una autora que tiene publicadas varias novelas románticas, tanto contemporáneas como históricas. *El despertar de Nepheltis* es su primera novela juvenil y fue escrita en colaboración con su hija, Bianca.

Edición en formato digital: enero de 2022

© 2022, Helen Stone
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Moreyba Martín Leal
Imágenes de la portada: Istockphoto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18724-06-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El despertar de Nepenthes

Profecía
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Helen Stone
Créditos